

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 3 - 9 abril 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 331

LAS CORTES DE PAR EN PAR

CÓMO CUALQUIER ESPAÑOL PUEDE
LLEGAR AL SUPREMO ORGANO
REPRESENTATIVO DEL PAIS



DOCUMENTOS SECRETOS CINCO CONFERENCIAS

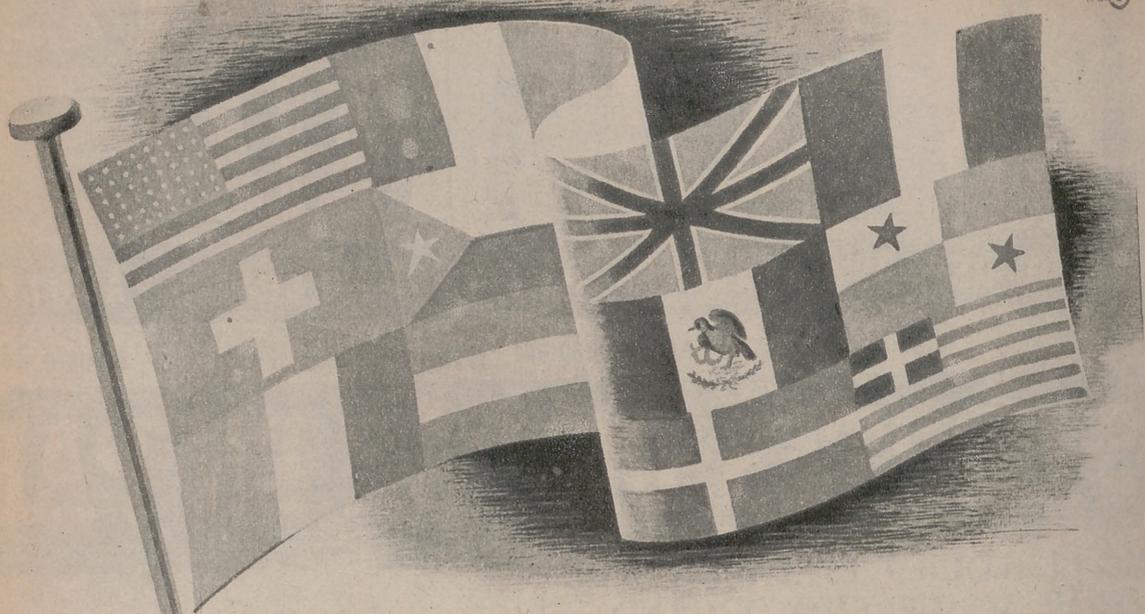
Interesantes revelaciones, en la página 58

Conferencia con el nuevo embajador de los Estados Unidos en Madrid (pág. 9) • El viaje del conde de Miraflores a Hispanoamérica (pág. 13) • En la defensa del suelo está la defensa de España (página 14) • La industria española a mediados del siglo XIX, por Joaquín Arrarás (pág. 24) • Don Sanjurjo, obispo de Avila, por Diego Jalón (página 25) • Cádiz resurge con presteza casi milagrosa, por Rafael Lafuente (pág. 32) • Martín Almagro, el asesino de Obermaier en la Cátedra de Prehistoria (página 46) • Madrid, gran ciudad (pág. 55)

EL DIABLO SUELTO
Novela, por Maciá Serrano



OBISPOS Y
ABOGADOS,
CAMPEVINOS,
CATEDRATICOS,
OBREROS Y
ACADEMICOS
EN LOS ESCA-
ÑOS DE LAS
CORTES
ESPAÑOLAS



PRESTIGIO INTERNACIONAL

La verdadera higiene dental consiste en una **LIMPIEZA ANTISEPTICA** que elimine los fermentos y gérmenes nocivos productores de la caries.

La calidad antiséptica de la crema dental LISTERINE ha conseguido el prestigio internacional que merece. Los odontólogos de todos los países recomiendan la higiene dental con LISTERINE, por su fórmula científica.

LISTERINE contiene ACTIFOAM, la espuma activa que higieniza la boca y la desodoriza: Elimina las partículas alimenticias que producen la "Halitosis" (Fetidez de aliento).



Con **ANTIENZIMICO ACTIFOAM**, el nuevo ingrediente espumoso que limpia los dientes y combate las bacterias.



Complemente la higiene buco-faríngea con el famoso antiséptico LISTERINE que mata en 15 segundos 200 millones de los llamados microbios de superficie.

Reduce la propensión a los catarros y combate anginas y resfriados.



Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

LAS CORTES DE PAR EN PAR



S. E. el Jefe del Estado, pronunciando un discurso ante las Cortes Españolas



COMO CUALQUIER ESPAÑOL PUEDE LLEGAR AL SUPREMO ORGANO REPRESENTATIVO DEL PAIS

ABRIL es un mes demasiado importante. A la hora de hacer un recorrido por dentro y por fuera del Palacio de las Cortes, la fecha de la paz nos asalta: con el 12 de abril España se incorpora a sus tradiciones legislativas.

En la plaza de las Cortes había muchos coches, relucientes al sol; esos coches que por su novedad parecen exóticos. De frente, entre las perennes hojas de los árboles de laurel, que dan guardia al monumento a Cervantes, vi la fachada clásica con la siguiente inscripción en el arquitecónico: «Cortes Españolas.»

Aquel edificio —buena ilustración para un texto de arte— me dio la impresión de quietud y estatismo. Es consecuencia de sus líneas horizontales. Subí las once gradas, pasé entre las cinco columnas corintias, descendí, miré alternativamente a los dos leones de bronce, hechos figuras con los cañones cogidos al enemigo africano del pasado siglo, y, al final, quedé tan indiferente al espectáculo callejero como aquellos leones. Nada nuevo. Hoteles, turismo, casas de antigüedades, comercios de pinturas artísticas o de arte pictórico, casas de Seguros y Bancos...

Di la vuelta por Floridablanca. Cuatro coches. Y luego, una puerta, no grande, con visera de cris-

tal. Tras el dintel, dos ujieres derechos, englados no sé si por autosugestión o forzados por el propio uniforme. Un buen uniforme azul con galones dorados. Me miraban, como en un buen cuadro escénico, ante mi indecisión.

—El señor...—preguntaron, adelantándose.

Aquellos modos me delataron ya una novedad. No hay duda de que también los lugares, por tradición, hacen escuela. Me sentí, no sé por qué, inclinado a reverencias capitales y sonrisas. Me invitaba, además, el pasillo isabelino que se ofrecía a la vista.

—¿El señor Presidente?

Avancé por el pasillo. Era total el silencio. Pero no puedo decir que oía mis propias pisadas porque la gruesa alfombra más bien ofrecía un pequeño vaivén al hundirme.

Y me dije: «Este es el antiguo Parlamento, que conocí desde provincias.»

Por contraste me acordé de la palabra parlamento, emparentada con el galecista *parlar*. Sé que comúnmente se le ha llamado Congreso de Diputados.

Surgió rápido un señor, que me preguntó:

—¿Han bajado los de la Comisión?

No me dio tiempo a responder. Dijo ¡ya! y siguió. Leyó en mi cara que no era de la Casa.

Me sirvió de mucho, sin embargo, su pregunta: había gente, Procuradores, trabajando, estudiando y dictaminando leyes. Y, en verdad que para enjuiciar y dar el consentimiento nacional a un proyecto de ley no hacen falta ni las voces, ni los tumultos, ni los insultos y mucho menos los golpes.

Como un encarte, me colqué en la segunda puerta giratoria al final del pasillo, y de nuevo hallé un par de ujieres. Como un escolar sorprendido, disimuladamente retiraron de sus bocas el cigarrillo, cuidadosamente lo recostaron en un cenicero e inmediatamente ofrecieron, como los anteriores, sus servicios.

—¿El señor Presidente?

En sus gestos había un tono de más responsabilidad. Querían complacer; pero ni el señor Presidente ni ellos podían disponer del tiempo requerido.

UN MAGNETOFON POR TAQUIGRAFO

En la espaciosa antesala de la presidencia había varios grupos, que al hablar, si hablaban, lo hacían con el cuidado de no superar, de no borrar el tic-tac de un complicado reloj, imperante en aquel lujoso lugar. Bien se notaba—y no sólo por los relo-

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina:
 QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES
 Distribución exclusiva en Méjico:
 QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.

jes, de los que había más de uno—la decoración borbónica.

Casi todos, por hacer algo, nos mirábamos. Pero un señor bien vestido, bien peinado y con cuello duro parecía introvertido, ajeno al ambiente. De cuando en cuando movía rápidamente los brazos para quedar con los ojos clavados en el tech. Luego permanecía largo rato con la mirada fija en un punto, en una quietud de casi nirvana. Algo llevaba dentro.

Me acerqué.

—¿Es Procurador?

—Sí, señor.—respondió rápido.

—¿Hace mucho?

—Hace unos minutos.

Aquellos ojos, ahora azules, se tornaron vivos, inquietos, como acostumbrados a estar pendientes de muchas cosas a la vez. Hubo un cambio total en el aspecto de aquel hombre.

—¿Por alguna profesión?

—Por los Colegios de Abogados.

Los dos de pie, pasé un rato agradable oyendo palabras rápidas, precisas y adecuadas, dentro de una trama casi dialéctica. Todo vertía, sin temor, entre una dentadura artificial.

El señor Molero Massa, nuevo representante en Cortes de los abogados de España, junto con el presidente del Consejo General de Colegios, es el decano del de Valencia hace tres años. Allí ejerce desde 1922.

—Fui designado decano de Valencia por voto secreto y directo de los colegiados. Y ahora Procurador, también por voto directo y secreto de los compromisarios que han enviado los Colegios de España.

—¿Cuántos Colegios?

—Setenta y siete.

Creo que en el fondo considera la elección como un homenaje de los profesionales a su ciudad. En Valencia hay ochocientos abogados. Esto quiere decir que es la ciudad de mayor densidad, de menor número de habitantes por abogado. Las causas pueden ser muchas y muy variadas. El señor Molero lo atribuye a las buenas, magníficas comunicaciones de los pueblos con la capital.

No ha estado el señor Molero en las Cortes, pero sí en el Congreso. Más claro: fué en 1934 diputado por el Partido Agrario.

—¿Se considera distinto en ambos casos?

—Sonríe, porque en realidad el

llamamiento, su misión, responde a fines distintos. Hay una diferencia radical, y esta palabra bajo estos muros evoca algo fuera de mis propósitos.

—¿Conocerá el cómo de estas Cortes?

—A través del Consejo General de nuestros Colegios. En él figuran los procuradores. Y además el Ministro de Justicia suele hacer consultas al Consejo.

Sin despreciar a los relojes en torno, consulto el suyo. Aquel hombre estaba sometido al tiempo.

—He de salir inmediatamente para Valencia.

He aquí su programa de actos por semana: en su despacho, mañana y tarde, con las siguientes excepciones: Una Academia, tres tardes de la semana, y el Decanato, tres mañana.

—Pero el ejercicio de la abogacía exige muchos desplazamientos, informes, consultas... ¿Cuándo prepara y trabaja?

—Ni yo lo sé. De noche, en casa.

Y para trabajar de noche en casa se ha buscado un taquígrafo sin luz, pero con sonido. Es decir, un magnetofón. De noche, a las 10, tranquilo, dicta a su magnetofón cartas, documentos y demás. El magnetofón lo guarda todo en reposo durante la noche. Y al día siguiente, el señor Molero Massa habla simultáneamente en dos sitios distintos y de distintas materias. Mientras despacha con clientes, su taquígrafo, oído atento al magnetofón, va recibiendo los textos de cartas y documentos almacenados la noche anterior.

Antes de pasar al despacho de don Esteban Bilbao pude preguntarle por el cine, teatro...

—¿Cine?—respondió, volviéndose rápido.—Ni cine, ni teatro. Si acaso, fútbol. No mucho.

Con soltura de hombre habituado a entrar y salir de salas y despachos, se puso en marcha tras el ujier engalonado. Sonriente, volvió la cara:

—Veo películas cuando vengo a Madrid.

UN ESPECTACULO PASADO

Aproveché la espera para dar una vuelta por el suntuoso edificio. El silencio invitaba a la meditación. ¡Qué lejos la explosión emocional de otros tiempos!

Vi el salón de sesiones vacío y los escaños desocupados. Todo solitario. Por razones de edad y distancia geográfica, nunca he podido verlos ocupados. Y las ocass a distancia se idealizan. Y se deforman en más o en menos.

Y reconstruí: allí, las derechas; aquí, las izquierdas; por ahí, el centro. Entre unos y otros, otras fracciones minúsculas. Ese, el banco azul, el del Gobierno. Partidos. Partidos políticos. Pero representantes de qué; o, mejor dicho, de quiénes.

Lejos de mí, pretensiones intimas de un general: Pavia. Sólo soy un joven, más o menos joven, que ha llegado después de la guerra. Evoco en voz alta.

De ahí, de aquel escaño tal vez, salió la voz de la mayoría. La mayoría era un partido, con un Comité y un jefe. Habló ese diputado sometido a las consignas y fines del partido. Y en ese partido había gentes de todas clases y profesiones. ¿Por quién hablaba? A lo mejor habló en nombre de personas de intereses contrarios.

Y de aquí brotó la respuesta de la minoría, otro partido político, pero con desventaja numérica de votos, tal vez provisional. Por el mero hecho de ser voz cantante de la minoría tuvo que decir que no a lo que la mayoría dijo que sí. Porque en cada intervención, como en cotizaciones de bolsa, es mucho el juego de votos. Y, al final de cuentas, eso era lo interesante.

Y en esos catorce o quince escaños, bien unidos y compenetrados dentro de su estratégico programa, estarían sentados unos catorce o quince diputados de otro partido. Sentados no como espectadores, sino como jueces en la lucha retórica entre los bandos más numerosos.

«¿Quién ofrece más?», me parecía oírlo, viéndoles mirar sonrientes a unos y otros. A los dos. Todos, cuestión de votos, de números absolutos. Lo que haya detrás, ni ellos ni nadie lo podrá averiguar.

Vió levantarse, por fin, un diputado de ese partido. Hablaba con cierta reserva ante los ojos y oídos ansiosos de los demás. Consciente de su posición decisiva. No en nombre del reducido sector nacional que los eligió, sino aprovechando la situación estratégica resultante del juego parlamentario de los partidos.

No siguió. Vuelto a los pasillos, en los dos ujieres de la puerta de entrada percibió la divisoria de dos vertientes: la de la calle y la de los pasillos. No había parecido.

EL PRESIDENTE

Apareció de pronto un grupo de personas. En los corredores de este palacio casi todo aparece o desaparece súbitamente, porque las alfombras no permiten anuncio de ninguna clase. Todo, hay que resolverlo con la vista. Y en ningún momento se sabe lo que hay o puede salir de la vuelta de una esquina o de una puerta.

Aquel grupo era parte de la Comisión de Presupuestos, cuyas deliberaciones habían terminado. Iban para la calle.

Había que preguntar si el silencioso ambiente era un vacío o una simple ausencia. ¿Dónde y



Los taquígrafos siguen palabra por palabra el desarrollo de las sesiones

como se trabaja aquí? Porque apenas se ven Procuradores.

Fui al fin recibido por el señor Presidente. En sus manos tenía un pañuelo oscuro, bien impregnado de mentol o eucaliptol. Estaba su señorial figura dentro del círculo luminoso de la lámpara de la mesa.

Citarle a don Esteban Bilbao de las Cortes es liberarle paradójicamente, de las mismas Cortes, Presidente desde su fundación, habla de ellas como de algo propio, con cariño, con entusiasmo.

Allí permanece por la mañana hasta cerca de las tres. Y luego, hasta más de las diez de la noche. Sólo le saca de allí la Academia de Jurisprudencia, de la que también es presidente.

Antes de iniciar el diálogo, el oficial mayor llegó para consultar. Esquivando los efectos luminosos de la lámpara, don Esteban Bilbao me miró como diciendo: «¿Lo ve usted?».

Hay, por lo pronto, una gran diferencia entre el actual Presidente de las Cortes y los de anteriores Congresos: que el actual acude diariamente a su despacho. Hasta los sábados por la tarde. Y los anteriores, sólo en los comienzos de etapas.

—¿Hay trabajo para tanto?

Entró un secretario, también para consultar. Poco después fué anunciado un Procurador. Consideré innecesario insistir en la pregunta. El contacto con los Ministerios, las Comisiones, los Procuradores, la recepción de enmiendas, otras visitas relacionadas con los proyectos que se estudian y discuten...

—¿Qué es lo más sobresaliente vista desde este despacho presidencial?

—La compenetración del pueblo con las Cortes.

Y después de mirarme fijamente, sonrió.

A continuación adoptó postura de defensa de una tesis. Empezó a moverse el brazo derecho de una manera elegante.

—En cuanto se anuncia en el «Boletín de las Cortes» un proyecto de ley, no dejan de concurrir preguntas y sugerencias.

—¿Y los Procuradores?

—Al domicilio de cada Procurador se envía una copia del proyecto. Antes, no se hacía. Y los Procuradores pueden presentar enmiendas razonadas, que la Ponencia aceptará o no, o bien aceptará en parte. Si no es aceptada la enmienda, el Procurador está facultado para defenderla ante la Comisión. Y luego puede intervenir en el debate de la Comisión.

—¿Y suelen presentarse enmiendas?

—Siempre. Y no pocas.

—¿Por qué no se da más publicidad a cuanto se hace en Cortes?

—Jamás el público ha sabido oficialmente como ahora cuanto aquí se trata. Primero, aparecen los proyectos en el «Boletín». Luego recibo dos veces en semana a la Prensa, para dar cuenta de las ponencias y proyectos que se estudian y discuten en cada Comisión. Igualmente se publica y envía a todo Procurador el dictamen de la Comisión antes del Pleno, como también los discursos e intervenciones en éste.

—¿Qué sector suele presentar más enmiendas?



El Caudillo saluda a los Ministros al llegar a las Cortes para inaugurar una legislatura

—Los Sindicatos.

La presencia de un subsecretario, cuya llegada fué anunciada, hizo suspender la conversación. Quedé en volver.

COCINERO Y PROCURADOR

No lejos del palacio de las Cortes se halla el Sindicato de Hostelería. Había en él un vivo ambiente de elecciones: representantes de provincias para las tres categorías —empresarios, técnicos y obreros— en continuo movimiento, consultas mutuas. Un ambiente de concordia y optimismo. El de Sevilla habla con el de Alava, y el de Cádiz con el de Gerona. Gente de todas las provincias con un solo propósito: designar quien en Cortes pueda defender los intereses de la profesión.

Entre tantos que entran y salen, uno muestra cierta autoridad. Un obrero: Daniel Fernández Ceta. Obrero y Procurador en las dos últimas legislaturas. Cocinero especialista en un hotel de Bilbao.

De mediana estatura, algo moreno, parece hombre resuelto y de palabra fácil, aunque bastante escueta. Tiene ese desenfado de empleado de hotel, dentro de los más correctos modales.

Hoy está en Madrid; pero estas jornadas de trabajo habrá de recuperarias en horas extraordinarias o días festivos. Aunque Procurador en Cortes, sigue trabajando ocho o diez horas diarias en el mismo hotel en que ingresó hace veintinueve años. De nueve de la mañana a cuatro y media de la tarde, y de nueve a doce de la noche. Y 2.000 pesetas mensuales.

—¿No ha sentido tentación de dejar el oficio?

—No.

—Puede beneficiarse de otra situación más ventajosa.

—Aunque he de atender el Montepío, el Sindicato, el Ayuntamiento y las Cortes, a ello de-

dico las horas libres. Resulta que no queda tiempo para ninguna otra cosa.

—¿Ni para el fútbol?

—Para el fútbol... algunas veces sí. ¿Quién no es del Atlético? —Precisamente estará usted en condiciones de dar una idea de los efectos turísticos del fútbol, porque la llegada a Bilbao de los grandes equipos bien se notará en la cocina del hotel.

Sonríe con satisfacción.

—Al Madrid y al Barcelona los consideramos caseros. Allí se horpean. Y se llena el hotel. Es cuando más y mejor trabajamos.

Su arresto juvenil no permite pensar que Fernández Ceta pueda tener cincuenta y un años. Y que tiene una hija morja, de la Congregación de Hijas de la Cruz, dedicada a la enseñanza. El otro hijo, de diecisiete años, asiste a la Escuela de Trabajo.

—¿No disfruta de vacaciones?

—Trabajo todos los días. Me corresponden veintidós días de vacaciones al año y uno semanal. Pero no hago uso de ello, para compensar las ausencias.

—¿Y por enfermedad?

—Sólo dos veces, pero por accidente.

Hay que decirlo todo: el señor Fernández Ceta es de Madrid, pero profesionalmente prefiere los platos típicos vascos: bacalao al «pil-pil», «la vizcaína» y los chipirones.

Al sonar la palabra chipirones movió la cara a un lado y a otro, como queriendo atender a una llamada.

TODAS LAS CORPORACIONES PROFESIONALES EN LAS CORTES

De nuevo en las Cortes. Don Esteban Bilbao hace constar, con entonación y clara palabra, que no hay extranjero de calidad —diputado o senador— que no se preocupe por nuestras Cortes. Por su funcionamiento. Todos piden la Ley Fundacional y su Re-



Don Esteban Bilbao, Presidente de las Cortes Españolas



Don José Félix de Lequerica, primer vicepresidente

lamentación. Dos aspectos llaman su atención: la constitución corporativa y la participación del pueblo en la tarea legislativa.

—Ayer mismo estubo aquí, muy interesado, un parlamentario chino—decía don Esteban Bilbao, señalando el lugar donde estubo sentado.

No conciben los extranjeros la falta del juego de los partidos; mejor dicho, la dictadura de los partidos, porque, en fin de cuentas, cada partido es régimen dictatorial, y cuando el partido triunfa, se extiende esa dictadura al país. La voz de la oposición queda en voz clamante. Se hace lo que el jefe o el Comité del partido decida y nada más.

Pero en nuestras Cortes, no. En nuestras Cortes no hay banderías. Hay representantes de Corporaciones, oficios y profesiones, que de un modo real y positivo aportan sus conocimientos a la tarea del Gobierno.

—Este sentido corporativo y constructivo de nuestras Cortes falta en las demás. ¿Qué está ocurriendo en Francia? El juego de los partidos hace imposible toda labor gubernativa. Allí todo se somete a los acuerdos y mutuas concesiones.

No había titubeo en las palabras de don Esteban Bilbao, ya viejo en estas lides y buen dominador de la oratoria. Allá en sus años mozos, no más de veinticinco años de edad, hizo su presentación en la política nacional como candidato a diputado por Vitoria. Tiempos de don Antonio

Maura como jefe de Gobierno y de La Cierva como ministro de la Gobernación. Y, sin embargo, se rompieron diez de las trece urnas. Y muchos de sus agentes pasaron a la cárcel.

Hoy, con canas en la cabeza, y tras la dura prueba de la República, afirma rotundamente, indicando momento y lugar:

—Esta es la democracia verdadera.

En efecto, hoy toman asiento en los escaños los representantes de las Corporaciones provinciales de capital. Y por las Corporaciones profesionales, las Academias, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ingenieros, abogados, médicos, farmacéuticos, notarios, arquitectos, registradores, procuradores de los Tribunales y Cámaras de Comercios. Cada uno, elegido por los miembros de su Corporación entre ellos mismos. Como Procuradores natos hay que agregarles los presidentes de los Institutos de España y de Ingenieros Civiles y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Un tercio corresponde a los Sindicatos, en sus tres categorías: empresario, técnico y obrero.

Comienza la manifestación del sentido democrático porque no hay zona en el salón de sesiones reservada a grupo alguno. Ni la edad, ni el rango social, ni la jerarquía administrativa son motivos para distinción. Los Procuradores se sitúan por orden alfabético. Y pueden caer juntos un teniente general y un obrero, un director general y un Alcalde de pueblo.

No comprendían unos senadores norteamericanos —refiere don Esteban Bilbao— cómo las Cortes pueden reformar, hasta fundamentalmente, un proyecto de ley.

—¿Y el veto? ¿Y el veto?—le preguntaron.

—El veto no se ha conocido aquí. Nunca ha vetado el Caudillo proyectos reformados por las Cortes. Para hacerlo, tendría que informarle el Consejo del Reino.

—¿Y las Cortes? ¿Qué han hecho las Cortes con los proyectos del Gobierno?—hube de preguntar.

—No hay proyecto de ley de importancia que no haya sido modificado. Hasta las leyes fundamentales, objeto del Referéndum, sufrieron enmiendas. En 1952 eran más de 120 los proyectos

gubernamentales que por recomendación de las Cortes no pudieron prosperar. Esto mismo ha ocurrido recientemente al proyecto de ley referente a la Contribución sobre la Renta.

Recreábase el señor Presidente contemplando mi contenido gesto de sorpresa, Reía, inclinando la cabeza hacia adelante y elevando los ojos hacia el párpado superior. Así permanecimos bastantes segundos.

Luego estas Cortes —concluí interiormente, casi en forma silogística— estudian, deliberan y deciden por sí. No acatan, simplemente.

Pero encontré un nuevo reparo: ¿Por qué las aprobaciones en los Plenos se hacen casi unánimemente?

Un gesto de sonrisa abierta denunció la levedad de mi objeción.

—Lo que llega al Pleno ya fué bien depurado en la Comisión o en la Ponencia. Nada queda por discutir.

Se puso de pie don Esteban Bilbao, y con los movimientos de brazo con que se fortalece una argumentación, concluyó:

—Como no hay juego de partidos y sólo se maneja el estudio concienzudo de las cuestiones, he ahí la razón de por qué las Cortes y el Gobierno caminan juntos en la consecución del bien común.

—¿Se ha llegado a la perfección?

—No. No es perfecta, porque todavía no puede ser perfecta.

El modo de hablar me indicó que sólo falta una cosa: tiempo. Un poco más de tiempo. Pero hay muchos pueblos, especialmente los hispanoamericanos, que esperan.

BUENA MERCANCIA

Al otro extremo del pasillo se encuentra la vicepresidencia. Una antesala toda verde. Verdes las telas que cubren las paredes. Y verde la sillería. Un grupo de tres personas, de voz muy gruesa. Todos ellos, altos y fuertes.

—El señor Artecha. Salíó el señor Artecha tras el ujier. Luego oí un apellído terminado en *correa*.

El señor Lequerica es rápido, dinámico. Despacha pronto las visitas. Con prontitud gira la cabeza en todas direcciones, pero no mira fijamente a quien habla. Habla con mucha presteza. mientras que con la mano derecha tiene cogido el dedo anular de la izquierda.

—No tengo tiempo. No tengo tiempo.

Lo decía en tono no muy grave mientras un visitante, norteamericano por cierto, se apartaba del lado opuesto de su mesa para sentarse en un diván frontero.

—¿A qué atribuye su éxito en Norteamérica?

Giro rápido. Y más rápido contestó:

—¿Éxito?

Y sonríe mirando a la ventanilla.

Estoy hasta por creerlo.

El señor Lequerica, hombre de negocios industriales y bancarios, en seguida agregó la explicación:

—La mercancía era buena. Era bueno lo que se ofrecía.

Posó muy poco tiempo su mirada en el visitante que tenía enfrente, y añadió:

—El pueblo norteamericano es

consciente, generoso... Pronto se dió cuenta de nuestra razón.

—Usted sigue atento a las cosas de Bilbao.

—Sí, sí. Lo he hecho toda la vida, y no lo voy ahora a dejar de viejo.

Ágil y fuerte, a pesar de la edad, pronto se incorporó para despedir. El bigotito y el traje gris claro, le apartan aún más de la vejez. Pero rápido, muy rápido todo. Rapidez que no hay que confundir con la sequedad de carácter. Sólo aquilata el tiempo.

SURCO Y CORTES

—Un Procurador en Cortes.

Tras las breves palabras de presentación, aquel hombre alargó su mano ancha, dura y ercallecida, con esa típica cordialidad de nuestro campo.

En el salón de actos de la Delegación Nacional de Sindicatos el presidente de una mesa presidencial estaba leyendo nombres. E inmediatamente el nombrado se destacaba hasta la mesa, depositaba en la urna una papeleta doblada y le entregaban una especie de credencial. El resto de la sala aparecía lleno de nombres, casi inmóviles, de carnes tostadas por el sol.

Allí es efectuaba una antevoctación; es decir, cada votante lo que hacía era proponer una terna para la proclamación de candidatos que habría de efectuarse el día siguiente. Todos ellos de las Hermandades de Labradores y Ganaderos. Pero divididos en tres categorías: propietarios cultivadores directos, arrendatarios, aparceros, etc., y trabajadores asalariados.

—Soy Procurador como trabajador del campo asalariado.

Era evidente. Nada relevaba presunción ni esfuerzos para desfigurarse su modo de ser. Humilde, sencillo y natural en todo. Parecía recién trasplantado del pueblo.

Victoriano González Sáez, que así se llama, es de Aldeaseca de la Frontera (Salamanca), una aldea de 180 vecinos. Allí vive y allí trabaja.

—No ha modificado su situación?

—Por tener que ausentarme he de ser obrero eventual. Arar, sembrar, ir a la huerta... Lo que salga. Un jornal entre 22,50 a 25 pesetas. He perdido. Antes era «mozo mayor» o mayoral en Villar de Gallimazo.

—¿Tiene hijos?

—Siete. Y uno fallecido. El mayor, de trece años. El menor, catorce meses.

Victoriano González expone datos en voz baja, casi en confesión. Es de fácil palabra y firmes razonamientos.

Fue voluntario a la guerra y estuvo ocho meses parado a su terminación. También partieron para el frente otros dos hermanos más.

—¿Cómo ha sido designado Procurador?

Con las dos manos juntas fué diciendo:

—Antes de nuestra guerra me opuse a la violencia de los obreros, y fui injustamente considerado por éstos. Después de la guerra me opuse a los abusos de los propietarios, y éstos me trataron mal.

Esta postura me ha hecho pensar. Mientras él continuaba hablando, sin la menor entonación de rencor, me pareció descubrir un carácter.

—¿Y qué consecuencias tuvo eso?

—Se negaron a darme trabajo y tuve que emigrar. Marché a otros pueblos para ganar el pan. Mientras tanto, no dejaron de enviar informes ditamatorios contra mí al Gobierno Civil. Hasta que, por fin, un día se presentó allí el Jefe Provincial y todo se aclaró.

—¿Pertenece a alguna Comisión?

Sonríe con cierta timidez. Tiene motivos para sonreír: recibió una comunicación designándole para las Comisiones de Hacienda y Defensa Nacional. Un error mecanográfico. Hoy pertenece a la de Trabajo.

Seguían en la sala leyendo nombres. Hizo señal a otro obrero.

—Aquél es otro procurador.

«¡POR FAVOR, DEJEME!»

—Felipe Díaz López.

Muy efusivo en su saludo. Sencillo, con todas las apariencias de su condición de trabajador.

—¿Qué especialidad?

—Lo que sea: segar, cavar, maestro de molino aceitero. Un jornal.

—¿Eventual como su compañero?

—No puede ser más que así. Hay que ausentarse de cuando en cuando los pueblos.

Felipe Díaz se muestra muy optimista y alegre. No le falta el humor. A tres asciende en la actualidad su familia: el matrimonio y una hija, que está iniciándose en el oficio de modista allá en Torrijos (Toledo), de donde son ellos. Allí viven y allí trabajan.

—No he perdido ni un solo día de Comisión. He venido lo menos veinte veces.

—¿A qué Comisión?

—Agricultura.

Ofrece un cigarrillo de tabaco negro. Hay gestos y movimientos que son inconfundibles: con las piernas un poco abiertas, satisfecho, algo enarcado hacia adelante, creí verle en un descanso entre los surcos. El cigarrillo: descanso.

—En cierta ocasión—comenzó a contar—tuve que venir, recién terminadas las faenas de verano. Quemado, casi negro, por el sol. Con esa fisonomía que da el estar mucho tiempo a la intemperie.



Acto de proclamación de candidatos de los Sindicatos Nacionales para la próxima elección de Procuradores en Cortes

rie. El interventor del tren me vió en primera.

—Y se confundió.

—Seguro. Vino pronto a mi lado. Me dió conversación por largo tiempo, precisamente de tóros. Y al fin me pidió el billete.

—Y le pidió perdón.

Sin terminar de reír agregó:

—Soy consejero del Instituto Nacional de Previsión. Un ordenanza de ninguna manera querría dejarme pasar. Al fin apelé al carnet. Tantas fueron entonces las reverencias, que hué de pedirle: «¡Por favor, déjeme, que voy a llegar tarde!»

—¿Y saldrán ustedes reelegidos?

Los dos, casi a coro, coincidieron:

—Cualquiera sabe lo que saldrá de las papeletas.

Las papeletas están depositándose en estos momentos de cerrar. Veinticuatro Sindicatos, con tres representantes, uno por categoría cada uno. Seis por las Hermandades de Labradores y Ganaderos. Y los representantes de las Cooperativas del Campo, del Mar, Consumo e Industrias. Y los de las Cofradías de Pescadores y Gremios de Artesano.

En total, un tercio de la representación nacional.



Dos campesinos, Procuradores en Cortes, por la Organización Sindical Agraria

PAZ ESPAÑOLA

ABRIL 1939-abril 1955. Dieciséis años vivos, de historia viva, después de borrarse definitivamente la imagen de una orgánica muerta, que alguien pretendió identificar con España. Los testimonios de nuestra Cruzada nacional distan para siempre el equívoco.

Pocos elementos de aquel esqueleto habían quedado inmunes de la descomposición. No brotan frutos del árbol seco. La realidad nos había demostrado ya antes del 18 de Julio que nada vivo sustentaba a un Estado político existente.

No se trataba, pues, de recoger cabos sueltos, de heredar unos valores más o menos contaminados. No se trataba de hacer un Estado con materiales que prácticamente no existían. La tarea de España era de otro orden. Era crear un Estado, entroncado en la verdadera sustancia de la más limpia tradición.

Esta obra política ha sido profundamente creadora, fundacional, instaurándose un organismo nuevo ahí donde poco había que restaurar. Sigue siendo en tal caso una norma de acierto el huir intencionadamente de expedientes y formularios anteriores, manteniendo el propósito firme de una edificación institucional mantenida y basada, en primer lugar, en la riqueza previa del hombre: su espíritu y buena voluntad.

Después de dieciséis años, se puede afirmar, con todo fundamento, que el caudillaje de Franco en la Revolución del Movimiento Nacional se ha traducido para nuestra Patria en la conquista definitiva de un perfecto Estado católico, en el que toda promesa ha tenido siempre el profundo significado de una realidad viva y operante: «No vamos a ofrecerles—decía Franco—lo que no podemos cumplir; pero vamos a asegurarnos una mejor vida, igual a la que pueda tener el mejor trabajador europeo, pero con paz, con alegría, con seguridad social, haciendo compatible el progreso material con el bienestar espiritual, con la alegría, con la hombría de bien.»

Hoy, después de las experiencias consumadas a lo largo de estos años, es visible y operante nuestro sistema coherente y unitario de convivencia: técnica nueva, original, de una vida asociativa al servicio y como instrumento de la paz, de la justicia, de una comunidad de bienes espirituales y materiales.

No es necesario indicar o enumerar tales conquistas materiales o del espíritu, que todos tenemos bajo nuestra mirada. Hablar, en efecto, de nuestros ideales o de nuestras realizaciones en el campo concreto de la estructura económica, de la seguridad social, de la previsión contra los enemigos naturales del bienestar cotidiano, equivalen hoy a enunciar realidades familiares a los españoles, precisamente porque forman en la actualidad las líneas arquitectónicas e inalienables de nuestro sistema social. Realidades arduas y prodigiosas de nuestro nuevo Estado, que para conseguirías no necesitó, como otros mecanismos europeos, abrir sus puertas a las herejías políticas del marxismo y sus sucedáneos.

Por el contrario, nuestra paz, instaurada en aquel año 1939, es de antemano un sinónimo de justicia, ya que no podemos aceptar una paz consustancial con una supuesta injusticia. Objetivos precisos y concretos del Estado Nacional han sido este alzamiento real del nivel de vida y una mejora total de nuestro armónico conjunto, precisamente porque se considera que tales objetivos representan la condición indispensable para liberrar a los hombres del miedo económico, de la inquietud e inseguridad que siempre les obligaban a ver en la sociedad una entidad ajena e inconciliable con sus propios ideales.

Nuestra paz, la paz española, está basada en la justicia. Estos últimos dieciséis años no los consideramos tan sólo como acreedores a aquel primer abril de la historia nueva, sino también como frutos de un diario y constante quehacer social y político.

El Movimiento Nacional sigue su marcha y ante él se renuevan cada vez las metas por alcanzar. La paz de España, surgida en el surco cruento de la Victoria, alimentada por los desvelos del Caudillo, debe ser fortalecida día tras día por la cooperación de cada español. Hemos de poner a su servicio un modo de ser que, en definitiva, no es otro que el modo de ser cristiano de la vida.

En nuestra paz cristiana y española no pueden pactar el bien y el mal. No olvidemos que esta antinomia irreductible fue la «suprema ratio» del Movimiento. ¡Qué torpes suenan bajo esta luz ciertos ofrecimientos internacionales de «coexistencia»! Es necesario que afirmemos categóricamente el significado de la paz de España también con respecto a las ilusiones de otras diplomacias no siempre muy perspicaces. Es necesario aclarar, frente a los que comercian con tal «coexistencia», que el único precio de nuestra paz ha sido una ruptura incondicional con toda manifestación del mal, política y moralmente entendido.

Saben los españoles de una manera inequívoca que el prestigio y la autoridad recobrados por España en el campo internacional se deben en su mayor parte a la firmeza y clarividencia con que nuestro Caudillo ha sabido atestiguar frente al mundo la imposibilidad ineludible de transigir con los enemigos de nuestro espíritu occidental. Gracias a esta postura, auténticamente católica y europea, el nombre de España se encuentra otra vez a la vanguardia de los pueblos cristianos contra las fuerzas del mal.

Entre la «paz» europea de los pueblos anárquicos, en descomposición, y la «paz» soviética, de una desintegración oriental, existe hoy un último camino irrevocable: la paz cristiana y católica preconizada por España en el martirio de sus tres años y en el sacrificio de un diario quehacer llevado a cabo en sus primeros dieciséis años de paz.

Esta es la grandeza y la fortuna de la nueva España y del caudillaje que supo instaurarla.

EL ESPAÑOL

¿No conoce aún la gran revista

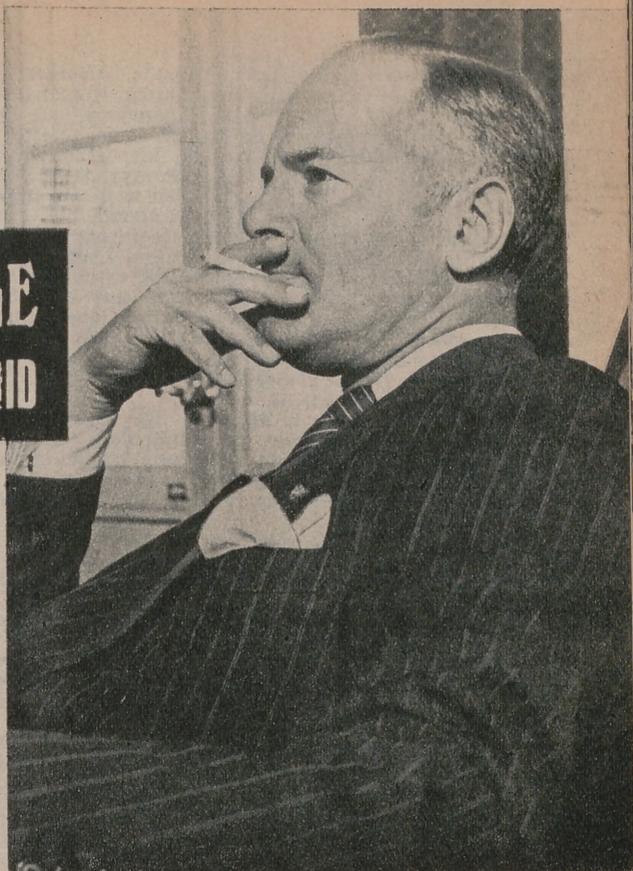
POESIA ESPAÑOLA?

PIDA HOY MISMO UN EJEMPLAR DE MUESTRA

Redacción y Administración: Pinar, 5, Madrid

UNA TRADICION FAMILIAR AL SERVICIO DE LA POLITICA

JOHN DAVIS LODGE EMBAJADOR DE EE. UU. EN MADRID



«Existe en Norteamérica un interés creciente sobre España, cuyas consecuencias son el aumento de las relaciones hispanoamericanas»

UN hueco breve tomado de una vida ocupada. El reloj es quien dicta, a pesar de todos, su ley. El embajador de los Estados Unidos está comenzando su tarea en España y, según sus palabras:

—Tengo más trabajo que horas. Ayer terminé a las nueve y media; pero es de suponer—añade, riendo—que las cosas no continúan así.

En la Castellana a las doce y media, cuando hemos entrado en el despacho del embajador John Davis Lodge, los soldados clavaban, caldeados los hombros por una primavera que viene de buen temple, las tablas que han de levantarse, tribuna y estrado, el día 1 de abril.

Pero ya dentro de la casa, huidos del polvo dorado de la calle, la primera sorpresa que produce el embajador de los Estados Unidos es una sorpresa de orden físico. Ha venido hasta la puerta a recibirme, y en el estrecho despacho—al menos, a mí me lo parece—, su altura enorme hace más pequeñas las cosas. Nosotros, el agregado de Prensa de la Embajada, señor MacEvoy, el fotógrafo y yo, tenemos que rendir pleitesía a la evocación infantil de Gulliver.

Viste un traje azul marino de rayas, camisa débilmente azul y una corbata también azul. Sus primeras palabras, las que crean la atmósfera y el clima de esos primeros minutos intranquilos, son unas sorprendentes y alegres del habla castellana:

—Mucho gusto. Estoy encantado.

Es como si se disparara contra el hielo. Nos invita a sentarnos ante la mesa grande, despejada de papeles, del despacho. Frente a mí, en la pared, un gran mapa de España, de letras como las del colegio, anchas y precisas, nos dan la sensación de que en esta



La señora del embajador de los Estados Unidos en Madrid.—Abajo: Las dos hijas de Mr. Lodge

habitación del paseo de la Castellana se mira muchas veces, queriendo y queriendo, la piel de toro, el viejo solar.

EL RETRATO FISICO

Sentado ante mí, morena y tostada la piel, amable siempre la sonrisa, el señor Davis Lodge, seguro de sí mismo, contesta a mis preguntas con un sorprendente tono leve. Se diría que apenas mueve los labios. Sólo de vez en vez, cuando quiere dar mayor fuerza y rotundidad a las expresiones, la voz se levanta, pero no con el grito, sino con una entonación mayor y más grave.

El embajador de los Estados Unidos ha nacido en 1903. Tiene el pelo ya blanqueándosele, alta frente y unas cejas negras. Los ojos, de color castaño oscuro, son fríos, penetrantes. Una, a cierta medida aristocrática de las maneras, una visible fuerza vital. Las manos, que al hablar descansan sobre la cara en gestos típicos, acarician a veces, involuntariamente, las yemas de los dedos. Son unas manos fuertes, rotundas; las únicas, quizá, que dan idea exacta de su altura. Su aire



es despreocupado. Habla, por teléfono, sonriente al invisible comunicante.

En el bolsillo superior de la chaqueta, un pañuelo azul.

LLEGAR Y ESTAR EN CASA

Le pregunto, con curiosidad, por el momento en que recibió la noticia de su nombramiento como embajador en España.

—Fue por la segunda quincena de noviembre. Me llamaron de Washington comunicándome. Después me llamó Foster Dulla, y, una vez conocida la noticia, me llamó el conde de Motrico, Arellano, para felicitarme.

Inopinadamente, con una voz cálida, que se ve sincera, comienza a contar sus impresiones primeras en España.

—Me ha emocionado—dice—la acogida tan calurosa que hemos recibido yo y mi familia de las autoridades y del pueblo. El español es excelente.

Habían llegado a Algeciras el 16 de marzo, en la noche. Y el 18 estaban ya en Madrid de cara a la Prensa.

—Teníamos prisa por llegar a Madrid. Lo hacíamos el día 18, en la tarde, a las seis. Habíamos venido en coche y pernoctamos, la noche antes, en Mérida.

El embajador se detiene un momento, como si quisiera recoger en una sola palabra las experiencias de la clásica ciudad española.

—Dormimos—dice alegremente—en un Parador que había sido convento y cárcel.

La conversación se interrumpe constantemente. Quiere conocer cada palabra española que surge en la conversación. La repite y la guarda en una prodigiosa memoria. Lo curioso es que, vuelto hacia mí, me dice:

—La próxima vez hablaré en castellano. Hablo el francés y el italiano, pero aprenderé rápidamente el español.

Su interés es tan grande, que emociona un poco. Pregunta, sin preocuparse, por todo. Repite «Al-

calde, Alcalde», cuando esta voz surge. Hablábamos del Alcalde de Algeciras, que le había recibido en aquel puerto.

Mr. MacEvoy, el agregado de Prensa de la Embajada, me habla también, impresionado, de los esfuerzos del embajador.

—Piense—dice el señor John Davis Lodge—que después del inglés, el idioma español es la lengua que está hablada por más gentes que ninguna otra en el hemisferio occidental.

LA VOCACION POLITICA VIENE DE LEJOS

La vocación política es en el embajador de los Estados Unidos una tradición familiar. Su abuelo Henry Cabot Lodge, fué una de las figuras más representativas de la vida norteamericana. Durante treinta y dos años fué senador. La vida americana, cargada de iniciativas y posibilidades, estaba, pues, detrás de John Davis Lodge, quien, desde los seis años, por muerte de su padre, está sujeto a la dirección del abuelo y la madre. Cuando tiene cinco años, Teodoro Roosevelt, que abandonaba por esa fecha la Presidencia, declaraba: «Acaso otros hayan vivido más tiempo en la Casa Blanca y mucho más a gusto que yo; pero seguramente nadie se divirtió tanto en ella como nosotros...»

Se refería, según parece, a su familia, a los herederos jóvenes, que «pasaban como trombas a través de los pasillos sagrados».

Todos los recuerdos infantiles del embajador llevan esa impronta. Quizá por eso, por la línea decidida, la vocación política de John Davis Lodge se retrasa. Primero, por lo pronto, está la Universidad famosa de Harvard, donde estudia Historia y lenguas romances. Después, se licencia en Derecho. ¿Qué hacer?

La familia de los Cabot Lodge, antigua desde el primero de ellos, el italiano Juan Sebastián Caboto, descubridor, parece trazada para un designio, pero se pueden intentar otros.

Primero es actor de cine. Un actor de fama. Las cámaras ruedan, y con ellas llega la guerra.

—Desde entonces, que fui oficial de la Marina de guerra, me he acostumbrado a levantarme a las siete y media.

Lo dice el embajador medio sonriente. Como si, repentinamente, añorara los años en los que actuaba como oficial de enlace con la Escuadra francesa. Claro está que el embajador no dice que el general De Gaulle le condecoró con la Legión de Honor y con la Cruz de Guerra con Palma.

Después de la guerra, la vocación política se manifiesta plenamente. Estudia y trabaja en el Consejo Económico Nacional, para más tarde presentarse como representante del Congreso por Connecticut. Todo el mundo sabe que derrotó a su contrincante, en una región donde predomina la sangre italiana, haciendo sus discursos en lengua de Roma. Norteamérica es así. Mientras tanto, su hermano Henry Cabot Lodge, formaba parte ya de una de las promociones más brillantes de la política.

En el Congreso, John Davis Lodge ingresa en la Comisión más importante: la de Asuntos Exteriores de la Cámara. Llegado de refresco, claro de ideas, interviene prácticamente en las modificaciones que dieron lugar a la ayuda norteamericana a Grecia y Turquía. Más tarde, en 1947, ha realizado un viaje de inspección por Europa.

¿Eso es todo?

Se ha casado. Trae también al matrimonio el estilo poético, la leva de ancla de los prejuicios. Y hace así un matrimonio perfecto. El mismo que ha encantado a los madrileños y dej que me asombró oír a un hombre del pueblo, en la calle, al ver pasar a la esposa e hijas del embajador, este propro, que, respetuoso y dicharachero, se le escapó espontáneo: «Pero si son sensacionales.»

El embajador comenta ahora, deleitando primero y diciéndolo después con el mejor acento, una frase que Mr. MacEvory le decía era «típica»: «muy guapa». Resultaba que el embajador la había oído en la calle, en la conversación.

Así, este hombre, de vivos reflejos, de ancha memoria, va recogiendo, feliz y encantado, como un niño, la levadura poética de un nuevo pueblo. Fantasma poético nada extraño, por otra parte, para él. Su padre era un poeta.

«NO SOLO DE PAN VIVE EL HOMBRE»

El embajador me va contando, con esa voz leve, mientras las manos juegan con las gafas, su impresión del acto de presentación de las cartas credenciales.

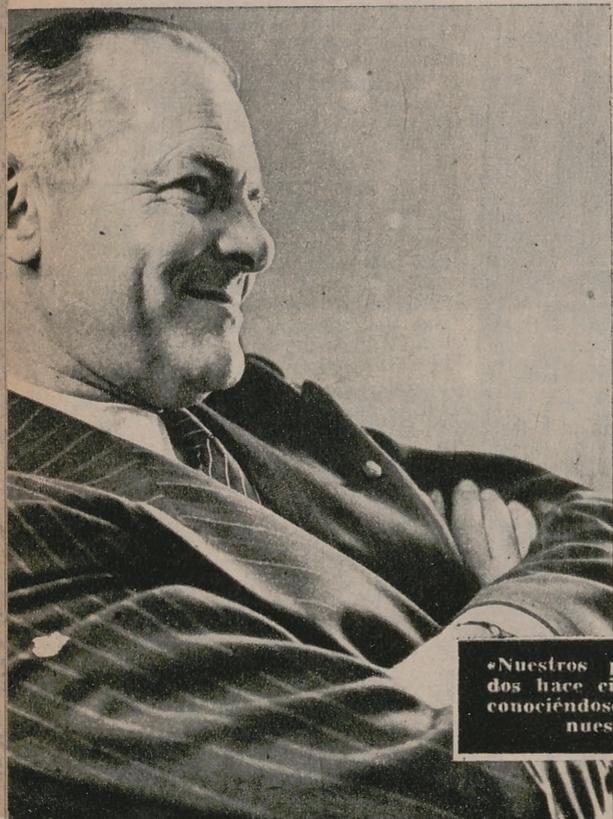
—Es una ceremonia histórica, y tan impresionante, que creo puede ser un recuerdo definitivo para el futuro. Los hombres no viven sólo de pan, y el «romance» es necesario. Todo eso pensaba yo cuando viajaba en la carroza por las calles de Madrid.

Se detiene un momento, y conversamos sobre el sentido de la frase «no sólo de pan vive el hombre». Luego prosigue:

—Aunque la frase tiene comúnmente un sentido religioso, puede utilizarse para la vida diaria, y con relación a esa ceremonia española. Luego está la Guardia Mora. ¡Todo tan interesante!

Todavía me recuerda: la carroza era de hace 130 años. Y emplea varias veces, absorto en su propio contenido la bella palabra que yo, personalmente, agradezco: romance.

Es verdad, señor embajador de los Estados Unidos, no sólo de pan vive el hombre.



«Nuestros pueblos, vinculados hace cinco siglos, están conociéndose de verdad en nuestros días»

LA HISTORIA ES EL FUNDAMENTO DE LA VIDA

Hablamos ahora, llevados por el propio impulso del embajador, de la Historia.

—La ceremonia de la presentación de las cartas credenciales es estimuladora para pensar las cosas buenas y magníficas que existen en la Historia de España. Piense que es la Historia la gran cuestión. La primera cosa que ha querido Rusia—dice con ese tono suyo de voz, a la vez pausado y profundo—ha sido separar al hombre de su pasado para romper la continuidad de la Historia y dejarle desamparado y libre de lo que ellos llaman lastres.

En este momento es el profesional universitario, el viajero sensible, quien aprecia esa calidad histórica, de noble cuerpo antiguo que tiene la vida española.

John Davis Lodge, después de recorrer Italia, Francia, Inglaterra, Turquía, Grecia, Checoslovaquia, Rumanía y Hungría, tiene puntos de vista definitivos. A su regreso a los Estados Unidos defendió la ayuda provisional, y a largo plazo, de la Europa no comunista.

Como representante reelegido del Congreso, volvió a Europa en 1949 formando parte de la Comisión que estudiaba los programas de la Administración de Cooperación Económica. Es decir, se trata de un hombre plenamente versado, funcional y políticamente, de los problemas económicos de Europa.

En 1950 se presentaba a las elecciones para gobernador del Estado de Connecticut. Campaña con victoria para cuatro años de buen gobierno.

Cuentan que los italianos, la vieja sangre italiana de Connecticut—el hombre y su historia—estaban encantados. Y hasta se dijo, creo que por el «New York Times», que el nuevo gobernador de Connecticut cantaba muy bien, en su idioma original, la famosa canción italiana «O sole mio».

Ahora, en las últimas elecciones, en un total de 900.000 votos, perdió por 3.000. En la misma mañana del recuento todavía se le consideraba vencedor.

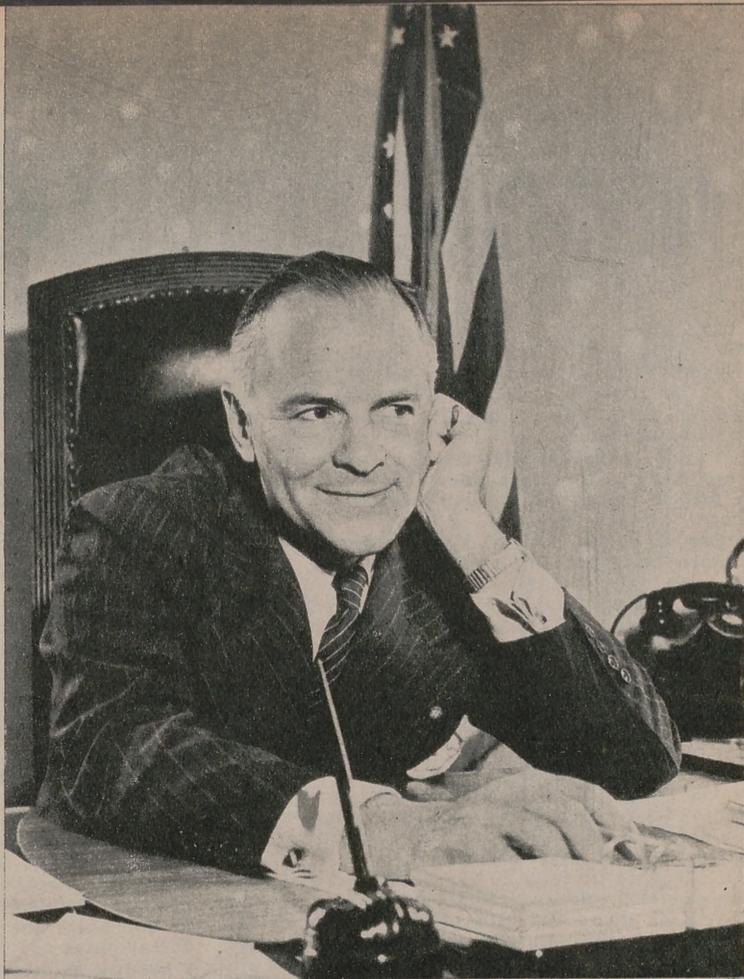
UNA HORA CON EL CAUDILLO

La conversación se va, por sus cauces justos, y contando que el embajador tiene que hacer ahora su visita oficial a las Cortes Españolas, a don Esteban Bilbao, hacia la entrevista que tuvo con Franco en el Palacio de Oriente.

Habla, inesperadamente, con cierta pasión, elevando su tono de voz.

—Estuve una hora con el Generalísimo. Tuvimos una conversación interesantísima. Estuvo encantador conmigo, muy amable y atento. Tuve el privilegio de leerle, como sabe, un mensaje en castellano del Presidente de los Estados Unidos. Aunque no conocía el idioma, aprendí de memoria las frases—dice muy alegre—, y tuve el placer de decírselas sin necesidad de intérprete.

Estos esfuerzos, creo yo, revelan un poco, psicológicamente, su personalidad. Se le siente afanoso no sólo por hablar el español, sino por pronunciarlo bien. Su



El embajador de los Estados Unidos, en su mesa de despacho

oído atento llega a percibir, para mi sorpresa, algunas peculiaridades de los acentos regionales.

El corto paréntesis lo rompe para seguir diciendo:

—Repito ahora la declaración que hice a mi salida de Nueva York: que cuando yo y el Generalísimo y yo podamos trabajar, en todos los sentidos, por los intereses comunes de los dos pueblos.

Le pregunto ahora sobre el estado de la opinión pública norteamericana con respecto a España.

Le suplico una respuesta sincera.

Su respuesta, lenta, llena de vigor, fué la siguiente:

—Existe en Norteamérica un interés creciente sobre España, cuyas primeras consecuencias son el aumento de las relaciones hispanoamericanas. Yo creo—dice, con una leve pausa—que nuestros dos pueblos, vinculados por cinco siglos, están conociéndose de verdad en nuestros días. El pueblo de los Estados Unidos se está dando cuenta de las cosas que tiene en común con el pueblo español. Asuntos comunes, históricos y espirituales, que tienen más importancia que cualquiera otra circunstancia en la que no podamos estar de acuerdo. Tenemos que cooperar, además, para resistir con éxito la amenaza del imperialismo comunista.

Todavía hablamos, ya de pie, sobre la acogida que hizo el Congreso de los Estados Unidos con motivo de su nombramiento como embajador.

—Recibí centenares de felicitaciones. Todo el mundo consideraba que se trataba de una «misión» muy importante e interesante.

En la terraza que da a la Castellana, al aire libre sobre la avenida en la que el día 1 desfilará, como siempre, y ante sus ojos, la vieja y fiel Infantería española, el fotógrafo gastó sus últimas placas.

Antes de salir, todavía se vuelve para decirme, en castellano:

—¡Encantado!



Mr. Lodge con nuestro redactor en un momento de la entrevista

Enrique RUIZ GARCIA

NUEVAS REFLEXIONES SOBRE LA PRENSA

II

NO ya la legitimidad de la «censura previa», como facultad permanente del Estado legítimo en su origen y ejercicio, sino la «evidente necesidad» de la misma, hoy, en España, son dos extremos fundamentales sobre los que el pensamiento de monseñor Herrera Oria no ofrece la menor duda, como recogíamos fielmente en nuestro primer comentario a los documentos que ya conocen nuestros lectores.

Sobre el objeto posible de esta censura previa reconoce que «por servir al bien común, permitido es a un Gobierno aplicarla a toda clase de noticias, aunque sean ciertas, e imponerla sobre los comentarios». En cuanto a su extensión afirma que de acuerdo con la doctrina católica acerca de la autoridad civil puede alcanzarse a «libros y folletos, Prensa diaria, a revistas, al teatro, al cinematógrafo, a la televisión y a la radio».

De estos supuestos se desprende lógicamente, entre otras cosas:

a) Que mantener la consulta previa sobre todos los medios de difusión del pensamiento por razones del bien común y en su ámbito es perfectamente aceptable, en principio, dentro de la doctrina católica. Por consiguiente,

b) La justa libertad de expresión, necesaria para la existencia de una recta opinión pública y la vigencia de dicha consulta previa, aun sobre las noticias y hechos ciertos, pueden objetivamente coexistir y coexistir armónicamente, en un régimen de Prensa, dentro de las «enseñanzas católicas». Por lo tanto,

c) La vigencia de los artículos 12 y 35 de nuestro Fuero de los Españoles, en los que se tutela la recta opinión pública de acuerdo con las exigencias obligatorias de la doctrina católica en estas materias, puede objetivamente coexistir y coexistir con la consulta previa rectamente reglamentada y ejercida.

Si esto puede y debe aceptarse en el terreno riguroso de los principios y la lógica, en cuanto a los resultados globales del ejercicio de nuestro actual régimen de Prensa, el doctor Herrera Oria proclama, sin reservas ni tímideces, que «en España, en estos tres últimos lustros, se han evitado a la sociedad y a la Iglesia daños inmensos gracias a la censura previa».

Creemos que, a este respecto, cabe hacer una consideración del máximo interés. Resulta claro que no solamente se han evitado daños inmensos a la sociedad y a la Iglesia, sino que este régimen de Prensa ha promovido positivamente la difusión de las enseñanzas pontificias y episcopales y la penetración de criterios doctrinales de orden espiritual, cultural, político y social eminentemente saludables, hasta el punto que esta es

una de las características más destacadas de la Prensa española, tanto en comparación con épocas pasadas como con el panorama que, desde un punto de vista moral, social y político, nos ofrece hoy la Prensa extranjera aun en los países de mayoría católica. Es precisamente el mismo prelado de Málaga quien se hace eco de la «tradición incivil y bochornosa» que, en punto a Prensa, tiene España y de cómo Inglaterra, «tan sabia, a su juicio, en derecho público, intenta ahora ordenar la censura de la literatura obscena», y recoge en su carta cómo los propios ingleses estiman que su régimen de Prensa, «según opinión general, es caótico e intolerable».

Estamos, pues, en lo que pudiéramos calificar de bases de partida para una recta concepción doctrinal de la información, tarea que era primordial y en la que hubiéramos agradecido a los hombres que se formaron durante varios años junto al doctor Herrera Oria, y que asumieron después responsabilidades de carácter público en materia de Prensa un saber doctrinal y legal, positivo y concreto, sobre la naturaleza de la empresa; periodística, figura del director, consulta previa, orientaciones, objeto de la opinión pública, etc., etc.

Atento a esta obligación, a esta necesidad y a estas responsabilidades, el actual titular del departamento viene impulsando tan difícil empeño. Porque antes que la ley son los principios orientadores; antes que la ordenación estrictamente legal y positiva es la doctrina y el conocimiento completo de la realidad. Sobre la aportación doctrinal del Ministro de Información dijo el prelado malo gueno: «Ni todas las ideas del discurso ni el régimen actual de Prensa se acomodan al ideal querido por la Iglesia», e indicó que no suscribía las siguientes palabras del referido discurso: «Se verá con claridad meridiana cómo los principios que han guiado y guían la política española de Prensa durante estos años son conformes a la razón natural y a las enseñanzas católicas.»

No cabe duda que tales afirmaciones parecían apuntar una discrepancia en el orden doctrinal.

No obstante, parece obvio que en las citadas palabras del señor Arias Salgado se hablaba expresamente de «los principios que han guiado y guían la política española de Prensa» durante estos años y no de la perfección ideal que tanto en el orden doctrinal como en el orden práctico trata de ir realizando y de conseguir el Estado español en materia de información. De los principios generales—vigilancia, orientación, urgencia y castigo—es de los que afirmó el Ministro que son conformes al derecho natural y a las enseñanzas católicas, enseñanzas y principios que tienen siempre muy en cuenta, en cuanto a su aplicación, las circunstancias de lugar, tiempo y personas. Porque es el mismo Pío XI quien dice que las facultades más propias del Estado y a cuyo servicio debe dedicar su máxima atención son: «dirigir, vigilar, urgir y castigar según los casos y la necesidad lo exijan». Porque no es el mismo el derecho natural del sano que el derecho natural del enfermo o convaleciente; ni es la misma aplicación la que ha de hacerse, inclusive de un precepto primario del derecho natural, a un hombre absolutamente normal y en circunstancias normales, que la que puede hacerse a un hombre enfermo o que se desenvuelve dentro de circunstancias anormales. Que la sociedad española ni aun hoy está totalmente sana y libre de poderosos enemigos, es un hecho innegable. El señor obispo de Málaga señalaba en sus escritos que existen entre nosotros todavía «zonas de excelentes ciudadanos, no curados por completos de errores liberales». Que el mundo se encuentra en un momento de grave crisis moral y ante una amenaza inminente de subversión armada, también es evidente. No volver la espalda a estas realidades y a estas circunstancias, que indudablemente también afectaron y afectan a España, es una exigencia, no sólo de la prudencia que obliga

ANUARIO DE LA PRENSA ESPAÑOLA

Año III, volumen II: REVISTAS

Las publicaciones periódicas españolas (no diarias) clasificadas por materias — Datos editoriales y administrativos — Legislación sobre revistas — Con índices alfabéticos de materias, de títulos y por provincias

800 PAGINAS, 100 PESETAS

DE VENTA EN LIBRERIAS

Pedidos a la Administración de Publicaciones de la Dirección General de Prensa
Montesquiza, 2. — MADRID

siempre a los gobernantes, sino del mismo derecho natural. De hecho, el ideal será siempre aplicar lo más adecuadamente que sea posible los principios a las circunstancias concretas de cada momento. En el primero de los documentos del doctor Herrera se advertía ya atinadamente: «Inconsecuencias en el Gobierno son a veces sabias, porque las impone la vida»; «podrá decirse que una ley se ampara en unos principios, aunque no en todo sea fiel a ellos».

Este era justamente el fondo doctrinal en que se apoyaban las palabras del Ministro. Por haberlas estimado previamente correctas es por lo que seguidamente escribía así el doctor Herrera Oria, en su carta del 26 de enero: «V. E. afirma que no todas las ideas del discurso se acomodan al ideal ofrecido, defendido y querido por la Iglesia en esta materia. Mucho le agradecería, dada la trascendencia de esta afirmación, que se puntualizara concretamente cuál es la idea o las ideas por mí expuestas que no se acomodan en el orden doctrinal a ese ideal y que me concretara cuáles son los puntos explícita o implícitamente obligatorios que resumen dicho ideal, para tenerlos en cuenta y corregir lo que pudiera haber de desviación en mi pensamiento.»

La respuesta a este ruego fué formulada, en síntesis, con estas palabras: «El régimen actual ofrece dos puntos vulnerables, muy difíciles de conciliar con las enseñanzas católicas: la censura y las consignas. La censura, por la forma de aplicación. Las consignas, como principio.»

La cuestión, por lo tanto, queda ahora ceñida ya, no a la doctrina, sino más propiamente a dos normas prácticas; es decir, dos normas de funcionamiento y de procedimiento, cuales son el modo de practicarse la censura previa y las consignas. De las consignas, como principio, ya habrá ocasión de hablar en su día, pero interesa dejar sentado: primero, que urgir y suplir la acción de la sociedad son facultades propias de la autoridad; segundo, que en cuanto al alcance y sentido que se da a las orientaciones positivas—mal llamadas consignas—demanadas de los organismos competentes en estas materias con el fin exclusivo de urgir la obligación permanente que tiene la Prensa de servir al bien común por ser institución social, el prelado de Málaga dice también en su carta: «Por el régimen de consignas pudiera llegar a ocurrir—no decimos que hoy ocurra—que un periodista se viera obligado a exponer lo que no siente, con quebranto del principio natural que ampara el derecho al juicio propio.» (Pío XII).

Aparte de que este argumento lógicamente ha de trasladarse con igual fuerza a las empresas, directores, propietarios y anunciantes, etc., los cuales pueden llegar a llegar en su presión—como de hecho ha sucedido siempre, y esto vemos que no produce escándalo en nadie—a que un periodista se vea obligado a exponer lo que no siente, consideramos que lo que proceda en este asunto es conocer con exactitud el alcance y el sentido real que las referidas orientaciones positivas tienen dentro de nuestro régimen de Prensa y de ello nos ocuparemos a su debido tiempo y en el momento preciso.

En cuanto a la censura previa parece ya evidente que es una cuestión totalmente resuelta en la doctrina católica y a la luz de la sana filosofía sobre la misión del poder público en su relación con el bien común. Mas aún: en una concepción católica de la misión que incumbe al que tutela el bien común desde una tarea de gobierno, la consulta previa no es sólo una facultad, sino una obligación jurídica y moral. Pero es significativo que ciertos católicos, que la discuten en el campo de la Prensa, la reclaman para otros medios de expresión de ideas: para los libros, el teatro, el cine, la televisión y la radio. A la vista de esta contradicción, podría alguien pensar que esta diferencia de actitud viene determinada por partidismos o por intereses, más que por una limpia y sincera intención de tutelar los auténticos derechos de la persona humana y el bien común nacional.

Quede, por hoy, aquí nuestro comentario. Del ejercicio de la consulta previa, de las normas existentes sobre ella y de una posible mejor regulación de la misma trataremos en nuestro próximo número.



TRIUNFAL VIAJE DE AMISTAD

EL CONDE DE VALLELLANO DEJA UNA ESTELA DE JUBILO EN TODO SU ITINERARIO AMERICANO

La noticia de la llegada de don Fernando Suárez de Tangil, conde de Vallellano, a América causó una gran impresión en las tierras antillanas.

Puerto Rico, la primera etapa de este largo recorrido, ve descender hasta tierra americana a nuestro ilustre enviado. Alto, sencillamente vestido, el conde de Vallellano, en unión de su esposa e hijo, hace su aparición por la escalerilla del majestuoso «Marqués de Comillas». La emoción es grande. Los grupos de emigrantes, sobre todo, no pueden contener su impaciencia. Alguien grita algo,



Representaciones de treinta comunidades religiosas cumplimentaron a nuestro Ministro de Obras Públicas durante la recepción celebrada en su honor en la Embajada española en La Habana

an viva a la Patria, mientras el conde va saludando a las primeras autoridades portorriqueñas, mientras la condesa sujeta, sonriente, su gran ramo de flores.

Luego, vienen las visitas, el cumplimiento del programa inflexible, el comienzo de ese delirio que ha de ser el triunfal «viaje de amistad» —como el mismo conde lo ha definido— de nuestro Ministro por América. Llegado a ella para asistir como embajador extraordinario a la toma de posesión del Presidente de la República de Cuba, general Batista, Vallellano ha de dejar una estela de júbilo en todo ese itinerario americano: Puerto Rico con el emocionante pasaje del saludo de las Siervas de Jesús en San Juan de Puerto Rico, según acostumbran a hacer con todos los buques españoles, y luego Santo Domingo, Venezuela y, por fin, Cuba.

BAJO UNA GRAN BANDERA ESPAÑOLA EN CIUDAD TRUJILLO.—ESCALA EN VENEZUELA

El buque español «Marqués de Comillas» entra lentamente en el puerto de Ciudad Trujillo. Suena el largo pito de su sirena, y ya en el muelle es todo expectación y alborozo. Contra el cielo tropical avanza majestuoso el barco. En su interior hace rato que todo son preparativos de los viajeros cumpliendo con requisitos aduaneros. El amplio y hermoso puerto de Ciudad Trujillo está abarrotado. Hoy tiene un aire de fiesta, de extraordinaria ocasión, que no tiene todos los días. Y es que en el buque español les llega a los dominicanos un especial enviado de España: el Ministro de Obras Públicas, excelentísimo señor conde de Vallellano.

Entre un panorama de «jipis», la colonia española, mezclada con los dominicanos y las personalidades representativas del Gobierno de aquel país, aguarda ansiosa la llegada de su ilustre compatriota.

La cabeza canosa del conde de Vallellano es el punto de mira de miles de compatriotas. Saludando la guardia dominicana, rindiendo honores, y en tierra, el Comité de recepción se acerca para darle la más cordial bienvenida. Los periodistas, de acá para allá, quieren obtener noticias de la travesía, de sus impresiones. Fotografías a la condesa, a su hijo Fernando, al señor Ministro. Se sabe que el Presidente de la República, generalísimo Trujillo, ha de recibir al ilustre viajero en audiencia extraordinaria.

—¿Qué impresión le ha hecho nuestra tierra?

—Es la pregunta obligada.

—¿Tenía ganas de visitar Ciudad Trujillo?

Y para todos, la palabra de nuestro Ministro es cálida.

El embajador de España y el alto personal de la Embajada de España en la República Dominicana rodean al conde. Es el día 15 de marzo, y el programa de actos y visitas empieza a regir desde este momento.

La entrevista con el Presidente de la República generalísimo Trujillo se celebra en un grato ambiente de cordialidad.

El general habla a Vallellano de su proyecto de reconstruir el Alcázar de Colón. Un arquitecto español, el señor Barroso, está encargado de la dirección de las obras.

Y Ciudad Trujillo, limpia, alegre, subyuga con su encanto tropical a nuestro Ministro, que no puede dejar de fijar su atención en todos los adelantos modernos realizados en ella. Las grandes y alegres avenidas, los blancos edificios, los avances arquitectónicos, las obras hidráulicas, fábricas, etc., todo reclama la atención del conde de Vallellano. Fué no sólo a dar, sino también a recibir. A intercambiar ideas y sentires.

En la Casa de España, la colonia se huelga de recibir a tan ilustre huésped. El, con una sencillez conmovedora, acude a la recepción sin ninguna etiqueta. De compatriota a compatriotas. Bajo una gran bandera española, los miembros de la colonia escuchan las frases que se cruzan entre el presidente de la Casa y el conde. Es una velada casi en familia, en la que el Ministro se interesa vivamente por los españoles allí reunidos. Ellos, todos ellos, añoran a España. La presencia del conde de Vallellano viene a avivar esta nostalgia siempre latente y siempre profunda. Las preguntas la curiosidad por las más nimias cosas de la Patria son muy grandes.

A todo esto, el entusiasmo que por las ciudades por las que pasa va provocando nuestro embajador, es extraordinario. La afabilidad sencilla del conde encanta a todos. Y además, está el interés que ellos sienten por las cosas de España. A veces, las manifestaciones de cariño llegan a extremos inimaginables.

—En algunos momentos —ha dicho el Ministro de Obras Públicas en recientes declaraciones— llegué a creerlo exagerado, pues parece que yo hubiese sido un nuevo Cristóbal Colón, lanzado a descubrir de nuevo América.

De Ciudad Trujillo a La Guaira. El paisaje de «jipis» y trajes tropicales ya le es familiar. La recepción en este puerto como en los otros es grandiosa. Españoles y venezolanos se sienten atraídos por el visitante. Las noticias de la impresión causada en Puerto Rico y en Ciudad Trujillo han conmovido a Venezuela.

De este país trae nuestro Ministro gratísima impresión, no sólo por las atenciones recibidas durante el corto tiempo de su estancia, sino por obras de urbanización y ensanche tan maravillosas como la autopista que une a La Guaira con Caracas. Cobrando dos bolívares por automóvil se ha obtenido ya con esta autopista un producto de nueve millones de bolívares. Algo así tiene ya planeado el conde—proyecto de carreteras de peaje—e incluso presentado a las Cortes Españolas para su aprobación.

Todo esto viene a asegurar al señor Ministro en una idea hace tiempo concebida: el interés del intercambio, o mejor lo que él ha llamado la «emigración ilustrada», que consistiría en el envío a aquellos países de inge-

nieros, arquitectos y peritos de todas clases.

No dura mucho la estancia en Venezuela. En Caracas el Ministro es recibido en el palacio de Miraflores por el Presidente de la República de Venezuela, coronel Pérez Jiménez, en la que está presente también el embajador de España en aquel país, señor Valdés Larrañaga. Las restantes horas de la estancia de nuestro Ministro en Caracas la llenan las visitas a la Ciudad Universitaria, a la Escuela Militar y la atención a numerosas invitaciones.

Al salir de La Guaira, en Curaçao, los periodistas holandeses e ingleses interrogan al señor conde sobre dos problemas: La cuestión sucesoria y Gibraltar. El conde de Vallellano les respondió en los términos ya concitados en España, y en cuanto a Gibraltar aseguró la unanimidad de todos los españoles.

UN SALUDO CORDIAL A TRAVÉS DE LA PRENSA

En las primeras horas de la mañana del martes 22 de febrero, el «Marqués de Comillas» entró en el puerto de La Habana. Allí, en el muelle, esperaban al barco desde antes de las siete de la mañana, al frente de una gran multitud de alborozados miembros de la colonia española, todos los componentes de nuestra Embajada, los presidentes y directivos de los Centros regionales españoles y del Casino Español. Pero nuestros compatriotas no estaban solos. Allí, pluma y papel a punto, bullían también los periodistas. Y los representantes del Gobierno cubano. Y los agentes de la Compañía Trasatlántica. Y los viejos y buenos amigos, como don Lorenzo Fernández, que fué alcalde de La Habana cuando el conde de Vallellano lo era de Madrid.

Poco después de las siete subieron a bordo las distintas representaciones. Primero, los embajadores de España, marqueses de Vellisca; los consejeros de la Embajada, condes de Puertoalegre y de Foxá; el cónsul, Pablo Ubarri; el secretario, Fernando Moreno; Daniel Dafonte, agregado comercial; Alejandro Vergara, canceller, y Jaime Caldevilla, agregado de Prensa. Y luego, en representación del ministro de Estado cubano, el doctor Octavio Averhoff, y el capitán de la Marina de guerra Ignacio Bustillo. Y Leopoldo Iglesias Figueredo, designado edecán del visitante para todos los actos de la toma de posesión del general Batista. Y el doctor Luis Muñoz, del Ministerio de Estado. Después, otra vez los españoles, los hombres de los Centros regionales: Emilio García, presidente del Centro Asturiano; Raúl Llanes, del Casino Español; Angel Pérez Cosme, vicepresidente del Centro Gallego; José Tous, de la Beneficencia Catalana; Venancio Zabaleta, de la Beneficencia Vasconavarra y Enrique Gancedo, de la Cámara de Comercio Española. Uno de los primeros en llegar junto al conde de Vallellano fué el doctor Antonio Iraisoz, embajador de Cuba en España, acompañado de su espo-

sa, la señora Josefita Hernández Guzmán.

Pronto se abrieron camino los periodistas y rodearon al Ministro español.

—Un saludo cordial a todo el pueblo de Cuba, a través de su Prensa...

Estas fueron las primeras palabras del conde de Vellellano a los periodistas cubanos. Y con ellas, nuestro embajador extraordinario abrió el camino al más franco y espontáneo de los diálogos. Dijo que se encontraba encantado de pisar tierra cubana, que tanto ansiaba conocer, ya que desde hace treinta y cinco años, su mujer, doña Concepción Guzmán O. Farril, que es cubana de nacimiento, le viene hablando continuamente de ella.

Los periodistas «Pancho» Pérez, del «Diario de la Marina»; Juan A. Menéndez de San Pedro, y Hornedo, de «Excelsior», se interesaron por la campaña de riegos en España. Y el conde de Vellellano les habló de la colosal obra de utilización de riegos emprendida en España, y se refirió al proyecto en el que está comprendida la construcción del mayor embalse de Europa en la provincia de Guadalajara, en la cabecera del río Tajo, que ha de tener una capacidad de 2.600.000 metros cúbicos.

A su vez el Ministro se convirtió de interrogado en interrogador, y preguntó a los periodistas por el salto del Habanilla y les manifestó su interés por visitar la central de Andorra, la playa del Varadero, las cuevas de Bellamar, el valle del Yumuri, el valle del Viñales...

Alrededor de las nueve, los condes de Vellellano, su hijo y sus acompañantes oficiales abandonaron el barco. Las autoridades portuarias y «todos los departamentos del Estado —escribían al día siguiente los periódicos— que tuvieron intervención en el despacho del distinguido visitante, brindaron el máximo de facilidades, y así lo hicieron conocer el director-administrador de la Aduana de La Habana, señor don Manuel Pérez Benito; el ministro de la Gobernación, doctor Ramón O. Hermida...

Y facilidades de don Juan Marina Valdés, gerente de la firma naviera García y Díaz, agentes generales de la Trasatlántica española, armadora del «Marqués de Comillas».

FLORES Y FIESTAS CIENTO DIECINUEVE FOTOS EN UN DIA

Del barco al hotel, del muelle a la ciudad, del «Marqués de Comillas» al Hotel Nacional. En éste —y el conde de Vellellano lo recuerda con emocionada gratitud— se reciben hasta ciento sesenta cestas de flores. Grandes rosas, extrañas orquídeas, rojos claveles «de España» para la condesa de Vellellano.

Estos días, las fiestas, las comidas, los compromisos sociales se suceden con rapidez asombrosa.

La bella residencia de los marqueses de Vellelca abre sus puertas para recibir a los condes de Vellellano, y la parte más brillante de la sociedad cubana acude a los aristocráticos salones de



Vellellano ocupó un puesto de honor en la mesa del banquete ofrecido por Batista a las Misiones extranjeras.

los embajadores para agasajar, una vez más, al embajador extraordinario.

La impresión de toda la sociedad cubana es unánime, porque la simpatía y sencillez de los condes de Vellellano se han ganado ya, en el corto tiempo de su estancia en La Habana, a todos.

Cuando a la vuelta le han interrogado los periodistas, ha podido contestar, con natural satisfacción, que la presencia de la embajada extraordinaria española fué acogida de un modo inigualable y conmovedor:

—De los cincuenta y dos países acreditados en los actos de toma de posesión del Presidente Batista, sólo la representación española fué invitada a dirigirse por radio al país, una vez terminado el acto solemne. En un solo día aparecieron en los periódicos de La Habana ciento diecinueve fotografías relacionadas con las actividades de la Misión española.

El tiempo del conde de Vellellano durante su estancia en La Habana ha sido aprovechado al máximo. A veces ha pronunciado hasta cinco discursos en una misma mañana. La falta de información sobre España en materia social era grande. El Ministro ha dado a conocer la situación de los trabajadores españoles, superior o igual a la de los países más avanzados.

JURO DESEMPEÑAR FIELMENTE LOS DEBERES DEL CARGO

El día 24 de febrero, fiesta nacional de Cuba, es la fecha de la toma de posesión del Presidente electo, mayor general don Fulgencio Batista. A las once de la mañana, el primer magistrado de la República sale de su residen-

cia campestre de Kuquine. Se dirige por Arroyo Arenas, a través de las calles engalanadas y en medio del entusiasmo popular, camino de la morada del Presidente saliente, doctor Andrés Domingo. Antes de llegar a su punto de destino, el pueblo detiene la comitiva de Batista y una Comisión de vecinos le entrega el simpático regalo de una pluma de oro en agradecimiento a la labor de gobierno del nuevo Presidente.

También le fué ofrecida otra pluma de oro para suscribir el acta de toma de posesión: la que usó Estrada Palma. Pero Batista prefirió no usarla, según explicó más adelante, por un delicado escrúpulo patriótico. Esta pluma la ofrecerá el general al Museo como recuerdo importantísimo de la historia de Cuba.

Un cuarto de hora más tarde se entrevista con el doctor Andrés Domingo, y con él se pone la comitiva en marcha rumbo al palacio presidencial.

Acompañado de su nuevo Consejo de Ministros, Fulgencio Batista entra en la sala de recepciones, donde se hallan todas las personalidades del país y las cincuenta y tres Misiones extranjeras que asisten a la toma de posesión. Al fondo del salón se alza una plataforma, y a su derecha, formando un gran círculo, están los miembros de las Embajadas y Misiones especiales. A la izquierda de la plataforma se encuentran el cardenal arzobispo de La Habana, los presidentes del Senado y la Cámara, miembros del Congreso y jefes de las Fuerzas Armadas. Al frente de la Misión española, el conde de Vellellano, que viste uniforme de gala de Ministro del Gobierno español, resaltando sobre la guerrera blanca las condecoraciones y la



Un momento de la recepción que tuvo lugar en la Casa de España, en San Juan de Puerto Rico.

gran banda que se anuda sobre su costado. Junto a Vallengano, el embajador de España en Cuba, también vistiendo uniforme de gala.

A las doce en punto del mediodía, el presidente del Tribunal Supremo se dirige al general Batista:

—Invito al Presidente electo a que jure desempeñar fielmente los deberes de su cargo y cumplir y hacer cumplir la Constitución y las leyes.

En el silencio del salón de recepciones se dejó oír la voz grave de Batista:

—Juro desempeñar fielmente los deberes del cargo de Presidente de la República, cumpliendo y haciendo cumplir la Constitución y las leyes.

El presidente del Tribunal Supremo respondió con estas palabras:

—Si así lo hicieres, Dios os lo premie, y si no, El os lo demande.

Luego se dirigió a las personalidades asistentes a la ceremonia para añadir:

—Ha prestado el señor Presidente de la República el juramento que previene el artículo 141 de la Constitución.

A continuación, el doctor Andrés Domingo impuso a Batista, al «hombre fuerte de Cuba», el Gran Collar de la Orden Nacional del Mérito «Carlos Manuel de Céspedes», distintivo especial del jefe del Estado cubano.

En la calle, la multitud aclamó a su nuevo Presidente, después de escuchar por medio de altavoces los actos de la ceremonia. Una batería disparó una salva de veintidós cañonazos. El pueblo cubano tiene desde aquel momento un nuevo magistrado. En las calles de La Habana, docenas de camiones con altavoces llevaron la alegría y el júbilo de aquellos momentos hasta los más apartados distritos: Regia, Guanábacoa, Marianao, Santiago de las Vegas... Así se conmemoraban en un día de fiesta las primeras horas de gobierno del general Batista.

BATISTA RECIBE A LAS MISIONES DIPLOMATICAS

Después de los actos celebrados en el salón de recepciones, Batista se retiró de él, haciendo una inclinación a los miembros de las Misiones extranjeras y del Cuerpo diplomático.

Pero la jornada oficial de actos no concluyó con la ceremonia anterior. Mensaje al pueblo cubano, primera reunión del Consejo de Ministros, y a las seis de la tarde, la recepción a las Misiones diplomáticas, celebrada en el salón de los espejos de palacio.

La Misión española, presidida por el conde de Vallengano, fue recibida en el vestíbulo de la Casa Ejecutiva por funcionarios del Protocolo del Ministerio de Estado, que acompañaron a nuestros representantes hasta el salón Luis XVI, donde el introductor de embajadores, doctor Pedro Rodríguez Capote, saludó al Ministro español. En el salón de los espejos tenían reservado un lugar preferente, junto al legado pontificio extraordinario, con calidad de decano de todas las Misiones especiales y Cuerpo Diplomático. El Presidente Batista hi-

zo su entrada, previo anuncio del introductor de embajadores. Le acompañaba el Gabinete en pleno, así como el Vicepresidente de la República, doctor Rafael Guas.

Monseñor Luis Centoz, legado pontificio, acompañado del jefe del ceremonial, se situó frente a Batista y pronunció un discurso en nombre de todas las Misiones, y fue contestado por el Presidente de la República, quien departió después unos momentos con aquél. Después de retirarse monseñor Luis Centoz, el introductor de embajadores presentó al general Batista a la Misión presidida por el conde de Vallengano, que desfiló a continuación, con preferencia sobre todas las demás representaciones extranjeras.

La presentación de las Misiones duró hasta las siete de la tarde. El salón de los espejos se hallaba engalanado con rosas, especialmente importadas para la ceremonia. La estatua de Cristóbal Colón aparecía adornada con jarrones de gladiolos rojos. En el tercer piso del edificio, la señora de Batista recibía mientras tanto a las damas de la sociedad cubana, vestida con un traje de chaqueta negro con cuello y puños de armiño, y sombrero de anchas alas de fieltro.

El embajador extraordinario de España ha traído una excelente impresión del Presidente cubano:

—Sumamente agradable. Es un hombre simpático, rápido de genio. Vivo en sus respuestas. Con un gran deseo de ordenar la vida de su país desde todos los puntos de vista. Ha sido recibido con confianza y júbilo. Se espera mucho de su éxito, pues se le sabe mantenedor del orden público y de la autoridad.

LA EMOCION DEL ADIOS

Entre las ceremonias oficiales que han tenido lugar en La Habana para conmemorar la toma de posesión del general Batista destaca el gran desfile militar, celebrado ante la presencia de las Misiones diplomáticas el día 25. Al pie de la escalinata del Capitolio Nacional, en el paseo de Martí, se instaló la tribuna presidencial, con puesto preferente para los miembros de la delegación del conde de Vallengano y sitio más destacado aún para la bandera española, que ondeó al sol como homenaje a la Madre Patria.

Ante la tribuna de Batista, ante la tribuna que ocupaba el conde de Vallengano, pasaron las armas de la República hermana.

Y aquel mismo día, sin apagarse aún el eco marcial del desfile de la mañana, Batista recibió en su Palacio Presidencial, en compañía de su esposa, doña Martha Fernández Miranda, a los miembros de la Misión de Vallengano. Con esta fiesta no concluyeron los agasajos a nuestros representantes. Al día siguiente fueron invitados por el Presidente a una comida de gala en su residencia oficial. El conde de Vallengano ocupó el lugar de honor, junto a la esposa de Batista.

Al margen de sus compromisos oficiales, el conde de Vallengano cuidó especialmente, durante su estancia en Cuba, de asistir a diversos actos organizados en su honor por la comunidad española que vive en aquella República. El primero de marzo, a las diez

de la mañana, visitó el Centro Gallego, en unión de los miembros de su séquito y del personal de la Embajada. Después se dirigió al Palacio de Asturias. En estas dos entidades fue recibido por las Directivas y socios y se interesó por todas las aspiraciones de nuestros compatriotas, dirigiéndoles palabras de aliento por la gran labor que realizan como españoles y como miembros de la gran familia cubana. Hay en La Habana doscientos mil españoles, y casi todos están agrupados en esas dos maravillosas organizaciones que son los Centros Gallego y Asturiano.

Sin duda, uno de los actos más emotivos de la estancia del Ministro español en Cuba fué la recepción que ofreció en la Embajada a los representantes de treinta comunidades religiosas españolas. El día 3 de marzo, a media mañana, concurrieron los superiores y directores de los padres dominicos, jesuitas, capuchinos, carmelitas, franciscanos, agustinos, escolapios... Por las comunidades de monjas, asistieron religiosas de San Vicente, claretianas, Amor de Dios, siervas de Jesús, teresianas, filipenses...

Y ya casi en vísperas de su salida de La Habana, Vallengano correspondió a todas las atenciones recibidas con una fiesta en el Yacht Club. Luego, el sábado día 5, el adiós a las tierras y a las gentes de Cuba. Las embarcaciones y los vaporcitos de la bahía de La Habana hicieron sonar sus sirenas y navegaron varias millas dando escolta al «Marqués de Comillas», que surcaba lentamente las aguas luciendo gallardetes y banderolas. El pueblo cubano, su Presidente Batista, se despidieron emocionadamente del conde de Vallengano.

Ya en la Patria, el Ministro diría a la Prensa, como resumen de su viaje:

—Estoy verdaderamente asombrado del interés suscitado por este viaje triunfal y gratuito, y lo atribuyo, más que a mi modesta persona, al creciente interés de las relaciones entre España e Hispanoamérica. Personalmente, y como español, he podido comprobar cómo aumenta el aprecio exterior de España y hasta qué punto el nombre de la Patria y del Jefe del Estado despertan la admiración y el afecto. Por lo que se refiere al Generalísimo, si aquí le estimamos y admiramos como merece, en Hispanoamérica goza de un relieve, una consideración, una fe y un entusiasmo admirables y significativos.

Interés, amor hacia España en toda Hispanoamérica, también según palabras del conde de Vallengano, basado en tres factores principales:

—La comunidad de idioma, la fuerza del paso y del peso de nuestra historia—que hoy se mantiene en los esforzados y ejemplares centros regionales—y sobre todo al espíritu insuflado por la obra misionera española, realmente admirable. Ahora acabo de recibir una carta del Consejo Superior de Misiones donde me felicitan y se congratulan de la recepción que ofrecí en la Embajada de España en La Habana a los superiores de treinta y una comunidades religiosas, artífices de una obra eficaz y eterna.

TEXTIL

LA REVISTA DE LOS TEJIDOS EN TODAS SUS APLICACIONES



!!!CADA NUMERO ES UNA SUPERACION DEL ANTERIOR!!!

En su lujosa presentación de más de cien páginas en magnífico couché, de las cuales muchas son a todo color, encontrará secciones interesantísimas para todos, tales como: MODAS, REPORTAJES, DECORACION, CREACION DE TELAS, SASTRERIA, ESCAPARATES, HUMOR, ETC., HACEN QUE

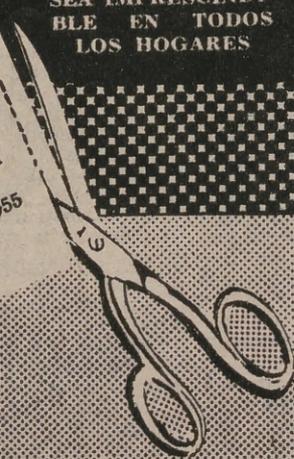
“TEXTIL”

SEA IMPRESCINDIBLE EN TODOS LOS HOGARES

«TEXTIL»
Av. José Antonio, 32, 4.º

Don núm.
Domiciliado en
Calle
Desea suscribirse a «TEXTIL» por un de 1955
a de Firma,

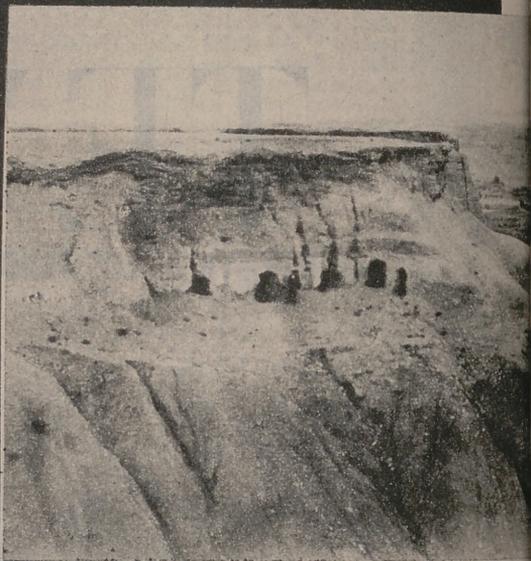
Año, 300 ptas.
 Semestre, 150 ptas.



EN LA DEFENSA DEL SUELO ESTA LA DEFENSA DE ESPAÑA

EL HECHO REAL DEL PROGRESIVO CRECIMIENTO DEMOGRAFICO ES UN TESTIMONIO VIVO Y PRESENTE DE VIGOR ECONOMICO, DE FUERZA CREADORA, DE ESPERANZA EN EL PORVENIR

ARBOLES Y CASAS



UNA TAREA URGENTE

R EIA un malagueño con risa despectiva al tener que decir que aquello era un río.

—¿Eso? ¡No me diga usted, hombre!

Había, en efecto, ante nosotros un cauce estrecho y casi seco que mas bien parecía una maqueta de ensayo.

—Sólo el nombre merece la pena—confesó entre dientes.

Un nombre árabe por todos costados: Guadalmedina (Uad-el-Medina = Río de la ciudad). Atraviesa Málaga en una longitud canalizada de cinco kilómetros.

Casi estallaba en su cara el desencanto, al contemplar aquello sin agua, sin barcos. Un río, en fin, que, ni cuando se decide, llega a cuajar la imagen de un verdadero río. Pasa dócil, manso y casi burocrático.

—Después de todo, bien está, concluyó con cierta filosofía, después de mirar las serranías.

En tan expresiva resignación había un reconocimiento, una alegría. Ese mismo río fué el terror, como un monstruo de agua, de la ciudad, a la que bien podía llamársele mártir del Guadalmedina. Descolgándose de barrancos y peñascales de la sierra, desolaba con vertiginosa furia de caballo árabe calles y barrios, llevándose como botín cadáveres, muros, rejas, árboles y macetas de flores.

Cuarenta y nueve catástrofes en cuatro siglos es el haber siniestro del hoy tan modesto río. No está de más el revisar una de sus cuentas catastróficas, la de 1661: 418 casas, derrumbadas; otras 400, averiadas; 1.500, inundadas, y 400 personas, ahogadas. También fueron impresionantes

las pérdidas en especie: 10.000 arrobas de aceite de las bodegas; 20.000 arrobas de pasa y almendra y 48.000 fanegas de trigo y harina. Y otro tanto de vino, ganado y cebada. En total, 2.978.000 ducados, según los padrones parroquiales.

En 1907, un poso de fango y lodo, de cerca de siete metros de altura, quedó inerte en las calles. Alargando las piernas entre las rejas de los balcones casi se daba pie en tierra. La última, en 1919, también fué de grandes proporciones.

Causa: el cultivo de los famosos viñedos malagueños. Aquel cultivo en las laderas de gran pendiente los convertía en canteras suministradoras de materiales suficientes para las trágicas inundaciones. Y, cuando a mediados del pasado siglo esos viñedos desaparecieron asolados por la filoxera, la cosa fué peor. El impetu irresistible de las aguas, al no encontrar obstáculos, dió mayor intensidad a los fenómenos.

Hoy, no. Hoy, el río es un ser domesticado por la ingeniería con dos instrumentos: el árbol y la corrección de torrenteras.

GUERRA Y SUELO

Entramos en el siglo XX. Con esta tremenda realidad: el suelo se nos va. Nos quedamos sin suelo. Se entiende suelo vegetal, porque rocas peladas sobran.

No debió ser administrativamente fácil sujetarlo, a juzgar por los resultados. Pasaron años de casi puro trámite. Hoy, dos leyes están a la vista: la del Suelo y la de Defensa del Suelo. Hay entre ellas la misma diferencia que entre la ciudad y

el campo. La primera regulará el suelo urbano de la ciudad, es decir, el solar; la segunda, el suelo rural, el de los pastos, árboles y «pan llevar».

Estamos en la segunda campaña, rápida dentro de su natural lentitud.

LA EMPRESA NACIONAL DE LA VIVIENDA

No comienza ahora la segunda campaña. Con las tropas que iban liberando España avanza ron técnicos de la Dirección de Regiones Devastadas.

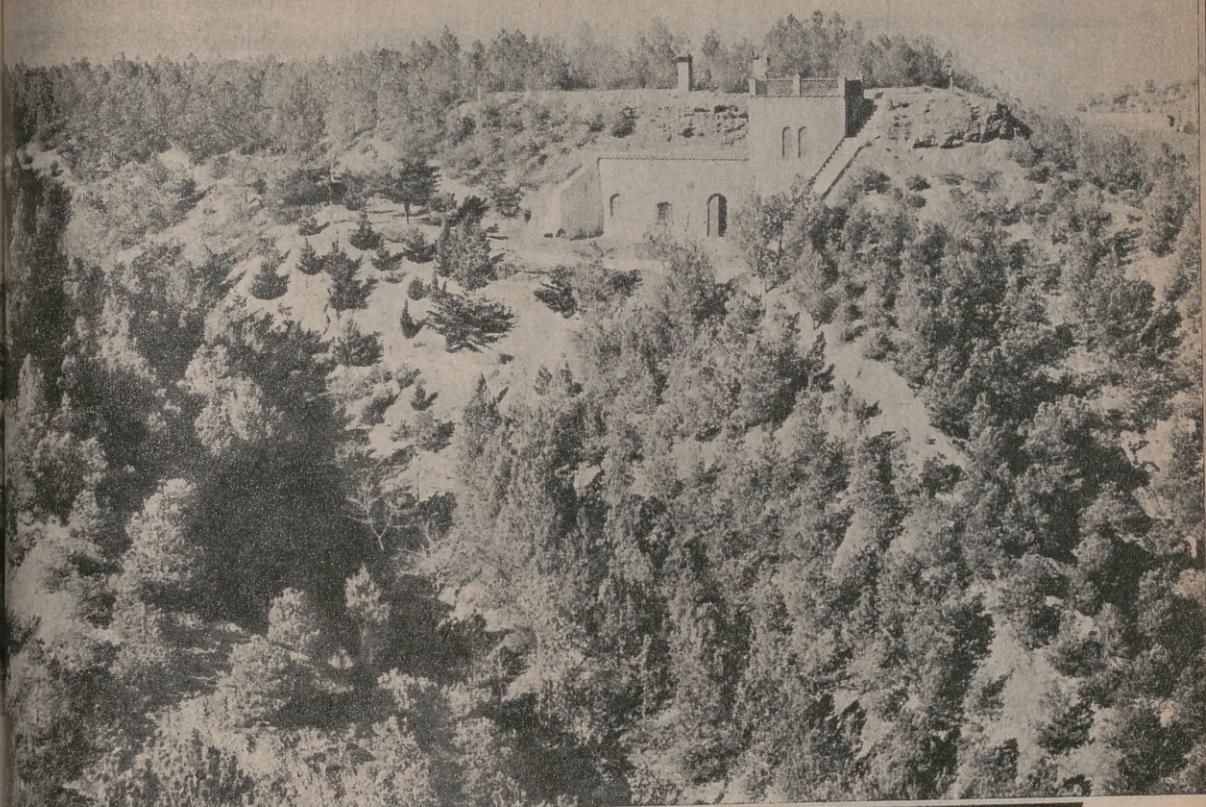
Fueron adoptados por el Caudillo 238 pueblos. De ellos, 18 completamente nuevos. En total, más de 20.000 viviendas, aparte de 362 edificios públicos, 485 escolares, sanitarios y benéficos, y 419 obras de urbanización.

Se dió estímulo al capital privado, eximiéndole de muchas cargas fiscales. Resultados: 94.945 viviendas bonificables para la clase media, mas otras 40.000 que están próximas a su terminación.

Acudió la Obra Sindical del Hogar, con ayuda del Instituto Nacional de la Vivienda, en favor del sector económicamente inferior. Más de 38.000 es el número de hogares que ha facilitado, a un ritmo que oscila entre 2.500 y 3.000 por año.

Y la misma tarea de redención del campo ha ido levantando en medio de las tierras, edificaciones nuevas. Más de 28 nuevos pueblos ya habitados, y 32 en construcción, es el balance.

No es cosa de insistir en esto, que ya fué tratado en nuestro número 325. Pero sí conviene consignar que está próxima la gran batalla de la vivienda. La batalla en gran escala. Movilizando materia prima, capital y mano



La Cueva Forestal de Exfiliana (Guadix) en su actual estado; hace sólo dieciocho años este lugar ofrecía el aspecto desolado que vemos en la fotografía de la página anterior

de obra. Nuevas leyes harán más fáciles las operaciones.

CARA Y CRUZ DEL PROBLEMA FORESTAL

Pero el problema de la «defensa del suelo» es más reciente en su acometida. No más viejo de tres años en su acción sería y formal.

Aquel problema de Málaga se repite en la provincia de Granada, y en la de Almería, y en la de Murcia... En toda la vertiente mediterránea.

Todos los tributarios del Mediterráneo, todos, son eminentemente torrenciales. Los más torrenciales de Europa. Y hay que

añadir el Guadalquivir, que, aunque vasallo del Atlántico, tiene sus preferencias, orienta sus gustos al mar latino. Hasta en esto.

—¿Por qué?

El ingeniero de Montes a quien preguntaba no titubeó al responder:

—Por estar desarboladas las cabeceras y cuencas todas de los ríos.

—También las lluvias pondrán algo de su parte.

—Sí. Además de muy mal distribuidas, suelen ser torrenciales. Pero eso está por ahora fuera del alcance humano.

Esta es la cruz: el agua de las lluvias arrastra con su fuerza

mecánica las tierras superficiales—las que alimentan a las plantas y valen, por tanto, para los cultivos—y las llevan de arroyo en arroyo hasta el río, y de éste, al mar o a un pantano. Así pudiera ser el NO-DO del proceso de las aguas pluviales cuando no hay masas de árboles dispuestas a una labor de regulación.

Son pavorosas las consecuencias: desnudas quedan las altas cimas de las montañas, donde inmensas moles rocosas, peladas y reverberantes, semejan unos informes monumentos megalíticos sin vida en torno. Allí restalla el sol, cruje el viento y se enseño-



Plantación de cerezos en el nuevo pueblo de Ontiner del Salz (Zaragoza)



Repoblación para la conservación del suelo en zonas áridas y secas del mediodía español

rea la crueldad del frío. ¿Qué puede ofrecer eso al hombre?

Pero hay más. Tan terribles calvas geológicas, ayudadas por las aguas, tienden a extenderse laderas abajo, amenazando con la miseria a tierras en cultivo. Porque el agua de las lluvias, si no le ponen vallas y filtros, terminará por llevarse, en un tiempo más o menos largo, toda la tierra vegetal.

Y peligran, además, los pantanos; mejor dicho, puede invertirse su función. Las presas están expuestas a realizar el papel de muros de contención de tierras.

UNA VEGA DE CLAVELAS ARRASADA

¿Existe el peligro en España? Existe y amenaza a todos los pantanos de la vertiente mediterránea. Testimonios: el de Valdeinfierno, en la provincia de Murcia, tan lleno de tierra quedó que ha sido necesario levantar la presa varios metros; es decir, construir un nuevo pantano. Y así otros más: el Nijar, en Almería, por ejemplo.

Si fuésemos, lector, a la fecunda vega de Motril, cualquier agricultor, cualquiera, al hablar de ello añadiría:

—Hay más. ¡Si fuera eso solo!

Y añadiría.

—Ese tan pequeño, ese río, el Guadalfeo, junto con unas cuantas de ramblas, es el padre de las catástrofes, de nuestra ruina.

Sé que hablaría así cualquier agricultor de aquella zona, porque lo he oído de boca de uno. Aquella vega de claveles y de caña de azúcar, de sonrisas y dulzura, tiene en medio su enemigo en potencia.

Y no les falta motivo para temer. Saben de sobra lo que tienen a sus pies.

—Esta tierra es rica de verdad. Tierra de cuatro cosechas.

—¿A qué precio?

Paró para mirarme antes de contestar. Seco y duro como la tierra, empezó a mover hombros y brazos, en un deseo de reforzar con su pantomima la fluctuación de precios que por allí hay.

—Viene variando entre 500 y 600.000 pesetas la hectárea.

Rió al ver mi cara. Y con un gesto de inhibición prosiguió:

—Ahora, que... «cada cual hace de su capa un sayo».

Así que lo difícil no es superar los precios, que siempre estarán de acuerdo con el rendimiento del suelo. Lo difícil es encontrar quien venda. Al que vende no se considera tipo normal.

—Pues todavía—me recalco un



Terrenos ahoyados en las lomas de la Culebrina de la Cuenca de Rambla Seca

ingeniero de Montes—hay en esta vega tierras dañadas por las inundaciones de 1950.

—¿Tanto tiempo necesita su rehabilitación?

—Cinco años, por lo menos.

Dimos unos pasos, despejando con la puntera del zapato un terrón, pero moviendo en torbellino el pensamiento. ¡Qué fácil es comprobar, verificar el desastre! Pero ¡qué difícil, por lo visto, el atajarlo!

Un campesino, lápiz en mano, pronto llega a conclusiones ciertas, numéricas, sobre el daño. No es, sin embargo, no puede ser tan rápido el rectificar, a lo largo y ancho de la Península, esas aberraciones fluviales. Es lenta, de años y años, la tarea. Al ritmo del crecimiento de los árboles y de otras condiciones previas.

Se llega a esta conclusión: cuando un monte desclado hiere nuestra vista sin ese verdor en que descansa la mirada hay que prever su posible venganza usando como instrumento riachuelos y arroyos a veces ridículos. Un monte sin árboles es un grave pecado nacional que comporta una terrible penitencia.

El Guadalmedina lo fué en Málaga; el Guadalfeo lo es en Granada; el Andarax, uno de los más torrenciales de España, en Almería. ¿Y el Segura y sus afluentes, en la vega de Murcia? Y podría seguirse por todos los óvalos del litoral mediterráneo.

SIN BOSQUES PELIGRAN LOS MANANTIALES

He aquí la cara del problema, su parte positiva: cuando un monte, racionalmente poblado de árboles, de modo que las copas se toquen y las raíces se entrecruzan, recibe la lluvia, actúa de filtro. No cae directamente el agua—todos lo sabemos—sobre el suelo. Cae sobre el segundo piso, verde y mullido, de las altas copas del árbol, que poco a poco, de gota en gota, como respondiéndolo a un plan preconcebido, la transmite de un modo intermitente al suelo, blando y esponjoso a fuerza de hojas caídas y descompuestas anteriormente. Esa capa de «humus»—mantillo—es un nuevo filtro.

El agua, ya mansa, sin la bravura de agente geológico, va entonces calando la tierra o suavemente se desliza, jugando con los obstáculos, por la ladera. Lo pintó fray Luís de León:

*Y luego, sosegada,
el paso entre árboles torciendo,
de verdura va vistiendo
el suelo de pasada.*

Así las cosas, con masas forestales como parapetos, crecen los ríos con mesura. Baja a los cauces de arroyos y ríos agua pura, sin tierra ni piedra, para tranquilidad de los pantanos. Y aquella otra, que filtrada se perdió en el seno de la tierra, aparecerá luego con la alegría de un manantial en el lugar menos esperado.

Sin los filtros forestales, por tanto, peligran los manantiales. Tan tremenda realidad campesina no ha sido valorada todavía por los propios hombres de campo.

Si atenúa el bosque los efectos de la lluvia, también la activa y facilita. Paradoja parece. En re-



Replacación forestal en los montes de Caravaca llevada a cabo en 1952

sumidas cuentas, lo que hace es ponerle norma, regularla. Imponer orden una vez que el líquido se desprendió de las nubes.

Interesa sobremanera su acción estimulante. Y en verdad que es de mucha consideración. Porque, en comparación con el campo raso, el aumento de agua, habiendo arbolado, es 944 metros cúbicos por hectárea, es decir, una lluvia de 94,4 milímetros por metro cuadrado.

Y si se compara con el cultivo agrícola, la ganancia es de 4.744 metros cúbicos por hectárea, que representa una lluvia de 474 milímetros. Bastante más de la mitad de la media de España.

¡Qué golpe se da en sus propias espaldas el campesino con cada árbol que derriba sin tino ni razón! Porque, ¿y las heladas? También beneficia en temperatura el manto verde del bosque. Bajo un arbolado perfecto, una zona tiene una mejoría de 7 u 8 grados.

Pero creo que habría de llegarse a más: crear una conciencia nacional del árbol. Tenemos ya la conciencia nacional del agua a fuerza de trágicos golpes. Nadie contempla indiferente las nubes que pasan, y semanalmente se publica la contabilidad de los embalses. Falta la del árbol.

EL MAYOR ENEMIGO DEL ARBOL

En el aire, con la mirada atenta, comprobaríamos que la mitad de España es zona forestal. Altos sistemas montañosos la cruzan y bordean, mostrando al cielo un 15 por 100 del territorio nacional en roca al descubierto. Son kilómetros perdidos para siempre en el arqueo de la riqueza del país.

Y, sin embargo, no siempre fué así. Cuentan que una arduilla, saltando de árbol en árbol, hubiera podido recorrer toda la Península.

¿Qué ha pasado? Abandono.

¿Quién ha sido el mayor enemigo? El hombre.

El hombre es el mayor enemigo del bosque. Lo dijo bien fuerte un francés, bien dicho: «Los montes preceden a la civilización y los desiertos la siguen.»

Lo cierto es que en España pasaron los años cayendo árboles. Aquel siglo XIX, de tanta pirotecnia política, vió nacer, sin crecer después, organismos, cuerpos y legislaciones en materia forestal. En fin de cuentas, desbarajuste. Aquella vesánica desamortización dió pie al más nefasto saqueo de riquezas acumuladas por siglos y generaciones, entre ellas la del árbol, convertido en materia de lucro ilegítimo.

Así que el Cuerpo de Ingenieros de Montes se encontró al nacer con una superficie de unos 24.000.000 de hectáreas, donde no debía haber otro cultivo que el forestal, pero que solo 7.300.000 aparecían cubiertas de árbol.

A principios de este siglo aparecieron las Divisiones Hidrológicas Forestales. Y en 1926, las Confederaciones Hidrográficas, las dos con carácter eminentemente repoblador, pero con fines especiales de protección.

¿Y qué? Era tan exigua la consignación, que nada de conjunto se pudo hacer. En 1926, un crédito de cien millones de pesetas parecía que estaba a la vista de la solución; ese crédito desapareció en 1929.

En 1935 nació el Patrimonio Forestal. Pero nuestra Cruzada, pocos meses después, dejó en suspenso su posible vida. El Patrimonio ha tomado vida y acción después, en marzo de 1941, punto de partida de la actual empresa forestal con carácter nacional.

PLAN NACIONAL DE REPOBLACION

«A un ritmo anual de 57.000 hectáreas podrán repoblarse en un siglo 5.678.625.»

Así decía en 1941 el informe de una Comisión de técnicos acerca de un plan general de repoblación en España.

¿Poco? Las comparaciones poco solucionan, pero sí valen pa-

tales que han gerenciado la central de Galdellá (Lérida)



ra medir el esfuerzo. He aquí: Francia repobló 600.000 hectáreas de landas en un siglo; en Italia, el ritmo anual en 1929, considerado muy intenso, era de 7.000; de menor cuantía fué el de Dinamarca y Países Bajos; en Estados Unidos se previó para ochenta años, 710.000; y en Inglaterra, el «Plan Acland» no superó las 10.000 anuales.

—Es demasiado ambicioso.

—¿Por qué?

—Porque falta personal, terreno, semillas y plantas.

Aunque lenta y penosa, la tarea siguió adelante, inexorable, a más ritmo de lo previsto. Ya en 1953 y 1954 se lograron las cifras anuales de 119.000 y 114.006 hectáreas. Un «récord» mundial.

No hace mucho, un norteamericano especialista en «defensa del suelo», llegó y vió cuanto aquí se hace o se ha hecho. Monte arriba y monte abajo, quiso cerciorarse, convencerse de lo que ante sus ojos había. Con la mano tocó las realidades. Y luego dió media vuelta, dejándose escapar:

—¿Qué voy a decir?

Nuestros ingenieros nada hicieron por averiguar más.

—Nada tengo que decir, insisto.

Y después de mirarlos con admiración agregó:

—Es cuestión de dinero.

Sin embargo, desde 1941 a fines de 1953 se habían gastado ya 1.618.496.156 pesetas. Mejor dicho, estos son los gastos del Patrimonio Forestal. Por otro lado actúa el Servicio de Ordenación, dependiente de la Dirección General de Montes, que a fines de 1954 tenía ordenadas definitivamente

mente 539.000 hectáreas y 51.000 en ordenación provisional.

—Entonces, ¿cuántas ha reprobado en sus quince años el Patrimonio Forestal?

—Muy cerca de las 600.000. Más exacto: 593.732.

El ingeniero hablaba con satisfacción. Satisfacción por la verdadera asistencia del Estado.

—Vamos directos a la solución—agregó rotundo.

Nadie mejor que los propios ingenieros pueden saberlo. Y ellos lo dicen. Han puesto en sus manos medios y dinero dentro de las máximas posibilidades de la nación. El plan marcha en dos frentes: repoblación y las obras y trabajos de carácter hidrológico forestal. El uno tiene que avanzar a costa del otro.

—¿Cuántas fincas han sido adquiridas por el Patrimonio?

—Hasta 1953, unas 210, con una superficie de 172.084 hectáreas.

DOS MIL MILLONES DE PESETAS EN MEJORAS

—No, No he vendido mis tierras al Estado. Sigo siendo el propietario.

Sin embargo, en su finca arribaban y disponían unos ingenieros de Montes dependientes del Patrimonio. Y los miraba satisfecho.

—¿Y si la quiere vender?

—¡Ah! Entonces tengo que contar con la autorización del Patrimonio.

Quedó contemplando la masa verde, agitada por el viento.

—Por ahora, ni intentarlo siquiera.

—¿Por qué?

—Porque el Patrimonio me da la dirección técnica y corre con todos los gastos de repoblación, conservación y mejora.

—¿Y a la hora de partir beneficios?

—Me ceden un 40 por 100.

Este sistema de consorcios ha sido un medio que el Patrimonio ha empleado en la ampliación de su base de operaciones. ¿Cómo hacerlo todo por compra de fincas?

—¿Qué sería de la labor del Patrimonio de no contar con este recurso de los consorcios?—pregunté a un ingeniero que pasaba.

—Doblar el número de años previstos, a no ser que aumentasen en mucha cuantía los créditos para compra, cosa que difícilmente podría soportar la economía nacional.

Las cifras, además, lo dicen: 2.237 consorcios se establecieron en los primeros catorce años, hasta 1953, con una superficie de 1.109.557 hectáreas. Alrededor del 70 por 100 de la superficie repoblada con la intervención del Patrimonio lo ha sido en montes consorciados.

Pero el Estado ha dado un paso más: el «auxilio a la libre iniciativa para la repoblación forestal de terrenos de propiedad pública y particular». Así es de largo el título de la ley aparecida el 7 de abril de 1952.

Estos son los auxilios: subvenciones que podrán llegar hasta el 50 por 100 de una determinada obra o trabajo; anticipos

reintegrables en cuantía no superior al 50 por 100 de las obras o trabajos que en cada caso se consideren; y ejecución material por el Patrimonio de las obras o trabajos, siempre que se trate de montes catalogados como de utilidad pública o que pertenezcan a instituciones de carácter benéfico. Ahora que el importe tendrá carácter de anticipo reintegrable.

Pero hay una suma que puede ser favorable al propietario particular. Como las subvenciones son independientes de los anticipos, el auxilio estatal puede llegar al 70 y al 75 por 100 del importe total.

¿Cuántas hectáreas fueron contratadas? En poco tiempo, desde la aparición de la ley hasta fines de 1953 pasan de las 57.185. En 1954 se alcanzó la cifra de 15.955 hectáreas?

Pierde uno el tino entre consorcios y contratos. Sólo sé que los dos juntos suman más de 1.170.944 hectáreas. Es el Patrimonio quien anda en ello.

Pero, por otro lado, el Servicio de Ordenación de la Dirección General de Montes tiene su tarea. Aspira a llegar al millón de hectáreas. De momento están aprobados por el Ministerio de Agricultura unos planes de mejora de más de 4.000 montes de utilidad pública. La cifra de su importe impresiona e impide continuar manejando números: 2.000.000.000 de pesetas.

—Pero ¿qué es eso de ordenar un monte?

Sonreía benévolo el ingeniero. Por mi parte tenía miedo a nuevas cifras.

—Someterlo a un proyecto para determinar cuánto, cómo y dónde pueden efectuarse las cortas.

—¿Con qué finalidad?

—Para obtener la máxima rentabilidad sin menoscabo del capital.

Dió media vuelta. Y continuo más categórico:

—Al monte hay que considerarlo como un capital que ha de permanecer invariable.

—Es la mejor idea que se puede ofrecer a un propietario de árboles.

—Y si, además, se le indica cómo ha de conseguir la mayor renta...

DEFENSA DE LOS PANTANOS

Fué impresionante la primera vez que bajo las quebraduras de El Chorro, en la provincia de Málaga, contemplaba desde aquella profundidad trozos de cielo recortados por grandes masas de piedra. Nunca sentí tanto mi pequeñez ante la naturaleza.

Me acongojaban aquellas superficies verticales, resacas y escualidas, sin apenas vestigios de vegetación.

Había, sin embargo, en aquellos alrededores una gran preocupación forestal. Hoyos y árboles pequeños, en continua sucesión, ofrecían a mis ojos un algo de movilización.

De pronto apareció en nuestra marcha una especie de escalones, hechos de grava y tela metálica, que parecían dispuestos en el lecho de un barranco para obligarlo a saltar, como en una

carrera de obstáculos. Cinco escalones conté.

—Le parecerá una presa de juguete.

Mi acompañante señalaba riendo.

—No. Me parece algo más serio, aunque no sé por qué ni para qué.

—Es un dique de corrección del barranco.

Llegamos al lugar. Allí estaba el muro de guijarros, con pretensiones de presa, en un pequeño cauce. Pero no se veía el agua por lado alguno.

Ante mi cara de incompreensión aclaró:

—Este barranco, el de Haza del Río, es un peligro para el embalse del pantano de El Chorro y sus instalaciones hidroeléctricas.

Miré intrigado hacia arriba y hacia abajo.

—Esas, esas son—dijo señalando unas piedras del lecho—. La tierra y esas piedras se encargarían de aterrizar y destruir el embalse y las instalaciones si no fuera por estos diques. Los elementos sólidos que vienen con la corriente quedan ahí contenidos, y el agua salta y sigue, pero frenada. Más adelante hay más.

—¿Son muchos?

—No dejan de construirse. A veces un dique se llena de tierra con una sola tormenta.

—Llegará el día en que todo el lecho sean diques.

—Y el barranco habrá quedado entonces corregido y encauzado.

Miró de pronto los montículos que forman su pequeña cuenca.

—Y esos—dijo señalando a una especie de matorrales que comenzaban a vivir—se encargarán de lo demás. Cuando sean grandes, poca tierra y piedra bajará al barranco.

Vimos otros diques más. Algunos con más altura.

—Los hay todavía más altos. El de cierre del Arroyo de Jaboneros, que causaba destrozos casi irreparables en la carretera general de Málaga a Almería, tiene una altura de 13 metros, con un volumen de retención de materiales de 80.000 metros cúbicos.

Quedé pensando en las aguas desmandadas.

—He visto—insistió—en barrancos pirenaicos rocas de 80 metros cúbicos arrastradas como un juguete por las aguas. La estación internacional de Canfranc no pudo construirse hasta que aquellos parajes estuvieron defendidos.

Miré con ansia los arbolitos, que comenzaban a vivir.

POESIA ESPAÑOLA

Una gran revista literaria para todos los poetas hispánicos.

Un número cada mes, 10 pesetas.

DUNAS QUE DESAPARECEN

En fin, por una u otra causa, la superficie de España está cubriéndose de árboles nuevos. Nuestras sierras se visten de verde y sienten en sus cimas y oquedades la alegría de la vida. Y los litorales arenosos también. ¿Quién diría que los bellos jardines de Guardamar, provincia de Alicante, fueron hace poco arena movediza? Aquello es una muestra de las conquistas del árbol.

Comenzó la cosa con unas tablas, para contener las arenas que emigran de un lado para otro, impulsadas por el viento. Luego, se colocaron matorrales para fijarlas. Y, por último, llegó el pino, como pieza de ocupación definitiva.

En Guardamar, en el Golfo de Rosas, en Barbate, en Almonte. El 50 por 100 de las dunas de España están ya corregidas.

—El proceso de una corrección puede tardar unos veinticinco años, me aclaró un ingeniero.

—Siempre tuve, y ahora más, cierta admiración por el pino.

—Se presta a todo. Lo mismo aguenta, como le pasa al «pino negro» o montana, los frios y embates del viento en las grandes alturas pirenaicas, como en las bajas y movedizas arenas—y esto le ocurre al «marítimo»—soporta la escasez. El más frugal de todos los árboles es el «carrasco». Esta variedad de pino resiste meses y meses sin apenas alimento. Cuando hay que plantar un árbol en el hueco de una roca que ha sido abierto a fuerza de dinamita, ahí va el pino «carrasco», al que le basta como alimento el polvillo resultante de la explosión. Ya se encargarán sus raíces de buscar rendijas hasta llegar a tierra suculenta.

¡Y qué generoso además! Madera, resina y salud para el visitante. Más de 25.000.000 de pinos se resinan en España, con una producción de 50.000.000 de kilogramos, de los que se extrae no menos de diez millones de aguarrás y 35 de colofonia, productos base para la obtención de alcanfor, caucho sintético, barnices, pintura, medicinas y otras cosas más. Nuestro pino de Segovia es el mayor productor del mundo.

—Un factor en la ordenación forestal habrá de ser la edad.

—Claro. Además del clima, juegan en la distribución de especies la clase de madera que se quiera obtener y el plazo de su obtención. Un eucalipto, por ejemplo, plantado en el Norte puede rentar a los diez o doce años, y produce de 10 a 20 metros cúbicos por hectárea. Del haya, en cambio, de Navarra podrá obtenerse 2 ó 3 metros cúbicos al cabo de ciento treinta años.

He ahí un factor de mucha importancia en la ordenación de los montes: la edad de corta o turno. Entra de lleno en la proyección de los proyectos, como factor principal en la estrategia maderera, luego el tiempo, el meteorológico dirá. En Navarra, por ejemplo, un proyecto de plantaciones de haya para la

obtención de tableros de unos 40 centímetros de ancho, tenía ciento veinte años como plazo. Parece que ha quedado corto. Antes, cuando la Marina de guerra usaba el roble, los turnos eran adecuados a las necesidades previstas.

Un resumen que no conviene olvidar: España produce no más del 60 por 100 de la madera que necesita.

VIVEROS PARA PASTOS

En marcha creciente dejamos el plan. Cerca de mil viveros, donde nacen alrededor de 500.000.000 de plantas, forman la reserva. Millones y millones de pesetas circulan como savia por los bosques. Pesetas en jornales, en madera, en resina, en corcho, en leña, en pastos para el ganado.

—¿Y los pastos?

Con la pregunta revivió la conversación, que ya decaía.

—El Patrimonio tiene 20 viveros de especies pratesas, distribuidos por España. Cada comarca requiere especies distintas.

E insitió rápidamente:

—El estudio en serio comenzó el año pasado.

—¿Hay entonces un plan?

—Hasta ahora, los pastizales de verano son pobres, irracionales. Una hectárea apenas puede alimentar a una oveja. Hay que conseguir que garanticen alimentos a 4 ó 5.

Urge corregir también estas arbitrariedades de nuestro clima y geografía. Hasta ahora, no se puede situar el ganado donde se quiere, sino donde se puede. ¿Hay algún ganadero fuera de nuestros «espacios verdes», que no pasan del 20 por 100 del suelo español, que pueda contar de antemano con una producción herbácea?

Consecuencias: aclimatar especies muy resistentes, como la oveja y la cabra, renunciando al vacuno, especialmente el lechero. En resumen, hay menos ganado del que debiera haber.

Grandes masas de ganado emprenden la marcha por los caminos de España en busca, según las estaciones, del alimento. En unas zonas, secas y áridas ¿qué le podían ofrecer las plantas leñosas? En otras, el suelo quedó raído al poco tiempo. Y en otras, la hierba se secó a

destiempo o no llegó a nacer por cualquier circunstancia. Al final de cuentas, hay que terminar con las grandes marchas, en la trashumancia, bajo un sol que cae de plano con energías suficientes para destilar.

Eso es lo que ve un ingeniero de Montes, con una visión realista, verdaderamente nacional.

Por mi parte, veo, me veo volando, transportado por la imaginación, sobre sierras verdes, muy verdes, llenas de vida, lozanía y frescor. Un sueño.

Un sueño que en otro tiempo fué retórica inútil. Un sueño que hoy es tarea urgente, una empresa nacional.

LA POBLACION, INDICE DEL VIGOR ECONOMICO

En la defensa del suelo está la defensa de España. Montes, bosques y labrantios, que hoy por hoy son la base de nuestra actividad económica, mientras la industria llega a su meta. Pasan del millón y medio los empresarios agrícolas.

Y España no deja de crecer. A un ritmo anual de 210.000. Somos ya 28.117.873 españoles, de los que tan sólo 180.506 nacieron en el extranjero, lo que viene a confirmar, aunque indirectamente, el descenso de la emigración.

Nuestro crecimiento es normal y determinado por nuestras propias fronteras. ¿Qué significa esto? Que ni necesitamos extraños para colonizarnos ni nuestra gente ha de salir en busca de lo que por derecho aquí ha de tener. Es cuestión de organización, de explotación de posibilidades, de movilización de recursos, de atención a lo que bajo nuestros pies o ante nuestros ojos había. Los números del censo son más que nunca cifras, compendios, de fecundas realidades.

El hecho real de este progresivo crecimiento demográfico—sólo superado en un decenio—, a pesar de las enormes bajas de jóvenes de nuestra guerra, es un testimonio vivo y presente. Un testimonio de vigor económico, de fuerza creadora, de esperanza en el porvenir. Es una prueba de confianza.

Por eso la prudencia dicta: más casas y defensa de nuestro suelo.



El crecimiento demográfico de España exige también el crecimiento de pueblos y ciudades que se ensanchan en nuevos barrios.

LA INDUSTRIA ESPAÑOLA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

Por Joaquín ARRARAS

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE LONDRES

ESPAÑA llegaba a la mitad del siglo XIX con una carga aplastante y ensangrentada de guerras, sublevaciones, motines y conspiraciones que minaban su salud. La supervivencia del país en tales condiciones nos parece hoy un prodigio. Sin orden ni sosiego, en constante convulsión política o guerrera, la convalecencia y menos la reconstrucción interior eran un anhelo irrealizable. ¿Qué industria o comercio, dignos de este nombre, cabían en una nación en continuo sobresalto, desgarrada por incesantes luchas? ¿Quién podía entregarse con interés y en calma a cultivar una tierra, flagelada por tantos y tan duros azotes?

Por eso no extraña que los españoles ilustrados de la época contemplaran con embeleso las maravillosas transformaciones operadas por la evolución de la técnica en otros pueblos sin los agobios y las pesadumbres que soportaba el nuestro. Para aquellos españoles observadores el espectáculo exterior irradiaba felicidad en contraste con nuestro atraso y nuestra pobreza.

En 1851 se celebraba en Londres la Exposición Universal, la más formidable y majestuosa apoteosis concebida por el Imperio inglés en el cenit de su poderío. Todos los países concurrían «al suntuoso y jamás visto alarde de la humana inteligencia». Se contaban y no se acababan de decir las maravillas allí reunidas. Recorrer la Exposición en su conjunto significaba un viaje de veinte millas. Había un Palacio de Cristal, más bien soñado que construido, en cuya edificación se habían empleado cuatro mil toneladas de hierro y doce millones de pies cuadrados de vidrio. En su alabanza se incurrió en excesos hiperbólicos como estos: «Nunca ha existido nada parecido en el mundo: en vano se citarían las Pirámides, el Vaticano, San Pedro de Roma, el Coliseo, el Partenón... El talento humano no ha imaginado nada parecido.» Los gánapiros son muy dados a pa-

recidas exageraciones, pues suelen abarcar el planeta con las medidas de su ignorancia.

Total, que la Exposición de Londres estaba abierta y a ella concurrió España con el muestrario de sus penurias. La aportación no debió ser muy brillante, a juzgar por las críticas amargas que inspiró tal asistencia a un periódico de entonces: «La Ilustración».

EL «MONSTRUO TIPOGRAFICO»

Ese mismo año de 1851, «La Ilustración», periódico universal, estrena en sus «ciclósales establecimientos» una máquina último modelo, «movida por un motor a vapor o por dos caballerías con relevo cada dos horas». Imprime 900 pliegos por hora. El periódico escribe reverente y emocionado: «Consagremos algunas palabras de agradecimiento al inventor de estos poderosísimos elementos de civilización que tanta parte han de tener en la mejora social pues son el vehículo más poderoso del progreso». «El monstruo tipográfico», así se le califica, devora en un año 10.970 resmas de papel. Para dejar atónitos a los lectores se completa la referencia con una singular estadística sobre la diligencia de los cajistas: la mano de uno de estos operarios recorre en 300 días de trabajo un espacio de 6.928.933 pies, o sea, cerca de 600 leguas, poco más o menos la distancia de Madrid a Constantinopla. Felipe el de «La Verbena», cuya mano era un «Pegaso», ganaba cuatro pesetas.

LA INDUSTRIA DEL PAPEL

En la fabricación de papel andábamos tan atrasados «que daba rubor entrar en comparaciones». La primera máquina para fabricar papel continuo la introdujo en España en 1837 don Tomás Jordán, con privilegio de exclusiva para cinco años. La instaló en Manzanares. En 1842 ya había catorce máquinas similares que producían 700.000 resmas al año. Los papeleros tenían comprometido en su industria un capital de 42 millones de reales. Sin embargo, el grueso de la fabricación competía a los molinos papeleros, que con 24.000 obreros producían 2.400.000 resmas y entretenían un capital de 114 millones de reales.

EL HIERRO

El autor de las crónicas dedicadas al alarde londinense en «La Ilustración» siente vergüenza al ver en el Palacio de Cristal como muestras de la actividad siderúrgica española un cañón de 16 pulgadas de calibre y un mortero de nueve, fundidos en Oñate por los carlistas en 1837. Pero su patriotismo salta por encima de semejantes mezquindades: «No hay en Europa, escribe, un país más rico en elementos ferruginosos». Y acto seguido se le caen las alas a su entusiasmo al reflexionar sobre el aprovechamiento de aquella riqueza: treinta minas de hierro en actividad rinden tan sólo 650.000 quintales métricos, en dinero unos cuarenta millones de reales.

«Cuando España se decida, afirma con desgarró, a entrar por la vía del lujo civilizado podrá aspirar a los primeros puestos en la industria universal». Con voces retumbantes de este género se trataba de disimular la humillación y el fracaso. Habrán de pasar cien años hasta que España sobrepase el millón de toneladas de hierro y se lance a la conquista del segundo millón.

Si la siderurgia española representó un papel de pobrete en el certamen de Londres, en cambio no faltó región de las nuestras sin su correspon-

En el número 38 de

POESIA ESPAÑOLA

encontrará el poema

EL MENTIROSO

de Ramón de Garciasol.

LAS PALABRAS

es el título del poema de CARLOS
EDMUNDO DE ORY

cliente vistoso muestrario de minerales argentinos. Hasta ochenta y ocho muestras ofrecía Murcia, diecisiete Almería, once Guipúzcoa y en menor proporción más de quince provincias. Se pretendía dar la impresión de que nadábamos en plata. Una fiebre argentífera inquietaba al país, como vestigio de aquella fascinación de oro, herencia de la conquista de América. Con ilusión de extraer plata se ponían en explotación cotos y minuchcs. El resultado era ruinoso. Aplicado tanto esfuerzo y dinero al cultivo de la tierra, España hubiese multiplicado sus cosechas. Pero la ambición por enriquecerse de manera rápida y plena es mal de todos los tiempos.

EL CARBON

Con respecto al carbón, los aprendices de economistas de hace un siglo se desesperaban ante la imposibilidad de situarlo, por falta de medios de transporte en los mercados extranjeros. Razaban de esta manera: tenemos carbón a un precio fuera de toda competencia, y si lográsemos exportarlo el negocio sería redondo. El carbón se vendía a tres reales los cien kilos en el puerto de Gijón y a nueve cuartos al pie de mina. No se dice, pero cabe suponer que los salarios vigentes serían lo necesariamente miserables para envilecer la mercancía a su más bajo nivel. No habría vendedor extranjero que aguantara semejante contienda de precios. De ahí el afán de los negociadores por tener pronto y a mano un ferrocarril que llevara el combustible al puerto o lo transportara hasta la frontera. Les conmovía la insistente demanda de los mercados del exterior, prometedora de muy saneadas ganancias.

LA INDUSTRIA TEXTIL

De todas las industrias españolas, la más aventajada, al promediar el siglo XIX, era la textil. Las fábricas catalanas reunían en su conjunto 93 máquinas de vapor, contaban con 800.000 carretes en sus telares y proporcionaban trabajo a 60.000 jornaleros. Con todas estas bazas a su favor, los fabricantes optaron por no concurrir a la Exposición Universal, porque creían, y no se equivocaban, que Inglaterra tenía de sobra con sus propios tejidos.

«La Ilustración» se quejaba con profundos lamentos de esta ausencia y de la de otros muchos fabricantes españoles de diversas actividades «que hubiesen podido representar un magnífico papel en el mundo civilizado». A pesar de las deserciones y de los fallos ya enunciados, el periódico se esfuerza por convencer a sus lectores de que la concurrencia de España a la Exposición «produjo la admiración de las naciones industriales...» Y lo rubrica con las siguientes palabras, teñidas con pinceladas de esperanza, pero que suenan a marcha fúnebre: «Los que nos creían atrasados, los que nos juzgaban semibárbaros, han podido desengañarse de que con acertados estímulos nuestra industria rendirá utilísimos trabajos».

Cuando se decía esto, España acababa de atravesar uno de los más prolongados túneles de su historia, y se disponía a entrar en otro no menos fuliginoso.

PROGRESO, CIVILIZACION

Lo apuntado nos da una idea aproximada del estado de la industria española a mediados del siglo XIX. Unas empresas avanzaban penosamente entre escombros, otras se esforzaban por buscar cimientos sólidos para su desarrollo; las había disparatadas, sin técnica ni método, en poder de incompetentes o de fantásticos. La exhibición de Londres, y lo que de sus portentos se decía, influyó notoriamente en la literatura y en la oratoria de la época. Empezaron a destellar dos vocablos con brillo supersticioso: progreso y civilización. Eran como un espejismo que atraía con una fuerza irresistible. Se pretendía con ensalmos curar al pueblo español de viejas y peligrosas dolencias. El español de hoy puede abarcar en toda su extensión al descarnado y fatigoso camino que debía andar España hasta iniciarse en la industrialización, que no alcanzaría por efecto del prestigio de la máquina y de la técnica, sino como consecuencia de una orden y de un método de vida, que son los que hacen posibles los grandes sueños políticos y económicos.



CABALLEROS

Elegancia y distinción de nuestras prendas confeccionadas

Galerías Preciados

Galvart



*
BIC
certificado
de calidad

Hay muchos lápices a bola, de todos precios pero los más baratos no son precisamente los más económicos. La verdadera punta BIC por su larga duración asegurada, sin alteraciones de escritura, sin escapes, ni averías, es el menos caro de todos los instrumentos para escribir.

GARANTIA ABSOLUTA

La punta BIC, que escapada al control, fuera defectuosa, será cambiada. Exija bien grabado sobre el cuerpo y sobre la punta, la palabra BIC

HAY PUNTAS
BIC
a partir de
6 pesetas

PUNTA

BIC

FABRICA: LAFOREST, S. L. - MAESTRO FALIA, 19 - BARCELONA

UNA VIDA SENCILLA
QUE COMIENZA TODOS LOS DIAS

DON SANTOS MORO BRIZ OBISPO DE AVILA

EN SU DIOCESIS VIENEN ENSAYANDOSE CON EXITO
CIERTAS EXPERIENCIAS PARROQUIALES



Uno de los patios del palacio episcopal de Avila

Al entrar, iba aun envuelto en esa atmósfera sonora y palpitante que nos rodea siempre a los periodistas. Y los quejidos agudos de unos viejos escalones de madera, y luego el eco redondo de mis pasos sobre unas blancas losas de mármol, han sido como dos invitaciones a la calma, como dos advertencias de serenidad, como dos llamadas al sosiego.

Calma, serenidad y sosiego, hay en el breve ademán con que él tiende, hacia mí, la mano que porta la amatista. Y en la mirada limpia que hunde en mis ojos. Y en su voz leve y firme:

—Me resulta poco agradable hablar de mí...

Me quedaba todavía un rastro de impaciencia, un jirón de inquietud y he suplicado:

—Señor obispo...

Pero él me ha tranquilizado:

—Voy a hacerlo por primera vez. Y quizá por última... Voy a hacerlo para desvanecer algunas ideas inexactas que corren por ahí sobre la vida que llevamos los prelados.

Con estas palabras, con este preludio cosegado de hombre cu-

yas ideas y cuyos actos hunden sus raíces en la causa última de toda serenidad y toda calma, el señor obispo de Avila, don Santos Moro Briz, me abre el camino de la entrevista.

«Y CUANDO FUE DE DIA LLAMO A SI A SUS DISCIPULOS, A LOS QUE EL QUISO, Y VINIERON A EL»

Don Santos Moro Briz nació el 1.º de junio de 1888 en un pueblecito de Salamanca, en Santibáñez de Béjar.

—Mi padre fué maestro nacional, en Santibáñez, cerca de cuarenta años. Era buen cristiano, celoso en el cumplimiento de sus deberes, trabajador infatigable... Fuimos diez hermanos. A dos les asesinaron los rojos. Y otros dos sintieron también la vocación: uno es sacerdote, párroco, y otra, religiosa, hermana de la Caridad.

El escenario del nacimiento y la infancia del actual obispo de Avila fué el campo. No cabe imaginar ambiente más propio para el comienzo de una vida dedicada al servicio de Dios. Jesucristo vió

transcurrir en el campo su vida humana, y lo amó tanto y lo conoció tan bien, que apenas hay predicación suya sin parábola, sin ejemplo, sin comparación, sacados de él.

Y en un trozo del campo español donde confluyen las tierras antiguas del viejo reino de León y las antiguas tierras de Castilla la Vieja, Santos Moro, un niño, hijo de un maestro de pueblo, que es también una forma elevada de ser un hombre de campo, sintió la llamada cuando para él empezaba a ser el día, cuando despertaba al uso de razón.

—Hice mis primeros estudios en la escuela de Santibáñez y Valderodrigo. No recuerdo concretamente cuándo empecé a sentir la vocación. Me parece haberse sucedido en mí sin solución de continuidad desde mis primeros momentos de reflexión. Como estuve gran parte de mi infancia con un tío mío sacerdote, sentí siempre inclinación al estado sacerdotal, sin aspirar a otra cosa, desde el primer momento.

Santibáñez de Béjar, pueblo de Salamanca, pertenece a la diócesis de Avila. Avila, ciudad miséica, atrae, desde el principio, los pasos del que será, andando el tiempo, su obispo.

—A los once años ingresé en el Seminario de Avila, donde estuve cinco años. Pasé después a Roma, pensionado por la diócesis.

«... MAS VOSOTROS PERMANECED AQUI EN LA CIUDAD HASTA QUE SEAIS REVESTIDOS DE LA VIRTUD DE LO ALTO.»

Son las once y media de la ma-

ñana. Por un ventanal se divisa, bajo el cielo azul puro de Avila, la paz de los campos del valle Amblés. El sol está quieto en're unas nubes blanquísimas.

Don Santos recuerda su etapa de estudios en Roma.

—En Roma continué los estudios en la Universidad Pontificia Gregoriana durante nueve años, hasta doctorarme en Filosofía, Teología y Derecho canónico.

Hay siempre, en toda vida de estudiante, profesores cuya personalidad o cuyas enseñanzas dejaron una huella más profunda. Así, aparecen perfilados en la evocación:

—El superior, don Benjamín Miñana, operario diocesano, eximio formador de sacerdotes y fundador del Colegio Español en Roma. Y como profesores, los padres jesuitas Nicolás Mónaco—su profesor de Filosofía—, Buccheroni, Billot y Fonk, fundador del Instituto Bíblico... El cardenal Vives, que gozaba, en el Colegio Español, fama de santidad...

El 16 de julio de 1911 fue ordenado sacerdote, en Roma, don Santos Moro. El Papa Pío X, que asistió a su primera misa, recibió en audiencia, después de la ceremonia de la ordenación, a don Santos, acompañado de su tío el sacerdote, que había cumplido ya los cuarenta y cinco años.

—El Papa, al ver a mi tío que no podía ocultar su emoción arrojado ante él, preguntó con cariñosa y divertida expresión: «¿Y quién es este estudiante?». Cuando le respondieron, indicándome a mí: «Es el tío de este sacerdote recién ordenado», Pío X le impulsó afectivamente las manos sobre la cabeza...

El tío de don Santos tiene ahora noventa años. Diariamente dice su lenta misa de sacerdote anciano. Conserva vivo el recuerdo de aquella bendición. Y hay un jesuita que le embrema cariñosamente: «Cuando usted muera deberemos conservar su celavera como una reliquia, que no en balde puso sobre ella sus manos un santo, San Pío X».

También el obispo de Avila guarda una impresión emocional de Pío X:

—Era muy sencillo... Parecía un párroco... Todos sentimos ante él la sensación de hallarnos ante un santo.

No ha salido don Santos de la diócesis de la que es oriundo. Avila mantiene desde el principio su atracción. De Roma vuelve a ella. Y es en ella, antes de ser preconizado obispo, profesor-superior del Seminario y luego canónigo archivero.

«APACIENTA MIS OVEJAS». —«SI A MI ME HAN PERSEGUIDO, TAMBIEN OS PERSEGUIRAN A VOSOTROS...»

No se pueden atribuir ciertas cosas a la casualidad. Es más exacto apuntarlas a favor de la Providencia. Y a mí me parece adivinar su mano en el episodio. Ocurre que un día, monseñor Tedeschini, entonces Nuncio apostólico, sufre un accidente de automóvil. Y por este accidente conoce en Avila a don Santos Moro. Y le llama a Madrid a la Nunciatura.

—Yo no había estado nunca en ella. Tuve que preguntar para encontrarla. Monseñor Tedeschini me comunicó que iba a ser nom-

brado obispo de Avila. Y me rogó que no dijese nada hasta que el nombramiento fuese publicado oficialmente.

Fué preconizado obispo el 21 de junio de 1935. Tomó posesión de la sede episcopal el 21 de septiembre del mismo año. E hizo su entrada solemne en ella, de la Iglesia de San Pedro a la catedral, al día siguiente. Ahora, al recordarlo, baja un instante la mirada, como avergonzado, y al alzarla de nuevo, sonríen sus ojos como dos chispitas de luz en el fondo de los cristales de sus gafas, y sonríen sus labios finos y pálidos.

—Fué un atraco. Ahora, sabiendo lo que sé y con la experiencia que tengo, hubiera rehusado el nombramiento, hubiera dicho que no.

Inmediatamente se corrige:

—Bueno, si se pudiera decir que no a la voluntad de Dios.

Desde entonces, desde los días difíciles de 1935, y pasando los días de prueba de 1936, días de persecuciones, de pedradas al Palacio Episcopal desde el paseo del Rastro Largo, es obispo de Avila don Santos Moro. Y en Avila es fama que no quiere salir, si es posible, de esta diócesis; que reza para no ser trasladado de ella. Cuando me lo han dicho, pensando en toda su vida, y en particular en éste su deseo de permanecer siempre en Avila, he recordado que alguien ha escrito: «Vidas limitadas, grandes vidas».

«... ANTES GOZAOS DE QUE VUESTROS NOMBRES ESTAN ESCRITOS EN LOS CIELOS.»

Don Santos Moro es delgado. De estatura breve y piel pálida. Piel de asceta, piel translúcida de cuerpo donde reina absolutamente el espíritu. Sus facciones son delicadas, de fino dibujo, como talladas en marfil. La amplitud de la frente, limpia y bien desarrollada, las hace aún más pequeñas. Y todo su rostro, en el que los cristales de las gafas acentúan y protegen a un tiempo las dos lucécitas de su mirada, transmite una sensación de pacífica luminosidad, de claridad tranquila. En torno a él, no hombre sin nervios y sin inquietud, sino hombre dominador de las inquietudes y los nervios, se remansa todo, se serenar el aire y la conversación.

Una vida sencilla que nace todos los días casi al par del sol. Que comienza a las seis de la mañana por la oración, la santa misa, la acción de gracias, el rezo de las Horas Menores y desemboca, sin transición, en el trabajo:

—Trabajo desde las nueve y media. A las once despacho con el secretario canciller. Después empiezo las audiencias, que suelen durar hasta las dos de la tarde.

¡Horas de audiencia! Quizá sean estos momentos, en toda la jornada diaria de un obispo, los más difíciles, porque sin gran esfuerzo se puede imaginar cuánta pena y cuánto dolor, cuánta pobreza y cuánta angustia, cuánto problema moral y material llenan estas horas de audiencia. Y quizá sean también las horas más llenas de sufrimiento porque no es posible remediar todos los dolores, todas las pobrezas y todas las penas. Cabe siempre, eso sí, una hermosa actitud cristiana: esa elevada manifestación de la caridad que se expresa en el consue-

lo. Y los curadores de almas, como los curadores de cuerpos, con su sola presencia, con su sola afectuosa atención, consuelan. Consuelan siempre, hasta de los males que no parecen tener, de momento, remedio.

—Vienen aquí. Y piden, ya se lo puede usted suponer, ayuda para todo. Hasta para cosas que escapan a nuestra competencia. Y ¿podemos acaso rehusar, podemos negar a nadie nuestra atención?

No; no es posible. No puede el pastor abandonar el rebaño, desentenderse de ninguna peripetia de sus ovejas. Y todas las mañanas llegan al obispo los apuros tremendos de los hombres, las culitas desesperadas de las mujeres, los conflictos ocultos de los jóvenes. Y todos los días, ellos se acercan, se inclinan, se arrodillan, besan la amatista, elevan los ojos suplicantes y empiezan a balbucir su letanía: «Señor obispo, mi hijo...», «Señor obispo, mi hermano...», «Señor obispo, mi mujer...», «Señor obispo, mi marido...». Y todas las mañanas y todos los días, el señor obispo les alza, les invita a sentarse, les oye, les consuela, les muestra el camino de la luz. Y hay algo que ficta sobre los días, sobre el anciano obispo, de color de asceta y acento de padre, y sobre el hombre rudo de la pelliza marrón, o el hombre desenvuelto de traje ciudadano, o la mujeruca de negro pañuelo y negro mantón, algo superior a los días, algo de donde brota la caridad del que consuela y el remedio del que sufre.

Después, y quién sabe cuántas veces con el acento amargo de la última pena aun en los oídos, a comer. A la parca colación. Al rezo del Oficio Divino. Al trabajo, otra vez, generalmente desde las cinco y media de la tarde a las nueve y cuarto de la noche.

¿Sin descanso? Con uno muy breve, de sobremesa:

—Un poco de reposo. Y echar una mirada a los periódicos. Y oír las noticias por la radio.

Una enfermedad de la vista, que dificulta su trabajo, le entorpece también la lectura. Entonces, ¿qué hueco queda en la vida de un obispo para un momento de satisfacción?

—Humanamente hablando, no es fácil señalar el momento más grato de la jornada diaria. Las satisfacciones provienen más bien de otras fuentes. De fuentes de índole sobrenatural... «spe gaudentes», que dice San Pablo.

En el silencio canta las horas, desde una torre próxima, un reloj. «Spe gaudentes»: «gozándonos en la esperanza», con la alegría de la grande y confortadora esperanza. Y siguen, como si vinieran desde muy lejos, desde fuera del tiempo, sus palabras:

—Como es frecuente en los cargos pastorales, abundan más las espinas. Sin embargo, es frecuente motivo de alegría oír hablar de los trabajos apostólicos de nuestros párrocos rurales. Algunos de ellos viven habitualmente en plan de héroes anónimos... ¿Viajes, dice usted? Los obligados por el cumplimiento de nuestra misión: visitas pastorales, asistencia a actos relevantes de alguna parroquia, visitas necesarias a departamentos oficiales...

¿Nada más es la vida del obispo de Avila? Nada más, ni nada menos, que esto es. Queda sólo un

dato: algún paseo a pie por la ciudad; algún paseo en coche. En un coche modesto que, según me han dicho, le regalaron los Sindicatos. Y hasta me colorean anécdotas: quisieron instalarle en el coche una radio. Y él protestó: —No, no; eso es mucho lujo para mí.

«VOSOTROS SOIS LA SAL DE LA TIERRA»

Hasta aquí el perfil humano del obispo. Desde aquí, el obispo frente a los problemas de su diócesis. El hombre ante su obra, el prelado visto en el marco de su misión. Don Santos Moro Briz como obispo de Avila en estos días de 1955.

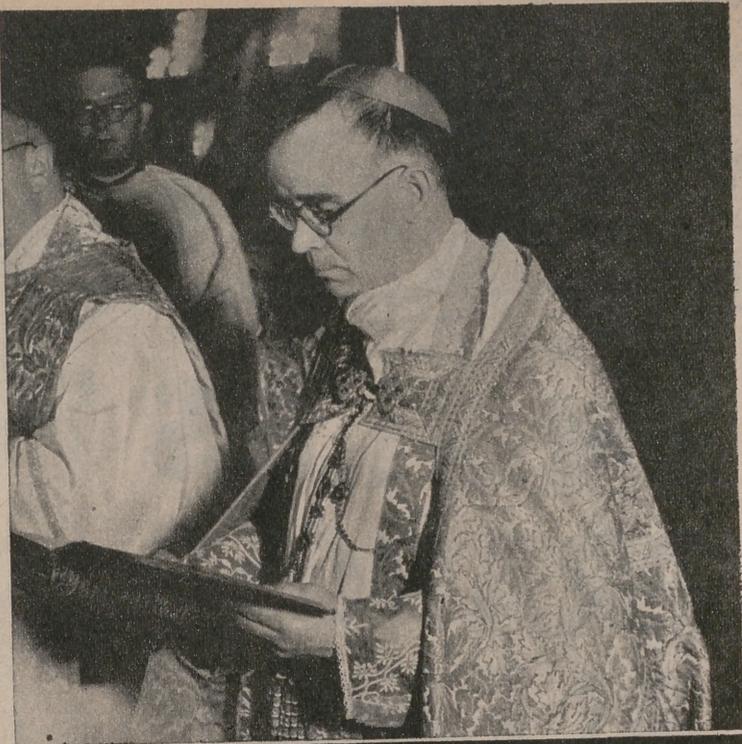
—La principal labor forzosa-mente tiene que pasar inadvertida, no ya para los extraños a la diócesis, sino para los mismos fieles diocesanos. Es la constante preocupación por mantener las almas que le están encomendadas en las vías de la salvación, en el cumplimiento de la Ley de Dios y de la Iglesia. Preocupación por la instrucción religiosa de la niñez y los adultos, por la pureza y la integridad de la fe, por la moralización de las costumbres, la observancia de las leyes canónicas en sus múltiples aspectos, la disciplina del clero, la recta formación de los futuros sacerdotes en los Seminarios, el problema de la vivienda...

—¿También aquí, señor obispo?

—En forma menos aguda. Establecimos el Patronato de Construcción «Inmaculada Concepción», que fué aprobado por el director general del Instituto Nacional de la Vivienda. Pero, gracias a Dios, no hemos tenido necesidad de actuar, dado el sesgo favorable que va tomando este problema, debido al interés que han puesto en ello la C. N. S. a través de la Obra Sindical del Hogar, y otras entidades oficiales. Al parecer, se obtendrán felices resultados.

Ahora, un poco más alejado del primer plano, y metido de lleno en su obra, sin que se quiebre un ápice su serenidad, su sosiego, parece como habérselo descargado de un peso. Fluyen con reposada abundancia sus palabras.

—Todos los problemas de alguna importancia de cada uno de los cuatrocientos pueblos de la diócesis vienen a repercutir en el aula episcopal. Por ejemplo, son motivo de constante preocupación las obras de construcción o reparación de las iglesias y casas rectorales—más de setecientas en esta diócesis—. Sobre todo por la falta de recursos del erario diocesano y a menudo la nula o escasa preocupación de los pueblos respectivos por estos edificios, que a ellos exclusivamente les afectan. Es también motivo de constante angustia la jornada dominical en muchos pueblos, por el crecido número de fieles que no cumplen los deberes religiosos más elementales—como asistir a la Santa Misa—, la infracción, tan frecuente en algunas regiones, de la ley de descanso dominical; la forma de pasar la tarde y la noche de los días festivos en muchos pueblos, los hombres en la taberna o en el bar, y la juventud en bailes reñidos con la moral cristiana... Es una tarea impropia de los párrocos el conjurar estos males de índole social. Y, por consi-



El obispo de Avila en un acto litúrgico

guiente, es una tarea que incumbe también al prelado.

Hay una sincera preocupación en sus palabras. Y oyéndole me vienen a los labios unas palabras que no llego a pronunciar: las que titulan este apartado.

LA PREOCUPACION SOCIAL.—EL NUEVO SEMINARIO

La diócesis de Avila es fundamentalmente agrícola, con muchos pueblos de monocultivo, con terrenos frecuentemente de mediana, de ínfima calidad. Y los problemas económicos que se derivan de todo ello afectan también a la sede episcopal.

—El nivel de vida de muchos pueblos forzosamente ha de ser ínfimo, y en no pocos, durante el invierno tan crudo de esta región hay bastantes obreros en paro forzoso. Por fortuna, nuestros párrocos, principalmente los jóvenes, se van preocupando cada día más de estudiar la solución de este problema económico; pero har-to se entiende que necesitan la ayuda del Estado.

Junto a la preocupación social, la preocupación docente.

—Es un problema también im-

portante para la diócesis, la falta de centros docentes dirigidos por religiosos, varones, para la formación de los estudiantes en régimen de internado. Por eso, desde hace cuatro años, hemos establecido, en esta capital el Colegio Diocesano de Enseñanza Media. Tropezamos con la dificultad del edificio adecuado, y nos hemos visto precisados a emprender la construcción de uno de nueva planta. Esto nos aventuramos a hacerlo, gracias a un anticipo sin interés, por tiempo de cuarenta años, benévolamente concedido por el Estado.

Un problema tras otro, llegamos al de las obras del nuevo Seminario.

—Dadas las características del edificio del Seminario Conciliar, insuficiente aun para la mitad de los alumnos actuales, unos 350, y de pésimas condiciones pedagógicas e higiénicas, nos vimos obligados a trasladar a Arenas de San Pedro el Seminario Menor y a empezar, en las afueras de la ciudad, hace siete años, la construcción del nuevo Seminario. A pesar de la ayuda del Estado, una cuarta parte del valor total, no hemos podido todavía dar cima a esta empresa, ni siquiera a la del



Don Santos Moro Briz durante la entrevista con nuestro enviado especial

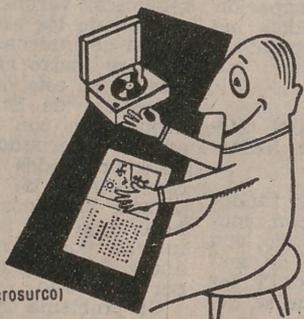
**CENTRO DE CULTURA
POR
CORRESPONDENCIA
ACADEMIA**

CCC

APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

**INGLES
FRANCES
ALEMAN**

LITERATURA INGLESA
LITERATURA FRANCESA



CON
DISCOS

(corriente y en microsurco)

SIN
DISCOS

Cursos fonobilingües

Poliglophone

La eficacia de nuestros cursos de idiomas no descansa sólo en el complemento de los discos; la amena distribución del texto, de técnica insuperable, hacen su estudio tan fascinador como un juego científico.

"Obsequiamos con un tocadiscos miniatura"



CORTE O COPIE ESTE CUPON

D.....

señas

solicita información **GRATIS** sobre el curso o cursos siguientes

REMITASE A: **CCC** APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

Seminario Mayor. Aun teniendo en cuenta la escasez de recursos de gran parte de la diócesis, no todos los pueblos han estado a la altura de su deber, aunque algunos se han portado maravillosamente. Tenemos un déficit de 2.500.000 pesetas. Y van invertidos 9.500.000. A pesar de todo, ya estaría inaugurado el Seminario Mayor si el Ayuntamiento de Avila hubiera logrado resolver el problema del abastecimiento de agua de aquella zona.

LA FUERZA DE LOS HOMBRES

Las últimas palabras del señor obispo me han parecido matizadas por un perceptible tono de pena. Realmente acongoja pensar que estas obras, obras de espíritu y para el espíritu dependan de la materialidad de un presupuesto. Sobrecoge, ciertamente, considerar en cuánta parte los medios para realizar la religión se encuentran en los bolsillos de los hombres. Pero está escrito que el que pida, recibirá. Y hay que hacer. Y no es posible cruzarse de brazos ante las dificultades.

Al filo del fin de esta entrevista, don Santos remata la serie de las obras diocesanas:

—Hemos destinado un edificio a casa de Acción Católica—que ya resulta insuficiente—para dar cabida a entidades que solicitan un centro adecuado: ferroviarios católicos, centros especializados de obreros y obreras, de sirvientas... Son también motivo de especial interés en el orden religioso, la Casa Diocesana de Ejercicios, instalada eventualmente en un pabellón del convento de las Agustinas, y la casa, recientemente fundada de la «Pía Unión Charitas», que necesita urgentemente la ayuda de los buenos católicos...

Tiene una curiosa proyección americana la diócesis de Avila:

—El Seminario Nacional de Managua, en Nicaragua, lo dirigen sacerdotes diocesanos de Avila, que realizan allí una grande y meritisima labor... Por último, estimamos de particular interés para esta diócesis, las Asambleas Eucarísticas Regionales que vienen celebrándose periódicamente. Tenemos también fundadas esperanzas en ciertas experiencias parroquiales que se vienen ensayando con éxito hace varios años: salones para la formación de los jóvenes de ambos sexos, y centros de recreo, sobre todo para los días festivos.

La audiencia termina. Y con ella, la entrevista. He besado el anillo pastoral con una paz de espíritu que no tenía al llegar. He salido con paso sosegado. La breve silueta delgado y pálida se recortaba aún en el marco de una puerta. Me he vuelto. Y ya no he alcanzado a ver más que su espalda, su espalda aparentemente frágil para soportar el peso de tanta carga. Pero hay una fuerza invisible que viene de lo alto y la mantiene firme, hay una mano que no retira su protección. Y hay una frase que lo explica. Un símil que El sacó del campo para enseñar a sus elegidos que así como la fuerza de los sarmientos viene del tronco de la vid, la fuerza de los hombres viene de Dios.

Diego JALON
(Enviado especial.)

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

UN TROTAMUNDO RECORRE ESPAÑA EN PRIMAVERA

CADIZ RESURGE CON PRESTIGIO CASI MILAGROSO

EL TRIMILENARIO DE LA CIUDAD
SERA UN ACONTECIMIENTO DE
UNIVERSAL RELEVANCIA

SE ESTA TRANSFORMANDO LA
FISIONOMIA DE LA CIUDAD

A **HORA** que comienza la primavera vamos a recorrer España de Sur a Norte siguiendo la ruta de las golondrinas. Son muchas las novedades que en los últimos años han venido a enriquecer la fisonomía de las provincias españolas. España se viene transformando de tal modo que no hay «Guía del viajero» que al cabo de un par de años no se quede un poco anticuada, al menos en lo tocante a esas cosas grandes y pequeñas que el resurgimiento nacional va incorporando, día tras día, a la realidad social de la Patria.

Iniciaremos el viaje en Cádiz, que, por ser la ciudad más antigua de España, tiene el derecho a esta prioridad, y, Dios mediante, daremos fin a la peregrinación allá en los Pirineos.

DESORBIDA SUS
TRALLAS

La ciudad de Cádiz se puede que el tren enfila de la ribera y la plaza de ser dehesa para un marisma. Ya se ven las pirámides de sal, extra se arrebola bajo el poniente. Paramos ante la flamante del Puerto de Santa Catalina en unas muchachas que llevan un departamento con el alce de sus risas. Viajeros se encasquetan para ocultar la cabeza a dar pali que llegadas. Es fácil. Los se deleitan con el rocío de sal la



Una moderna avenida en Cádiz; el resurgimiento de la ciudad resalta por doquier

conversación. Pensamos que si trazáramos sobre el mapa de Andalucía las líneas divisorias de las zonas donde imperan los diferentes acentos de la región, obtendríamos el esquema de lo que hay de vario en las ancestrales raíces étnicas del Sur: lo epicúreo y lo estoico, lo tartésico, lo ibérico, lo romanizado, lo moruno...

Sube un vendedor de golosinas. Viste de blanco y se cubre la cabeza con un immaculado gorri- llo de tela.

—¡Corruco fino!... ¡Corruco fino!... ¡Cuatro a la peseta!...

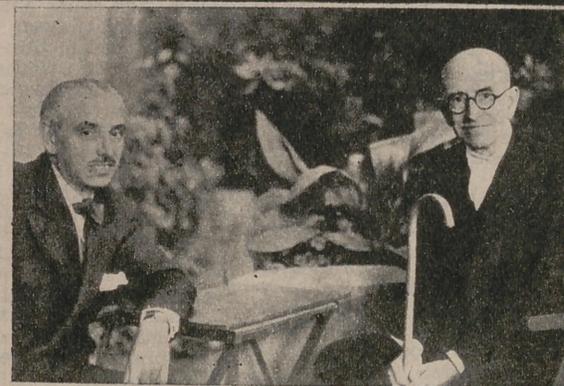
Su pregón recorre el pasillo y no tarda en ser sustituido por otro, que anuncia:

—¡Camarone fresco!
Y los camarones del mariscador dejan tras sí un olor de crepúsculo veraniego junto a los arrecifes.

Arrancamos de nuevo. A un lado de la vía, sobre la verde alfombra de palmitos y sapinos yace una interminable hilera de grandes tubos de hormigón. Suponemos que esas tuberías gigantes no tendrán que ver nada con el famoso oleoducto.

—Son—nos aclara un militar que viaja a nuestro lado—para la nueva traída de agua.

Puerto Real. Esta vez no sube al vagón ningún vendedor, sino un mozalbote que después de entonarse con un conato de jipío se echa a cantar un fandanguillo. El militar nos dice que el muchacho canta en los trenes de esta línea desde que era pequeño.



José María Pemán, con Manuel de Falla, cuya obra póstuma, «La Atlántida», será estrenada en Cádiz con motivo de las fiestas del Trimilenario de la ciudad



Pemán habla del Trimilenario con nuestro enviado especial



Vista aérea de Cádiz, ciudad acariciada por el Atlántico



Edificio de la Delegación Comarcal de Sindicatos en Jerez



Jerez de la Frontera registra un resurgimiento de Cádiz



Un típico lugar de la vieja Cádiz

—Tiene la voz gastada—añade con gesto de enterado—después de tantos años cantando.

Ya divisamos Cádiz, una silueta oscura festoneando la otra ribera de la bahía. El sol nos regala un bonito efecto de contraluz antes de hundirse en el océano. Y después de una breve parada en San Fernando entramos en Cádiz.

Cádiz es ciudad pura; «polis» cien por cien. Rodeada por el mar y unida a la tierra firme por el cordón umbilical de un estrecho pasillo arenoso, desconoce el campo. El verdadero campo—algo muy diferente de la vasta soledad marismiega—dista de ella dos o tres leguas y esta lejanía de lo rural se refleja, además de en los precios de los productos alimenticios, en las calles, donde raras veces se ve un transeúnte con facha campesina; un cateto, como dicen aquí.

Llevábamos varias años sin venir por aquí y a nuestra llegada observamos infinidad de cambios. La ciudad ha dado un formidable estirón fuera de sus murallas y se extiende ahora en simétrico desbordamiento por el istmo arenoso donde hace ocho años ocurrió la catástrofe.

Los barrios de San Severiano y San José constituyen por sí casi una pequeña gran ciudad surgida de las ruinas con una presteza casi milagrosa. Me cuentan que algunos grupos de viviendas fueron construidos en un plazo récord. Por ejemplo, las 50 casas edificadas allí por la Obra Sindical del Hogar fueron entregadas a los cinco meses de iniciarse las obras. Esta nueva Cádiz de extramuros está llamada a extenderse hasta casi rozar los arrabales de San Fernando. Hace diez años Cádiz arrastraba una lánguida existencia, anquilosada en torno a sus recursos industriales tradicionales—las factorías navales y militares—, a la rutina burocrática y el pequeño comercio. Pero aquella vida alicorta ha pasado a su larga historia. Cádiz es hoy una de las capitales de mayor porvenir de Andalucía.

UN VIRTUOSO DEL CANTE JONDO

Nos damos una vuelta por el mercado. Un nutrido círculo de oyentes se congrega en torno a un charlatán cuya mecánica oratoria pondera las virtudes prodigiosas de un quitamanchas.

Luego de darnos una vuelta por la calle de Columela nos internamos en el barrio del Pópulo, con el romántico deseo de comprobar si en el patio del Mesón Nuevo—cuya novedad data del siglo XVII—se halla todavía el carromato zingaro que utilizaron los «Pachorros» hace nueve años en sus correrías y desde cuyo empingorotado pescante el autor de esta crónica paseó su vista por toda Andalucía. Pasamos por la calle de Fabio Rufino, llamada también calle Detrás del Pópulo. Las calles antiguas lucen aquí letreros dobles: uno con el nombre popular; otro con la denominación que eligieron los ediles para poetizar las esquinas con alusiones al pasado tartésico, fenicio o romano de la Gades primitiva, que con su templo de Hércules venía a ser la Compostela de la antigüedad. He aquí la calle de Argantonio, bajo cuyo rótulo historicista campea una placa donde reza: «Calle de los Flamencos Borrachos». Un nombre así suspende el ánimo de cualquiera aunque esté acostumbrado a toponimias callejeras tan insólitamente pintorescas como aquéllas, granadinas, de la calle de Niños Luchando o calle del Beso, o a los filosóficos nombres sevillanos de la calle de la Vida y calle de la Muerte.

Llegamos al Mesón Nuevo por callejuelas donde flota el espeso olor del pescado frito y en las que atruena una ensordecedora algarabía de altavoces. Sí, allí está todavía nuestro querido carromato, en el que en compañía de una tribu de gitanos recorrimos España.

Entramos en el café Español y preguntamos por Aurelio Sellés. Aurelio Sellés es una institución local; una reliquia humana mucho más valiosa que las piedras del templo de Hércules que en abril rescatarán los buzos para poblar con ellas el museo. Aurelio Sellés, llamado «el Tuerto de Cádiz» por mal nombre, es hoy, con Pepe Núñez de la Matrona y la Niña de los Peines, el depositario de las

últimas joyas vivas del cante jondo. Cuando él desaparezca no habrá buzo ni arqueólogo que recupere los tesoros que él guarda en su garganta y su memoria. Aurelio tiene ya sesenta y siete años, aunque representa mucha menos edad. Una vez le preguntamos por qué no se quitaba años y él respondió:

—¡Estaría bueno! ¡Con el trabajito que me ha «costao» cumplir los que tengo!

Aurelio, que es tal vez el mejor cantaor que nos queda en España, es desconocido por el público banal y espeso que se entusiasma con los gorgoritos «folkloristas». Como el difunto Tomás Favón, es demasiado «cantaor» para actuar en un escenario. Como él dice:

—Pa cantar hay que hacer esfuerzos hasta con las uñas de los pies. Y ayudarse con figuras. Y ponerse feo. Y esto al público no le gusta.

UN RESURGIMIENTO INTEGRAL

Pero hemos venido a hablar de la Cádiz nueva. El resurgimiento de la ciudad es una realidad que resalta por doquier. Por la parte del puerto, el aire desangeladamente universal de las nuevas edificaciones comienza a arrinconar a la rancia arquitectura típica: casas sólidas, como fortalezas, coronadas por torretas cuadrangulares que hacen aparecer a Cádiz desde la lejanía como erizada de minaretes. Se ven muchos edificios construidos por la iniciativa privada y numerosos bloques de casas levantadas por la Organización Sindical o el Instituto de la Vivienda. Han surgido nuevos hoteles, uno de ellos de lujo. Van naciendo nuevas industrias al calor de la zona franca. Gracias a la tenacidad del Gobernador Civil, que bombardea los ministerios con peticiones inteligentemente planteadas, la Casa de la Cultura será dentro de poco un espléndido marco para las hoy dispersas actividades culturales de la localidad. Se halla en marcha la construcción del pantano de los Hirones, que abastecerá de agua a toda la ribera. Por otra parte, los trabajos de la base aeronaval de Rota están a punto de iniciarse y es interesante consignar que sólo en el orden turístico el establecimiento de dicha base principia ya a dejar sentir sobre Cádiz una repercusión beneficiosa, pues el cincuenta por ciento de los chalets veraniegos de extramuros han sido ya alquilados por los funcionarios y técnicos americanos destinados a esta zona del Sur. Y serán muchos los braceros que encontrarán empleo en estas obras.

En la provincia, la labor de transformación que venimos observando lleva un ritmo que da un mentis concluyente a la proverbial apatía de los andaluces y a la consabida lentitud de la máquina estatal. Botones de muestra: a la semana escasa de haber sido solicitado, el Ministerio de Educación Nacional ha puesto a disposición de la provincia un crédito de diez millones destinados a escuelas en el

Campo de Gibraltar. En dicha zona fronteriza van a ser construidas cuatro mil viviendas.

Pero no es solamente en el ámbito material donde Cádiz registra un recio brío constructor. La población gaditana acusa también un decidido estímulo encaminado a la exaltación de los valores culturales de la patria chica. Se multiplican las iniciativas, menudean los recitales y conciertos. Después de una semana de conferencias y otros actos similares, el Club de Prensa ofreció un interesante coloquio al que asistieron intelectuales, estudiantes y una heterogénea masa de público en la que predominaba el elemento obrero. Algunos de estos acudieron con el «mono» de la faena que acababan de dejar para emitir su voz y voto en el salón del Conservatorio Falla, donde se celebró el coloquio. El tema era «Coros y Cuchufletas». Los vates populares, creadores de músicas y letrillas de tangos de comparsa, sostuvieron una deliciosa controversia con los oradores de turno. Al final se llegó a un acuerdo y se cantaron tanguillos, uno de los cuales fué propuesto para que, dotado de una letra adecuada, sirva de himno de la ciudad. Todo lo cual quiere decir que el engrandecimiento material de Cádiz no menoscaba en absoluto su tradicional espíritu festero. No sabemos lo que saldrá de todo el complejo ingenieril de las bases y otras instalaciones técnicas, pero de lo que estamos bien seguros es de que, sea cual sea la importancia del emporio industrial que se barrunta, Cádiz seguirá siempre fiel a su eterna misión característica: exportar sal y danzas. Fletar cargamento de gracia. Y conste que no hemos traído a colación lo de las comparsas y chacotas para aligerar el reportaje con unas princeladas de trivial pintoresquismo. Lo que vivimos en el Coloquio es una cosa bastante seria. ¿En qué parte del mundo se reúnen hoy las minorías selectas y los obreros para discutir sobre cosas tan finas y bellas como la música, los versos, el epigrama y el humor? Nosotros damos fe de aquella lección de unidad, inconcebible en climas sociales donde ricos y pobres no pueden congregarse para dialogar de lo que sea, sin tirarse los trastos a la cabeza.

CHARLA CON PEMAN SOBRE EL TRIMILENARIO

La creatividad gaditana nos brinda un motivo especial que por sí solo justificaría esta primera crónica. el trimilenario. Cádiz ha cumplido tres mil años. Puede enorgullecerse de ser la urbe más antigua históricamente documentada de Occidente. Desde las citas bíblicas hasta los pasajes de Heródoto, Plinio, Avieno y Pomponio Mela, la Gades de las dazninas exquisitas, anda en danza en los textos venerables de la antigüedad. Su fundación data de la época de la caída de Troya. Basta remover un poco la tierra de los espacios libres o cavar para echar los cimientos de una nueva construcción para que —como ha ocurrido ahora al cimentar las obras del Instituto de Previsión—

aparezcan urnas funerarias fenicias, objetos de procedencia griega, piedras y monedas romanas.

La ciudad se dispone a celebrar su trigésimo centenario con la solemnidad que el caso requiere. La Comisión nombrada al efecto se ocupa activamente de los detalles preparatorios.

Don José María Pemán, que desempeña un papel destacadísimo en la conjunción de voluntades que empujan el proyecto, nos recibe en su casa de la plaza de José Antonio, una plaza ancha, soleada, en cuya paz sonora alborotan las voces de la chiquillería femenina, que juega a la comba.

Tras charlar un buen rato sobre las sutiles cosas que sólo un poeta como él puede entender sin encontrarlas extravagantes, inquirimos:

—¿De quién fué idea la celebración del Trimilenario?

—Nació en el Ateneo. Y encontró en seguida una acogida entusiasta. A estas alturas, el programa está prácticamente ultimado y algunos de los trabajos previos casi a punto de cumplirse. Ernesto Halfter está dando los últimos toques al arreglo de la partitura de «La Atlántida» y ya están concertadas las cooperaciones precisas para que la celebración sea un hecho el año que viene.

—El programa, concretamente...

—Es muy sobrio. Científico. En abril comenzarán las excavaciones. La Comisaría Nacional de Excavaciones apoyará económicamente los trabajos, y también contamos con la ayuda material de los Ministerios del Aire y de Marina para las excavaciones y sondeos submarinos en la isla de Santi Petri, donde estuvo el templo de Hércules. Después de esos trabajos, en el año 56, se celebrará un importantísimo Congreso Nacional de Arqueología, y otro, después, de carácter internacional, para el que ya hay inscritas veintidós naciones. El segundo Congreso será el Simposio de Oriente y Occidente: un diálogo a la luz de la ciencia para determinar la función de Cádiz como clave articuladora entre dos mundos. El segundo Congreso se repetirá más tarde en Chipre.

—El Congreso, ¿se ocupará también de la localización de Tartesos?

—En efecto. Eso corre a cargo del ingeniero señor Gavala y del señor Gómez Moreno, quienes es-

tablecerán la configuración primitiva de la costa, a fin de poder precisar el emplazamiento de Tartesos.

—Hábleme de la parte espectacular.

—Fundamentalmente consistirá en la representación de «La Atlántida». «La Atlántida» es, como usted sabe, una cantata escénica sobre el poema de Verdaguer, a base de orfeón, gran orquesta, solistas y ballet.

—Será un espectáculo sensacional.

—Sin duda. Y a juzgar por el interés que ha despertado en el mundo, constituirá un acontecimiento artístico de rango universal. Para su escenificación se utilizarán las sugerencias que hizo Sert a Falla, y cuyos detalles poseemos a través de la nutrida correspondencia que el maestro sostuvo con el gran pintor catalán.

—¿Dónde será representada?

—Seguramente en el Castillo de San Sebastián, expresamente arreglado para tal fin. De este modo el océano será un personaje más.

—¿No cree usted que el Trimilenario contribuirá decisivamente al resurgimiento de Cádiz?

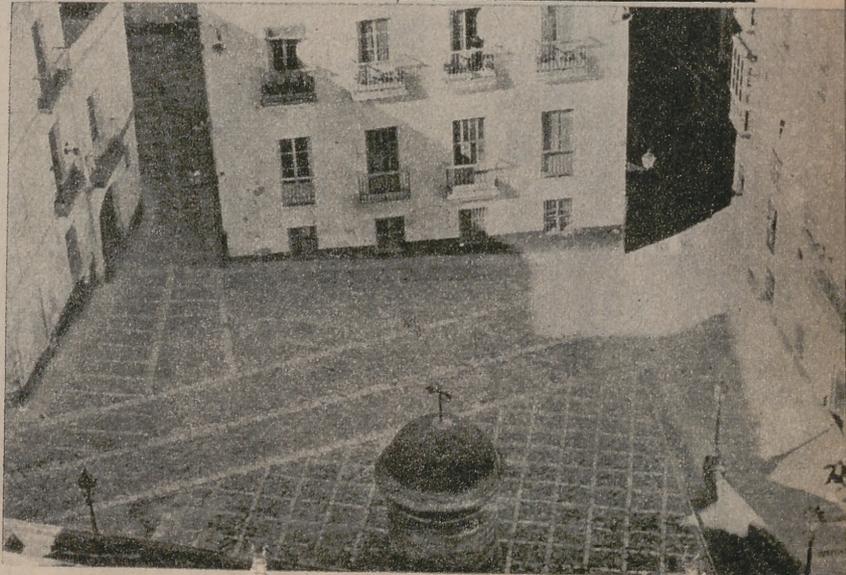
—Sí, en gran medida. Y su celebración es un resultado de ese resurgimiento, al que venimos asistiendo desde hace un puñado de años. La ciudad ha respondido con entusiasmo a la generosa atención que le vienen dedicando el Caudillo y su Gobierno. Habrá usted notado que Cádiz está llena de inquietudes fecundas. En el terreno cultural, Cádiz, que ha tenido siempre una gran solera, estaba un poco dormida. Y ahora despierta. Y en los demás órdenes de este resurgimiento se ha hecho ya muchísimo.

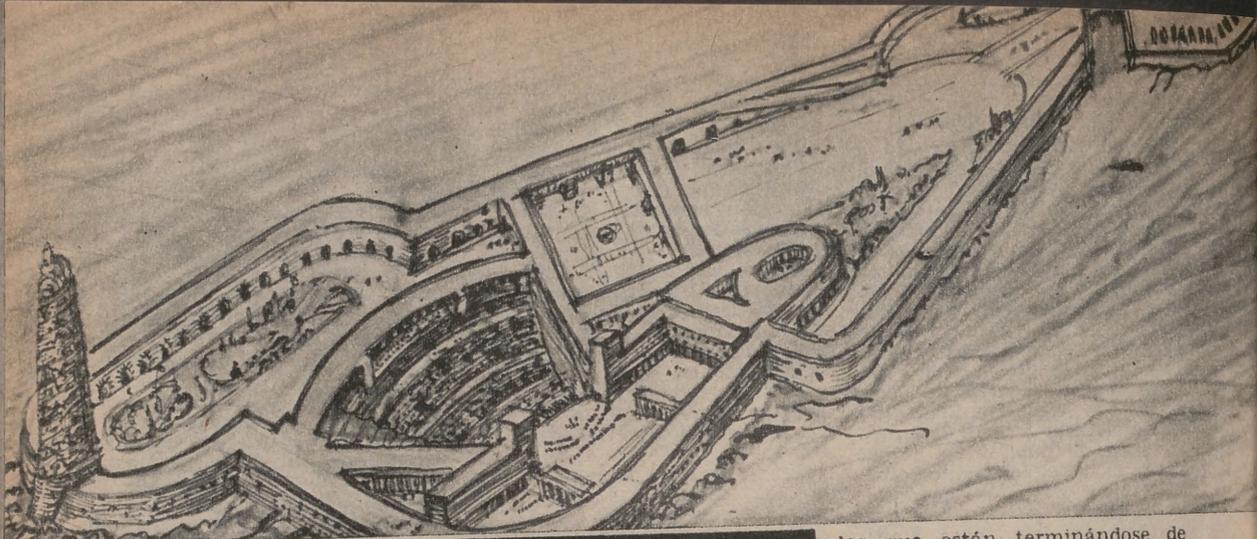
«VOX POPULI»

Al repasar nuestras notas nos damos cuenta de que, hasta ahora, sólo hemos recogido opiniones positivas. Esto nos complace, pero nos hace dudar que hayamos cumplido atinadamente nuestra misión informativa. Nos dirigimos a la Casa Sindical, por donde desfilan a diario los problemas de la población trabajadora. Hablamos con el Secretario Provincial:

—Venimos en busca de los to-

La gracia incomparable de una plazuela gaditana





Proyecto de Teatro Atlántico en el castillo de San Sebastián

campo contribuye a agudizarlo. En las zonas de campiña la mecanización nos plantea un verdadero problema para el empleo de la mano de obra.

—¿Cómo se piensa remediarlo?

—El problema es común a otras provincias andaluzas y figura como uno de los temas básicos que han de discutirse en el próximo Congreso Regional, en Sevilla.

—¿Qué otros problemas hay?

—El general de la carestía de la vida, ocasionado, en gran parte, por la situación peculiar de la ciudad. Aquí no hay campiña. Los productos alimenticios tienen que venir desde muy lejos y el transporte encarece el producto. Naturalmente, esto ha ocurrido aquí en todas las épocas, pero ahora se deja sentir de un modo más agudo.

—¿Puede darnos algunos datos sobre las realizaciones de la Organización Sindical en lo tocante a la vivienda?

—En Cádiz la Obra Sindical del Hogar lleva invertidos 32 millones de pesetas en las viviendas ya entregadas. Y el importe de las que se hallan en construcción asciende a 43 millones. Ochenta y cinco millones en total.

—¿Cuántas viviendas?

—Un total de 2.081, incluidas

les que están terminándose de edificar. Además la Obra ha construido diversas instalaciones importantes: la gran clínica del «18 de Julio», en Jerez; la Escuela de Formación Profesional, en Puerto Real, con capacidad para 460 alumnos; la piscina reglamentaria donde se celebran los Campeonatos Nacionales de Natación, y dos Residencias de Educación y Descanso; la llamada «Fernando Aramburu», dedicada a familias de productores...

—La conocemos. Un verdadero gran hotel.

—... y la llamada «José Luis Almagro», para trabajadores varones.

—¿La distribución de las viviendas?

—En La Línea, 274 entre las entregadas y las que se construyen. En Jerez, 567. En la capital, 590. En San Fernando, 132. En el Puerto, 186. En Arcos, 25. Y en Algeciras, 310.

Horas después, charlando con el camarero del Novelty, nos enteramos de que las tarifas de agua y luz son en Cádiz más caras que en ninguna otra capital de España. Los gaditanos pagan 1,35 por metro cúbico de agua.

—¿Qué tal ha sido acogido el establecimiento de la base de Rota?

—Fíjese. Nos viene que ni pintado. Eso dará mucha vida a Cádiz. Aunque hay quien opina que el puerto que van a hacer en Rota puede perjudicar al de Cádiz.

—¿Y usted que cree?

—Yo creo que no.

—¡Lástima! Nos gustaría encontrar una opinión adversa. Polemizar.

JEREZ DE LA FRONTERA, COTO PATRIARCAL

Caminito de Jerez. En el tren «pescaero». En tercera, claro.

En el tren, los españoles llevamos siempre a flor de labio las confidencias personales. Somos tal vez demasiado comunicativos. A veces, en los viajes largos, el insípido parloteo de los compañeros de viaje nos resulta fatigante. Pero no podemos objetar nada contra ello. Gracias a su gárrula espontaneidad expansiva, entre nuestros compatriotas no hay apenas neuróticos. Nuestro pueblo no sabe lo que son los complejos.

La R. E. N. F. E. tiene trenes para todos los gustos. Vagones de tercera que, sin ser tan buenos como los franceses, son francamente decorosos. Y vagones como éste—reliquias de un pasado



El aguador, un tipo popular en las calles de Cádiz

nos sombríos de la vida de la ciudad. ¡Mucho paro?

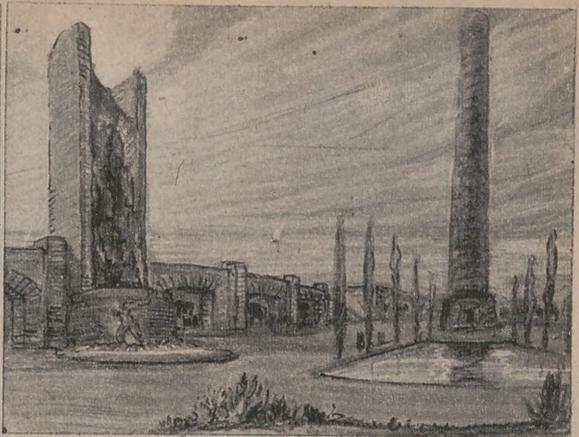
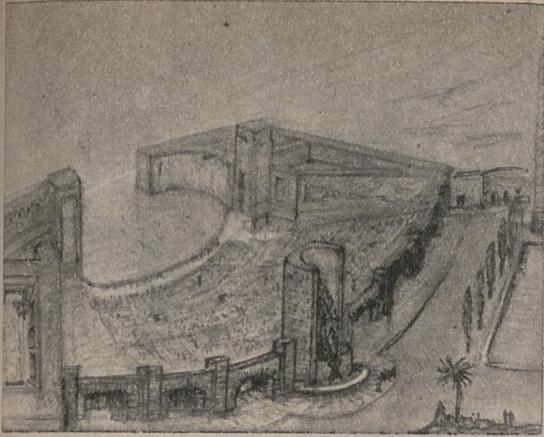
—En la ciudad es poco considerable y se reduce mayormente al sector de los inadaptados; del peonaje sin aptitudes determinadas, tan abundante en toda Andalucía.

—¿Y en la provincia?

—El campo atraviesa el momento crítico invernal, con el paro estacional consiguiente. Además, la mecanización del



Grupo de casas de las 2.081 viviendas aportadas por la Organización Sindical en resurgimiento gaditano



El océano invade el escenario en la apoteosis final de «La Atlántida». He aquí dos aspectos del gran proyecto

del que nos vamos despegando rápidamente, gracias a Dios—, casi contemporáneos del tren expreso de Campoamor. Pero justo es decir, que la famosa falta de puntualidad de nuestros ferrocarriles pertenece ya también a las leyendas del pasado, como los bandidos serranos, la navaja en la liga y el analfabetismo. Por cierto que la primera autoridad civil de Cádiz ha emprendido una campaña de extensión cultural por toda la provincia para que reciban instrucción los lugareños que aun no saben hacer la O con un canuto. Nos acercamos a Jerez. Al pie de la ciudad en un llano rodeado de trigales verdes—como los de la copia—, ha surgido una barriada de casas baratas, cuya blanca nueva saluda desde lejos al viajero.

Poco tiempo vamos a permanecer en Jerez. El preciso para recoger unas impresiones y proseguir la ruta hacia los puntos que en estos momentos nos atraen con preferencia: los pueblos que, por quedar a trasmano de las rutas activas del turismo, pueden ofrecernos una muestra más virginal de la obra de resurrección española. Además, Jerez merece una crónica especial por ser una de las ciudades más bellas de España, por ser cuna de los mejores vinos y el mejor cante jondo y porque su resurgimiento no cede en importancia al que hemos visto en Cádiz. En torno a Jerez han surgido en poquísimo tiempo varias barriadas satélites, levantadas a poca distancia del casco antiguo, que atesora las más bellas callejuelas y plazoletas de Andalucía. No hay nada tan cabalmente delicioso como estas callejitas claras, sosegadas, donde la vida tiene el aroma y la traslúcida densidad de las soleras de los caldos famosos. El habitante de las ciudades ruidosas no puede imaginar lo que es un paseo por estas callejuelas (donde lo andaluz ofrece el matiz castellano de la sobriedad, sin la menor concesión a una rebuscada coquetaría pintoresquista) y paladear, como un sorbo del mejor jerez los sonidos que la vida moderna ahogó en otros sitios, y que aquí menan limpios, frescos, netos, bajo la paz de Dios: el pjar de un pájaro, la voz de un niño, el acompasado golpear de un martillo sobre una bigornia... Se explica uno que ante el bulo que corre desde Lebrija a la ribera del bulo de que Jerez va a ser

convertida en capital de provincia—haya jerezanos que meneen la cabeza con aprensión.

—Hace tiempo—nos dice un buen amigo a quien hemos ido a visitar—que oímos ese bulo. Muchos jerezanos tememos que en el fondo pueda haber en él algo de cierto, pues si fuera así, Jerez perdería este ambiente de coto patriarcal, esta tranquilidad perfecta, apartada de la tensión de los negocios apresurados, la burocracia y la injerencia de corrientes desconocidas. Como estamos ahora estamos muy bien.

PROGRESO SIN ESTRIDENCIAS

La opinión que expresa nuestro amigo, jerezano castizo, no presupone un criterio recalcitrantemente conservador. Jerez crece, se moderniza, progresa rapidísimamente. Pero sin estridencias, sin perder su compostura peculiar, su ritmo antiguo, su son. Progresa con la eficaz naturalidad con que grana una buena cosecha. Más de 2.000 viviendas han sido construidas en muy corto tiempo. Gran parte de ellas son debidas al esfuerzo de ese prócer que preside la Alcaldía, don Alvaro Domecq. Lo feo y lo miserable van cayendo bajo el golpe de la piqueta, y en su lugar se yerguen edificios risueños. El Sindicato de la Vid ha levantado una gran barriada. Los obreros cuentan ya con una magnífica clínica sindical. Surgen avenidas suntuosas, se restauran monumentos, se perfila el ornato urbanístico, y la vida cultural marca un rápido ascenso sobre la curva lánguida de su pasado apagamiento. Pero todo esto acaece sin que la ciudad malogre su sosiego, sin que pierda ese elegante aire de equilibrada sobriedad que los jerezanos saben mantener hasta cuando sus hijos galopan a lomos de sus fogosas jacas. Jerez es señorial. Y no son los menos señores esos obreros—imprevisores, pródigos, flamencos—que en la taberna, al saber que somos forasteros y nos gusta el «jondo», nos advierten, con gesto de marqueses, cuando intentamos abonar la consumición.

—Déjelo. No le cobrarán. Está tó pagao

Rafael LAFUENTE



Arriba: Una vista de la catedral de Cádiz. — Abajo: Puerta de Tierra, entrada a la ciudad por el istmo





EL DIABLO SUELTO

Novela por Maciá SERRANO

gida. Allí todo estaba en guerra, aunque todo parecía paz.

A media tarde estaban los de siempre. Antonino, que acababa de dar su vuelta por la huerta sin temor ninguno al sol. «El Tava», medio maleante, medio señorito, que se le describían los ojos cuando veía un buen coche, un buen caballo o una buena mujer. Ramón, el electricista, ya maduro y sensato, considerado como hombre de saber y experiencia. Martino, un pescador silencioso, que todo lo miraba risueño, lleno de lealtad y crudeza.

Algunos más que había aquel día porque era taberna y venta, centro y descanso de los que devoraban caminos y aunque afuera, en la puerta, siempre quedaban los huérfanos de esa tregua porque su bolsillo sólo les dejaba entrar cuando los coches de línea dejaban algún veraneante, viajante o simple pasajero que se mostraba rumboso y las pesetillas les permitían el placer del vino para aplacar aque-

llas vidas en guerra, insatisfechas de ver pasar un mundo por la carretera que ellos no podían alcanzar.

Madricoso, «el Tava», al encender un cigarrillo dejó caer al oído de Antonino.

—Esta noche ha debido de haber...

—¿Otra vez?

Pero la voz de Ramón cortó:

—¡Callad! Es lo menos que podéis hacer.

Martino asintió, pero no pudo evitar mirar a Amara.

Ella estaba pensativa, «en su mundo» que diría Ramón, que la conocía sin haberla tratado desde que era una niña. Ensimismada, miraba sin ver cuanto la rodeaba. De momento enjuagó unos vasos que estaban sucios en el agua de un lebrillo reluciente, y después, como quitándose de encima algo que le pesaba, se volvió a la modesta estantería y colocó en mejor orden las botellas, con los rótulos hacia fuera, cara a la puerta de entrada. Con un trapo limpio las fué quitando el polvo a las que estaban sucias y lo hacía delicadamente, hasta con finura y exquisitez.

Amara, no era bella, ni siquiera hermosa, ni aún guapa, cosa tan frecuente en las hembras de aquella región de luna y sol. Sus ojos, siendo vivos, estaban como apagados, sólo a veces refulgían con llamaradas. La frente terrosa, la boca parecía dibujarse, sólo la nariz le daba una buena armonía a la cara, y aun el pelo, entre castaño y rojizo, aureolaba con cierta nobleza un rostro un poco enigmático, como de una agradable medalla antigua, que los años habían borrado, dándole misterio, olvidando lo bello y sin mermar lo noble. Vulgar su cuerpo, de hombros caídos, la maternidad no la había embellecido y sí ajado. Sólo su pisar —entre miles de mujeres se distinguía por su pisar; andaba como si la tierra fuera una alfombra— delataba que Amara no era una mujer vulgar. Bien arreglada, se la notaba entre todas las mujeres, pero la medalla que de ella se podría hacer ahora de ninguna manera respondería a la antigua. La herida del pasar de la vida le había dejado unas huellas que no se podían ocultar.

Por dentro, Amara era buena. Algunos, los rudos, hasta confundían su ternura con la soberbia, y otros, los más, se extrañaban que aquella mujer se aviniera a pasar por tantas cosas. Parecía imposible, llevando un drama a cuestas, que un día

no estallase... Hasta su propio marido lo creía. Pero ya habían pasado más de cinco años, y todo seguía igual y ella complaciéndose, al parecer, de que así sucediera.

Dentro, la niña, Maribel, dió un grito y rompió a llorar.

—¡Juanjo!—gritó Amara, y entró corriendo a ver qué pasaba.

Tan pronto salió, dijo «el Tava»:

—Pues, sí, anoche le pegó...

—¿No será porque habrás oído gritar a ella?—replicó Ramón.

—Eso ya lo sabemos; ella no ha gritado nunca. —Y puede que nunca grite. Si es por eso... Nada se sabrá y quizá nunca.

—No lo creo. Las cosas han cambiado. Después de la venta de la casa vino la de la huerta; después, el olivar; hasta la sillería de aquel salón rojo que tú, Ramón, ¿recuerdas?... Lo único que quedaba era esa finca de recreo, «El Palmar», y se vendió anoche. Había que comprar un coche, ¡bueno!, un taxi, para disimular y que el marido se divirtiera bien, mientras ella... ¡A cualquier hora, en su caso, yo lo iba a consentir!

Volvió Amara al mostrador, con Juanjo en sus brazos. El niño aun lloriqueaba.

—No, eso no lo debes hacer; tu hermana tiene razón. Ese plato está ahí para adornar. Con eso no se juega, no se debe jugar.

El niño calló, y aprovechando su silencio la madre lo dejó en el suelo y, titubeante en sus pasos, corrió hacia el interior.

—¿Qué le pasaba al chico?

—Quería un plato que tengo ahí, en el aparador. Procede de casa, de la vajilla de mis padres, con el escudo. Y como lo va a romper, no quiero que llegue a sus manos.

—Pues debías de haberlo dejado, así ya podíamos decir de Juanjo que en su vida no ha roto un plato.

—Lo de menos es el valor; romper por romper las cosas, es algo estúpido.

Y Amara se calló de pronto.

Tras sus palabras, la taberna quedó casi en silencio. Sólo un canturreo de Antonino, que debía de esconder una copla de ironía sobre lo que había dicho Amara, quería levantarse en el aire. Si la copla no salió, aun dijo en voz baja:

—Los padres lo ganan, los hijos lo conservan, los nietos lo tiran.

—Pues aquí es el yerno el que derrócha, o sea Juan—añadió en el mismo tono «el Tava».

—¡Bah! Sois como mujerzuelas, sin parar de murmurar.

Se levantó Ramón, dejándoles un poco abrumados, y se fué a la puerta. Luego, como arrepentido de haberles dicho aquello, les sonrió, contra su gusto, y aun les dijo:

—Parece que hoy tarda el coche de Las Torres.

—Es aun pronto; no son las siete—contestó Amara.

—¿Esperas a alguien?

Ella se sintió sorprendida de aquella pregunta tan rápida. Aunque ya estaba acostumbrándose a percibir las agudezas de la gente de aquella partida, que allí parecía un poblado, se vió descubierta. Esperaba a alguien; sólo lo presentía y no podía entender cómo Ramón lo había averiguado. Fiel a ella misma, contestó:

—Sí, espero a Juan. Se fué de madrugada y aun no ha vuelto.

—No te preocupes. Es de ley..., o, por lo menos, hace unos años la hacía guardar—dijo sonriendo Antonino.

—¿Ves como anoche hubo «algó»?—insistió por lo bajo «el Tava».

Pero como en aquel momento el silencio fué absoluto, se calló.

Todo seguía encalmado cuando por la puerta apareció Leandra. Era una vecindona incapaz de hacer daño, pero con sus palabras llevaba y traía todo cuanto pasaba en la partida. A veces, solo con sus palabras, levantó incendios.

—¡Hola, buenas tardes! ¿Qué? ¿No pasa nada?

—¿Qué quieres que pase, mujer?—dijo Martino.

—Yo, nada—y ya dentro, mirando a los tres que estaban sentados, añadió—: ¡Quién fuera hombre! Esto es vida y no lo de las mujeres, siempre en casa, aperreadas, mientras vosotros, aquí, descansando, tomando el fresco.

—Tú, no te puedes quejar; bien te consiente tu marido.

—Pues, sí, ya lo ves. Hace un mes que salió en la barca y aun no tengo noticias, y aquí está una que se vuelve loca para darles de comer a los chicos. ¡Que si no fuera por Amara!

—Di mejor por Juan; él es quien me tiene mandado que te dé lo que quieras.

—Pues a eso vengo. Necesito otra media libra de chocolate. No quieren otra cosa desde que lo probaron. Tú apuntas y cuando vuelva Lorenzo...

—Sí, mujer, no te preocupes—; se volvió Amara y de una estantería cogió una media libra de chocolate con su envoltura de locos colores y se la dió a Leandra.

La recogió la mujer y ya iba a salir cuando un nuevo grito de Juanjo la hizo pararse. Al ver que Amara miraba hacia adentro, Leandra preguntó:

—¿Qué le pasa?

—No, no es nada, estaban jugando; voy a ver.

Esperaba Leandra la vuelta de Amara cuando en la puerta se paró un gran coche. De él bajó un chófer bien uniformado y pidió:

—Una gaseosa —y dándole cuenta del ambiente añadió—: con vaso, es para la señora.

—Espere usted, ahora le servirán.

De dentro se oía y cada vez más enconado el llanto del niño y también un pataleo de Maribel, como disculpándose suavemente a unas razones que le debía de dar la madre.

El chófer, ante la tardanza, volvió al coche a decirle algo a la señora, y Leandra, un poco inquieta, acercándose a la puerta que comunicaba con el interior de la casa, preguntó a Amara.

—¿Quieres que sirva yo? Píden una gaseosa.

—No, déjalo; ahora mismo salgo.

Otro coche se paró en la puerta. Estaba un poco sucio, pero en buen estado. De él bajó Juan y otro hombre, que, aun entrado en años, estaba de buen ver. En su mirada se descubría algo de un orgullo como edificado por él mismo. No cabía duda que era de la misma procedencia y clase de los que allí estaban, pero también se veía una voluntad de quererse levantar.



Juan entró y tan pronto como vió que tras el mostrador no había nadie gritó:

—¡Amara!

Y ella apareció, queriendo ocultar un nervosismo gozoso. Una sonrisa lejana y una mirada abierta a Juan la serenaron.

—Dime, ¿qué quieres?—le preguntó amable.

Y él, replicándole con fastidio, le dijo:

—Mujer, lo de siempre: sirve y atiende a los clientes.

Hizo un esfuerzo por librarse de la mirada de Juan y compenetrarse en el servicio.

—¿Quién quería una gaseosa?

—Yo —dijo el chófer—, es para la señora.

Cogió la gaseosa y la destapó.

—¿El vaso? ¿Está fresca?

—Sí, está en hielo—y Amara, al tiempo que decía esto, dejó el vaso sobre el mostrador.

Le iba a coger el chófer cuando Juan le ordenó:

—Sal al coche y sírvela tú misma.

Sin dar ninguna importancia a aquello se volvió al grupo del «Tava», Ramón, Martino y Antonino, y les dió las buenas tardes. Leandra se quedó en la puerta contemplando el coche.

—Va descalza la señora. ¡Vaya auto! «Aiga» o como se diga.

Juan, dirigiéndose a su acompañante, le requirió:

—Siéntese aquí, don Francisco.

Y al pasar su mujer, ya con la gaseosa en una bandeja, el vaso con plátos y hasta una servilleta de papel, al mirarla y en tono de reproche le dijo:

—Así, así se debe servir y atender.

Se sentó con don Francisco, y en tono de amabilidad y como disculpa añadió:

—¡Las mujeres! Si uno no estuviera al frente de las cosas, no harían más que hablar.

Pero Martino, desde la puerta, mirando al coche, le dijo al «Tava» en voz alta:

—Pero cosen, lavan, sirven... y hay quien, siendo hombre sólo sirve para eso, para hablar.

Juan, indiferente a aquello, y como si no fuera para él, se sentó con su acompañante, dispuesto a tratar de algo. Cuando lo iba a hacer, el ajetreo del chófer abriendo la puerta y el bajar del coche de la señora, les distrajo un poco, pero se ser-taron.

La señora entró triunfalmente, mientras decía:

—¡Amara, hija! ¿Quién me lo iba a decir?

—Pues... yo misma. Esta es mi casa, ésto la tierra, la taberna o el bar, que de todo tiene un poco.

—Sí, sí, ya me contaron. Te casaste... Quien te ha visto...

—Este es mi marido. Juan se llama. Y ésta señora es una Roca Barrantes, marquesa de ese nombre; la conocimos en Bruselas, cuando papá estuvo de embajador.

Juan, con algo de fastidio, rudamente le dió la mano. La Barrantes, pechugona, entrada en años, aun de muy buen ver y una total «entodavía», le sonrió simpáticamente. Si miró con despejo el K-cal al recibir el apretón de manos de Juan, le dijo clavando sus ojos en Amara.

—¡Buen mozo te has llevado!

La expectación corrió por el poblado. El coche, el chófer uniformado y aquella señora fueron llenando la calle, que era carretera, de gentes que curioseaban. La taberna en un momento pareció la capilla en la misa dominguera de las diez.

El chófer, siguiendo a la señora, le llevaba la gaseosa. Juan tocó en el brazo a su mujer y le enseñó con un gesto la bandeja. Amara la tomó, pero al llegar junto al mostrador le dijo la Roca Barrantes:

—Déjala ahí encima, hija—y sirviéndosela ella misma prosiguió—. Créeme que la necesito. ¡Sobre todo después de verte!

—... Y sobre todo, con una gaseosa en las manos—añadió Amara sonriendo.

La Barrantes la miró entonces de arriba abajo. Amara, sin desafiar, esperó serenamente aquella mirada. La nobleza de su gesto de medalla antigua cobró su vigor. El aire del atardecer y el sol ya vencidos que entraban aventados por la cortina, le daban un gesto de elocuente prestancia.

—¿Vives feliz?—y sin esperar contestación añadió—: Lo sé, no me lo digas.

También los niños se sintieron atraídos por ese algo que flota de las personas importantes y apreciaron en la puerta que comunicaba con la casa.

—Son Maribel y Juanjo, mis hijos.

—Muy hermosos. Sabía que los tenías. Todo lo sabía, Amara, todo...; no sé, menos que te podría encontrar aquí. Me lo imaginaba de otra manera. ¡Y la imaginación nos engaña tantas veces!

Calló y al ver que Juan se había sentado con su acompañante le dijo a Amara bajito:

—¿Te querrá mucho, verdad? Eso siempre es hermoso y lo vale todo. Venid vosotros, dejad que os bese. ¡Oh!, la niña es como tú, igual que tú.

—No, es mucho más bonita que yo. ¡Más bonita! Y el niño...

Amara abrió un poco los brazos, como dejando entender la gracia y travesura que había en Juanjo.

—¿Quién lo diría! Tú aquí... Recuerdas el Rey que un día nos habló de tu distinción, de tu «sprit»...

—La galantería en los Reyes, bien lo sabes. Elvira, es parte de su política, sobre todo con la hija de un duque y de una marquesa, y además si ese duque es embajador en su país.

—Veo que eres feliz; lo siento, lo noto. Nada te importa el recuerdo. Yo, sin embargo, vivo queriendo ser a toda costa lo que fui.

—También es bonito ser fiel a una misma.

—Y ya ves, me lo has recordado. Encantada estoy aquí contigo; pero he de llegar al té de los Vaceles. Tú ya sabes, para lo que quieras, dónde me tienes. Voy a Torreplana—en voz baja le dijo—.

—¿Quieres algo para tus hermanas?

—Aunque quisiera, no las verás. Sé que no van a ningún lado.

—¿Pero siguen bien?

—Sé de ellas muy poco.

—En fin, chiquita; sígo. Algún otro día pasaré por aquí. Buenas tardes a todos.

Al llegar junto a Juan se levantó y le volvió a dar la mano. El acompañante, don Francisco, también se levantó sonriéndole abiertamente. Subió al coche. La despedían desde la puerta cuando ella, asomándose a la portezuela, sacando un billete de los grandes y dándole a Amara, le decía:

—La gaseosa y un regalo para los niños.

Juan, con un gesto irónico, lo rechazó diciendo:

—Gracias, la gaseosa es un regalo de la casa.

El coche salió rápido, pero la gente no se fue, porque al momento llegaba el autobús de línea de las Torreras. Amara se recluyó tras el mostrador y fué despachando cuanto le pidieron. Cuando arrancó el autobús todo volvió a la calma y entonces le dijo Juan:

—Amara, prepara la cena. Don Francisco cenará con nosotros.

Aligeró Amara con los que servía y empezó a entrar y salir de la cocina al mostrador para atender a los menesteres. Martino quedó en la puerta mirando el atardecer.

Juan y don Francisco hablaban.

—Entonces, conforme, trato cerrado.

—Conforme—afirmó Juan.

—Las primeras cincuenta mil, ¿cuándo?

—Las primeras y el importe total cuando quiera.

—¿Mañana?

—Conformes, otra vez.

—Así da gusto tratar.

Fué Antonino el que gritó:

—Falta uno para la partida, ¿Quién va a ser?

—Yo—dijo Juan y acerdándose con su acompañante añadió—. Vamos allá. Si quiere.

—Yo me conformo con mirar

—Con mirar y con beber. Amara, tráete vino, y del bueno. Quiero invitar.

—¿Has hecho algún negocio?—preguntó el «Tava».

—Le acabo de comprar un taxi aquí al señor.

Y «el Tava», entre contento y malicioso, sentenció:

—No estaba haciendo mucha falta.

Apareció Amara con una botella de vino y vasos. Las sonrisas en los rostros eran tan anchas que ella misma sonrió.

—¿Sabes, Amara? Acabo de comprarle el taxi aquí al señor.

(Don Francisco, apenas se vió indicado, se levantó.)

—¿Qué tal, señora? ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias.

—Vaya, Juan, ¡por fin!, se ha decidido a trabajar. No estaba bien que tú estuvieras detrás del mostrador y él aquí siempre de dueño y cliente fijo. Así, él, por esos mundos, y tú, aquí. Cada uno en su trabajo, y el diablo, suelto.

—Está muy bien lo que dices si no te asomara un poco la envidia. ¿Tú qué dices, Amara?

—Si tú lo quieres, Juan, que sea así; yo también lo quiero.

Cuando, durante la cena, Amara se levantaba

para servir, don Francisco, al ver la disposición de aquella mujer, decía:

—¡Vaya señora que tienes! Está en todo.

Pero Juan endurecía su gesto, y cuando entró de nuevo Amara de la cocina, casi brutalmente, le preguntó:

—¿Qué hubo hoy?

—Lo de siempre y los de siempre. Los niños me dieron un poco de quehacer, Juanjo se empeñó en jugar con ese plato, Maribel no quiso. Yo le tuve que reñir. Ya sabes, eso y el lienzo y lo único que queda en casa.

—Hubiese sido una lástima que lo hubiera roto. ¡Es bonitísimo! Su casa, por lo visto, era una gran casa

—Sí, lo era...

—Y aún queda mucho. Sus hermanas se lo quedaron todo. A ella, porque se casó conmigo, si nos descuidamos nos dejan en la calle.

—Era natural que se mejorase a las solteras.

—A las solteras que no dejarán ni hijos. Todo fué un chanchullo de ellas.

—Pero yo te tengo a ti, Juan.

Amara dijo esto como una victoria, y por ella parecía que brindaba al llevarse el vaso a la boca. Aun mal vestida y con su delantal blanco, se le escapaba un gesto de señorío noble y refinado. Hasta en un último punto parecía llevar un sino misterioso entre la degeneración y una infinita exquisitez que se confundían y se mezclaban.

Cuando ella salió por el postre, don Francisco le dijo:

—Es una gran mujer.

Juan le miró asombrado y sorprendido. No podía suponer cómo de su esposa, de Amara, aquel don Francisco podía decir aquello. En principio le pareció que se burlaba. Luego reaccionó diciendo:

—¿Una gran mujer?

—Quiero decir que debes de estar muy bien atendido.

—¡Ah, ya decía yo!

—Se ve que es de pergaminos.

—Pues verá, ella es hija del duque de...

—Luego, cuando estemos solos, me lo contarás. Ahora vamos con este melón que trae Amara.

—¿Tomarán café?

—Sí, claro, pero en la puerta.

Juan partió el melón. Las rebanadas, como trozos de luna, parecían iluminar la mesa. Sin poderlo remediar, en un impulso, fué donde estaba el plato. Lo cogió y se lo puso al tal don Francisco.

—Ya que lo ha elogiado usted tanto, quiero que coma en él.

Pero Amara se sintió dolida, y para disimularlo dijo:

—Les estoy muy agradecida. Esta noche, desde hace mucho tiempo, veo contento a Juan, como aquellas cuando—¿te acuerdas?—en casa todos dormían y yo...

—Calla, Amara; haz el café y sírvenoslo en la puerta. ¿Quiere anís o coñac?

—Es igual.

Se levantaron Juan y don Francisco. Salieron a la puerta. Al mirar el coche se sonrió de gozo, y cuando el grupo del «Tava», Ramón y otros que llegaron; Sebastián, Alejos y Pedro lo miraban, aún gozaba más. Se sentaron contestó a los comentarios y se ufano de poder aislarse con su acompañante de sus antiguos amigos.

—¿Y tú estás a mal con la familia de ella por lo de la herencia?

—¡Por lo de la herencia!... ¡Que nunca me han podido tragar!

—Es una lástima, porque deben de tener buenos dineros, y esta gente no sabe invertirlos como tú o como yo, pongo por caso.

—Buenas son ellas, las hermanas, para dejarse llevar.

—Con inteligencia... Cuéntame lo que me quieras contar.

—Pues verá...

Y Juan empezó a contar: «Cuando yo conocí a Amara, su madre, la marquesa, ya no vivía. El padre, el duque de Locau, por su enfermedad, estaba parálítico; vivía muy retirado, cerca de aquí, en una finca que llaman «La Atalaya». Ya sabe usted que yo fui carabinero; tenía el puesto cerca de la casa, en los saladares, en la linde con el mar. Raro era el día que no la veía a ella. Siempre a caballo, y al llegar a la orilla se ponía el traje de baño, y a nadar. Yo notaba que esta



mujer me desafiaba sin que nadie lo pudiera notar, que tenía demonio. La constancia en el puesto hizo que me fuera tratando con esta gente. Sobre todo con don Ginés, con más orgullo que don Rodrigo; pero yo le fui simpático, posiblemente por humilde..., y poco a poco, con el pitillo, el trago de agua y la conversación, sin querer ni pensarlo, me fui metiendo en la casa. Quizá por estar más cerca de Amara, quizá por huirla más.

Se calló, porque llegaba Amara con una bandeja, dos tazas de café y licores. Cuando los dejó sobre la mesa preguntó don Francisco:

—¿Es que usted no toma?

—Sí, pero dentro de la cocina. Aún tengo que atender todo aquello.

—Sírvame una copita a mí—pidió Alejos.

—¡Bah! Ponles coñac a todos. Invito yo—dijo orgulloso Juan.

—¡Vaya por los dueños rumbosos!

Cuando Amara se retiró, Juan iba a continuar, pero contento se quedó extasiado mirando cómo por el otro lado de la carretera pasaban algunos grupos. La noticia de que había comprado un coche ya se sabía por todo el caserío. En el hondo misterio de la noche aquello le parecía un sueño.

—¿Y cómo fué?—le preguntó impaciente y confidencial don Francisco

—Un día nos asustó a todos. Salió muy de mañana; no apareció en todo el día. Era casi de noche cuando el caballo, desbocado, volvió a la cuadra. Todos salimos en su busca. Yo fui el que la encontré... No sé si ella me buscaba. Fué muy cerca de aquí, en la desembocadura del río. Salía del mar como una sirena. Creo que había llorado mucho. Cuando yo me acerqué parecía una de esas estatuas que se encuentran en el fondo del mar. Como si de pronto tomara vida, puso sus brazos sobre mi cuello. Después vinieron los otros, nos la llevamos, y después...

—Después, ¿qué?...

—La lucha contra la familia, hasta que al fin,

contra todos, nos casamos. Yo sufrí mucho. Ella bien lo sabe, y por eso...

—¡Ahora le quiere tanto!

—Pues no lo sé, don Francisco, no lo sé. Me deja tan libre, que hasta lo dudo. Es una mujer infernal—añadió con énfasis Juan.

Apareció Amara, que, silenciosa, casi sin respirar, se quedó en el quicio de la puerta. Seguían los grupos hablando, y ella miró al cielo, a las estrellas. Cuando Juan le dijo:

—Prepara una cama para mi amigo, que esta noche se queda aquí.

Ella preguntó ansiosa:

—¿Y tú?

—Yo... contigo—dijo él con naturalidad.

Sus ojos rebrillaron desafiando la luz de las estrellas, y entró presurosa, hasta perdiendo su activa calma, para preparar las habitaciones.

—Vosotros, los hombres, queréis sin palabras. Sin medir lo que cuesta el cariño. Nunca nos dejáis oír lo que lleváis dentro.

—Mira, Amara, no me vengas con monsergas. Tú bien sabes de lo que yo he sido capaz de hacer por ti.

—Y yo...

—Quizá fuese sólo un capricho.

—¡Que es capricho! Sólo tú estás en mi vida.

Pide y verás de que soy capaz por ti.

El abrió los ojos y fingiendo que se angustiaba le dijo:

—Pues acabo de comprar ese taxi. Mañana pagaré la señal, cincuenta mil pesetas... ¿De dónde sacaremos las que faltan?

Ella calló, pero como se removiera, dijo:

—Yo no las tengo, todo se vendió...

—Pero tus hermanas,

—Lo tendrás. Las tendré que implorar, quizá fingir, pero lo tendrás... Por ti soy capaz de todo, hasta de luchar con ellas... posiblemente perdiéndote a ti, para siempre... Mira si te quiero y tú lo sabes.

—Así te quiero yo.

—No sabes lo que dices.

—Necesito dinero, Amara.

—Y lo tendrás, si esa es la prueba que me pides, lo tendrás. Si esa es la prueba de que te quiero. Si algo me quieres, sufrirás y para siempre te unirás a mí, y aun queriéndome como sé que me quieres, serás tan desgraciado como yo.

—Tonterías que no entiendo.

—Creo que tiene razón Ramón. Hay un diablo suelto. Yo cuando te vi lo sentí dentro de mí y también mis hermanas, mi familia, todo desde entonces ha sido odio. Aun queriéndome como me quieres y queriéndote como te quiero, no nos entendemos. Ese diablo anda suelto. Dentro de esta paz...

—¡Tonterías! ¡Pareces una niña! Con ese dinero seremos felices, muy felices. No habrá disgustos. El coche y el bar nos darán para vivir muy bien y nos reiremos de todos si tú consigues ese dinero.

—Si tú lo quieres, lo tendré.

—Sí quiero... y vamos a dormir, que mañana ya voy a empezar a trabajar con el coche.

—Y yo iré a ver a mis hermanas.

Callaron. Por entre las rendijas de la ventana se percibía como una luz de polvo de estrellas. Sin poderse dormir, pegada a la espalda de su marido, presintiendo toda la fortaleza del hombre, se atrevía a la lucha contra sus hermanas, Claudia y Eugenia, a las que desde que se casó no había visto. Ni en los primeros días de angustia en los primeros disgustos con Juan, ni cuando nacieron sus hijos. Estaban muertas de odio, para ella, sus hijos y su marido.

Sabía, además, que de su matrimonio vivían aun más pegadas, completamente empeñadas en conservarlo todo como una conquista, cuando todo era una ruina. Se habían aferrado tanto a sus blasones, a sus apellidos, a sus casas, a sus fincas, que habían negado a la verdadera vida. Ellas, celosas de su familia, fueron las que le descubrieron el amor de Juan. Amara sólo pensaba en él como una ilusión irrealizable. No era hermosa y él era tan hombre... Pero un solo hombre en aquella casa les desinquietó y ellas, ofreciéndose a salvarle, por tener limpios sus blasones, vinieron a avivar más aquella pasión.

No la echaron de la casa, como ellas decían. «Porque no querían matar a papá». Pero Amara se sentía morir y un día se lo propuso. Si aquella noche no hubiera visto a Juan, hubiera sido peor.

Por eso está sumisa con él, entregada, pero sentía en su fondo que no sabía entregarse, que aun era muy de ella misma, y como le pidió esta prueba de conseguir de sus hermanas, aunque las temía, lo cumpliría. Bien sabía que el testamento no lo podía mover, más las joyas de la madre no figuraban en él y... Se presentaría... no sabía cómo, pero lo conseguiría, porque así lo pedía Juan. Lo necesitaba. Ella cumplía el mandato más elemental de la mujer. Sus hermanas le odiaban por esto; porque su padre les impuso siempre su autoridad haciéndolas pasear sobre los grandes peligros. Ella se rebeló y se daba cuenta que si no era feliz era porque aun le quedaban aquellos resabios de orgullo que no le hacían todo lo comprensiva y esclava que debía ser, como lo eran aquellas mujeres del pueblo.

Había amanecido. La habitación, tan sólo por las rendijas, estaba claramente iluminada. Sin hacer ruido se incorporó en el lecho. Se vistió sin hacer ningún ruido y salió a la cocina. Preparó los desayunos. Cuando se levantaron los hombres y los niños, se empezó a arreglar ella. Les sirvió a todos y al momento que Juan le dijo:

—Amara, nos vamos...

Ella, viendo a la luz del día, su angustia sólo replicó:

—Te vas... ¿Cuándo volverás?

Y como Juan no la contestase le dijo firme:

—Yo hoy mismo me voy a ver a mis hermanas.

Esto lo dejaré en manos de Leandra. ¿Te parece?

—¿Crees que conseguirás algo?

—A las buenas o a las malas, lo conseguiré. Si no...

—Tú lo conseguirás. ***

Cuando al mediodía llegó a Orceta, a la casa de sus hermanas y llamó, tuvo deseos de huir. El alto muro, coronado de una verja y a la entrada el escudo rodeado de angelotes que más parecían chicleos de la huerta de los alrededores de la ciudad, la impresionaron.

Le abrió una muchacha, casi una niña.

—¿Qué desea?

—Soy Amara, la hermana de las señoritas y vengo a verlas—dijo ella entrando.

Todo estaba igual, el arcón con la espada oxidada, el vellón, el repostero, las majubas, aquel oscuro paisaje, el retrato de la bisabuela Matilde que de niñas las asustaba por su dura expresión, las cortinas descoloridas y pesadas...

Aparecieron Claudia y Eugenia.

—Amara, tú, ¿aquí?

—¡Claudina, María Eugenia!

—¡Por fin! Vuelves con nosotras, ¿verdad? ¡No puedes con ese hombre!

Amara, no sabía qué contestar, pero al fin pudo decir:

—No, no es eso.

—Claro, allí te has dejado a los niños, porque tienes dos niños.

—Sí, Maribel y Juanjo.

Amara al hablar de sus hijos, sin poderlo evitar, las miró con reprocho. Era la primera vez que se cruzaban sus ojos y tenían brillo de desafío.

—Entonces te quedarás a comer con nosotras, tenemos invitados.

—No es importante, yo comeré en la cocina...

—De ninguna manera ¿a ver cómo vas?

—Pues llevo el traje de cuando me casé.

Amara se iba a sentar, pero graciosamente se dió una vuelta.

—Un traje demasiado bueno para tan mala ocasión. Ven, no te sientes y ayúdame en la cocina.

—¿En la cocina?

—Sí, Amara todo ha cambiado. Ahora cuando se tiene invitados hay que meterse en la cocina.

—Pero, ¿no tenéis a Asunción?

—Sí, pero la pobre está muy vieja y...

Cuando Amara llegó a la cocina, se arrojó en los brazos de Asunción.

—¡Asunción, Asunción!

—Chiquilla ¿cómo estás, ¿y los niños?... ¿Y Juan?—preguntó en voz baja.

—Todos bien. Pero ahora, vengo a ayudarte. Ahora sé mucho de cocina...

—Oye, Claudina, ¿quién va a servir la mesa?

—La doncella.

—¡Ah, ¿pero tenéis doncella?

—Sí, vendrá para servir la mesa y luego se marchará. Yo mientras tanto voy a poner la mesa.

—Y los invitados, ¿quiénes son?

—Los marqueses de Bray.

—Aún están por el mundo esas estantiguas que no acaban de arruinarse nunca.

—¡Eres el demonio de siempre!—y rió la vieja Asunción.

Cuando lo de la cocina estuvo acabado, las dos hermanas se llevaron a Amara al cuarto de aseo.

—Tienes que arreglarte bien, ¿sabes? Como si nada hubiera pasado. Toma..., ponte de estos polvos, de esta crema, de este carmín, recógete el pelo..., tú esto siempre lo has sabido hacer mejor que nosotras; ¿no traes ninguna joya?

—Como no sea el anillo de casada...—se le escapó a Amara con cierta ironía.

—Es igual, te irá muy bien el collar de perlas de la mamá. Toma, María Eugenia, las llaves, tráetelo de la vitrina y pon en su lugar el camafeo. Que no se note vacía.

Amara se miró al espejo, pero no se vió. Sus pensamientos se fueron hacia la actitud con que le habían recibido sus hermanas; parecía extraña, pero era así. También un poco como la de ella. No podían negar que eran hermanas. No pasaba nada y todo seguía adelante.

Y así fué. La comida pasó perfecta. El café servido en plata, y con duces. A los invitados hasta no les pareció extraña la presencia de Amara, que fué el plato más fuerte. Pero todo cambió cuando se fueron los invitados. La primera en romper el fuego fué Claudina:

—Amara, ¿te vas a quedar siempre con nosotras? —¡Yo!... ¡Qué disparate! ¿Y mi marido y mis hijos...?

—Que se los quede él. Entonces, ¿a qué has venido? Vete.

—Yo creía que al atreverte a pisar esta casa... La luz que entraba por las ventanas del salón se hacía cada vez más triste. Estaban sentadas y Amara se levantó para decirles:

—No lo comprendéis nunca o no lo queréis comprender. Yo vivo feliz.

—¿Al lado de ese hombre?

—Eso, un hombre. La verdad de la vida para una mujer y no esto, lo vuestro, todo mentira. La doncella no sirve en casa; la cocinera viene por cariño a ella; la criada... Los duques, ¡pobres duques! Una comida de la vida, mientras que a mí dura o miserablemente me hiere, pero todo es verdad. Si lloro, es que me duele; si gozo, es que soy dichosa.

—Entonces no vienes a hacer las paces.

—Siempre con vosotras estuve en paz—y se sentó con ellas para calmar sus nervios.

—Abandona a tu marido.

—Déjalo de una vez.

—Aunque quisiera, no podría. No sabéis lo que es vivir junto a un hombre.

—Que te ha hecho tantas tratadas.

—Todo lo ha vendido.

—Tenemos un bar, la casa, un taxi.

—Tú de tabernera, mientras él por el mundo divirtiéndose con tu dinero. ¡Vaya matrimonio!

—Los hombres... El mismo papá, tan severo con nosotras.

—No hables de papá. Tú fuiste la culpable de su muerte...

Amara no lo podía remediar, se quemaba por dentro, pero afilando su voz, sin súplica, pero verídica de antemano, les dijo:

—Ya sé que no me vais a ayudar, pero yo vengo por dinero.

Se levantaron asombradas las dos hermanas.

—Eso..., para que selo gaste «tu hombre».

—Eres una degenerada. Te has olvidado quiénes somos.

—Como ha acabado con el tuyo quieres empezar con el nuestro.

—Vosotras sabéis muy bien que la herencia —quería esforzar las razones de Juan en sus palabras.

Pero seriamente le atajó Claudina:

—Tú firmaste la participación.

—Lo que te correspondía. La legítima y basta.

—Yo soy la única que continúo la familia.

—Para continuarla como tú has hecho cualquiera de nosotras lo podíamos hacer cuando quisiéramos.

—Claudina, Eugenia, escuchadme. Es la primera vez que os molesto, y será la última. Necesito...

—Dinero para que él se divierta.

—Esta es la primera, vez y no contará, porque nada te daremos.

—Entonces adiós.

Digna se levantó Amara.

—Como quieras.



—A ti no te echamos.
Ella, ingenuamente, creyendo en su verdad, les dijo:

—¿Es que me tenéis celos?

Las otras, seguras, creyendo en su mentira, no le respondieron; pero se rieron de tal forma que Amara vió la risa de un diablo que todo, lo enredaba en su vida a punto de conseguir la felicidad. «Tenía que ser así su risa, dura y encantadora, capaz de helar la sangre», pensó. Y cediendo de momento, para no dejarse engañar, les dijo:

—Bien, dejadme que me quede esta noche, mañana lo pensaré. De momento no tengo combinación para volver a mi casa.

—Tu casa es esta.

Calló Amara.

Claudina, por cambiar la conversación, le dijo:

—Si quieres tomar algo te lo traigo en seguida. Té o leche. Para nosotras no hacemos cena, pero si tú quieres...

—No tengo ganas de nada.

—Pero nos ayudarás a poner en orden la casa.

—Lo que queráis.

Guardaron la vajilla, la plata, y Claudina, al acabar, les dijo:

—Amara, el collar, para dejarlo en su sitio.

Se lo sacó y se lo dió. Vió cómo lo guardaba María Eugenia en la vitrina. Parecía que encerrado brillaba más que nunca. Los dientes del diablo, para reír, debían de ser así... Y ella pensó, para reír, para ser feliz, hay que enseñar los dientes.

Casi al amanecer, en uno de esos camiones que transportan fruta, Amara llegó a Fisante, la capital de la provincia.

Los mismos que la trajeron la llevaron donde ella quería, al garaje de don Francisco; preguntó por él y al momento se le presentaba.

—Buenos días, señora. ¿Cómo está usted? ¿Pasa algo?

—No nada. Venía en busca de Juan, y quisiera que usted me orientara.

—Pues de momento no sé dónde para. Voy a mandar un recado por si puede venir.

—Déjelo, si me da la dirección, yo misma iré.

—No, es mejor que espere. Pase, pase y siéntese.

Pasó Amara a un local que tenía un amplio ventanal al garaje y estaba adornado con cartelones y almanques chillones.

Después de hablar con un muchacho, entró don Francisco diciéndole:

—Sí está; ahora vendrá.

—¿Y dónde está?

—En su casa... Bueno, perdone; en casa de... en la pensión donde ha dormido.

—Si no estuviera allí, ¿dónde le podríamos encontrar?

—No sé; pero vendrá.

Calló Amara, se sentó queriendo parecer impasible. Don Francisco, en cambio, se sintió nervioso. Entró y salió varias veces. En una de ellas, Amara, instintivamente, cogiendo su bolso, le preguntó:

—¿Y cuánto le debe Juan?

—Juan a mí, nada. El coche lo pagó ayer y al contado.

Amara tuvo un estremecimiento. Pero no pudo pensar en nada. Al momento llegaba Juan. Se le notaba que se acababa de levantar; el agua fresca le brillantaba el cabello.

—¿Dónde está «éasa»?—entró preguntando en el garaje.

Don Francisco le señaló. Amara se levantó para recibirlo.

—¿A qué has venido?

—Juan, con mis hermanas no hay nada que hacer; pero yo...

—¿Y para decirme eso has venido? Tú eres tonta.

—Quizá, Juan, quizá.

—Si tanto me quieres, lucha contra ellas; te estafaron con la herencia y el coche hay que pagarlo.

—Si transijo con ellas es para no volver contigo.

—Mira, chica, ¡fuera tonterías! Tú trae el dinero, que para luego ya te vendrás conmigo.

—Pero eso...

—Ni eso, ni lo otro. Ya estoy harto de ti, de tus hermanas, de tus blasones, de tu cuna, de... ¿Quieres saber de una vez la verdad?

Y aunque ella hizo un gesto de no quererla oír, él le escupió:

—¡Me repugnas!

—Entonces nunca me has querido...

—No lo sé. Anda, vete; déjame como soy. Me

harta tu superioridad, tu orgullo...; por salvarte, por escucharte aquella noche estoy unido a ti. Yo, que podría ser feliz con cualquier mujer.

—Yo te he obedecido en todo.

—Sí, ya ves cómo has conseguido lo que te pedi.

—Es que ellas... Pero yo, ¿sabes?...—y fué a abrir su bolso.

—¡Vete ya de una vez!

—Juan, tú no sabes de lo que he sido capaz.

—Ni lo sé, ni me interesa. Prefiero a cualquiera antes que a ti.

Y salió, violento.

A Amara se le vino el mundo encima. Salió del garaje silenciosamente; ni notó el aire de la calle. Se apoyó en la primera esquina. Volver con sus hermanas sería un infierno y esperar a Juan... Pero allí estaban sus hijos.

Convulsa, cansada, se fué a buscar el primer autobús que la dejara en La Cenia, y a media tarde entraba en el bar. Cuando la vió Leandra le dijo:

—Ya de vuelta.

—Sí, de vuelta... ¿los chicos?

—Se fueron al mar.

—Entonces sigue tú aquí, voy a verlos

—Sabe usted, Amara, que con sólo dos días que falta la encuentro... cómo diría, cambiada, más guapa, aun más fina.

—Muy amable, Leandra.

Amara subió a su habitación, dejó el bolso, se cambió los zapatos y firme, sin una lágrima, fué a ver a los niños. Se sentía despegada del mundo como aquellas estrellas que empezaban a brillar. Cuando la vieron corrieron hacia ella, los besó y luego se tumbó en la arena mientras ellos siguieron sus juegos.

Seguiría su vida por encima de todo, y allí esperaría. El bar le daría para vivir. Ella podía aguantarlo todo, hasta que Juan un día volviera derrotado. Allí estaría... De pronto se dió cuenta de que no estaban los chicos, y al verlos correr hacia la casa los siguió.

Pero en la casa pasaba algo raro: se veía gente a su alrededor. Amara tuvo un presentimiento, pero siguió impasible a su paso.

—Amara, acaban de pasar a Juan preso.

—¿A Juan preso! ¿Por qué?

—Nadie lo sabe, pero lo acaban de pasar.

—¿Y dónde lo llevaban?

—Aquí, al cuartelillo.

Amara perdió su calma, y excitada, tremendamente excitada, corrió. Al pasar por la taberna, que estaba llena, sin querer escuchar a nadie, aún pudo oír.

—¡Si esto tenía que pasar!

—¡Si se había envalentonado mucho!...

Pero Amara no quiso saber nada y se fué hacia el cuartelillo.

—¿Puedo ver a mi marido?

—Pase, ahí está

Lo tenían en una habitación. Ella se echó en sus brazos y le besó locamente.

—¿Qué has hecho, Juan?

—¿Yo?... ¡Nada! Tus hermanas...

Y el guardia, pausado y sencillo, les dijo:

—Se le acusa de haber robado un collar, precisamente en su casa de usted.

Se adelantó ella hasta el cabo, y, como retándole, le dijo:

—He sido yo. Juan no ha pisado aquella casa. He sido yo.

—Pero...

—He sido yo—dijo ella cortando.

—Entonces queda detenida hasta que esto se aclare. La denuncia es de sus hermanas y va contra Juan, como inductor...

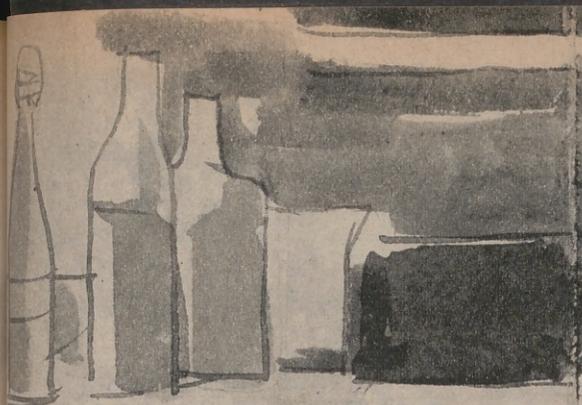
—He sido yo: tenía capricho por ese collar. ¡He sido yo!

Pero Juan, levantándose entonces, dirigiéndose hacia su antiguo compañero, le dijo:

—No le hagas caso y déjala en libertad. Fui yo.

Y entonces Amara se volvió a Juan y lo besó tiernamente, con un beso traspasado de lágrimas.

Fueron aquellos días muy movidos en La Cenia, haciendo conjeturas sobre el «robo» del collar, y aun más, porque después de mediar amistades, autoridades de toda clase y hasta gentes humildes, como Asunción, si Claudina y María Eugenia retiraban la denuncia fué a base de que les devolvieran el collar, pero el collar no aparecía... En el bolso de Amara no estaba. Aunque les pusieron en libertad, la guerra siguió. Todos suplican que Amara se lo había dado a Juan, y que



Juan se lo había regalado a cualquiera de sus amigas.

La verdad es que el collar no aparecía, y en este tiempo Juan sintió vergüenza, pena y rabia de no poder demostrar que era hombre de bien. Sólo entonces se identificó con Amara, porque ella sabía la verdad y ésta era como ese secreto que tienen todas las personas que las hacen débiles y fuertes a la vez. Pero entre los dos ya parecía una cadena para toda la vida.

Ramón sentenciaba:

—El diablo suelto se lo ha llevado...

—Tonterías de diablos. Ya verás como un día, a cualquier «pelandrusca» se lo ven en el cuello, y... ¡San... sacabó!

Pero otro día en que Maribel y Juanjo jugaban en el corralillo, reñían y lloraban tanto, que Juan fué hacia ellos.

—Vamos a ver, ¿qué os pasa?

—Que Juanito quiere esa botella y yo también la quiero.

—Sé buena y dásela al niño—dijo Amara, que llegaba.

—No la quiero yo y... ¡esa!

—¡Esa! Pues toma, para ninguno de los dos.

Y Juan la estrelló contra el suelo.

Se quedaron asombrados. Entre los vidrios rotos estaba el collar.

El primer impulso de Juan fué abalanzarse sobre Maribel, pero le detuvo Amara.

—¿No sabías tú que papá por ese collar...

—No le digas nada, Juan. Vamos, Maribel, ¿por qué tenías guardado el collar?

—Cuando tú viniste, corrimos a buscar caramelos en tu bolso y yo le vi, y como Juanjo lo quería lo tiré a esa botella. Yo no me acordaba. Ahora los dos la queríamos porque como hacía ruido... Hipaba la niña y rompió a llorar.

—Pero ¿tú no sabías que el papá ha estado preso por ese collar?

—No, papá; tú nunca has estado preso. Se habría ido como tantas veces.

Pero Juan ya no quiso oír más razones y sólo dijo:

—Ahora cojo el coche y me voy a devolverlo. Pero tú, Maribel, te vienes conmigo.

—¿La vas a llevar?

—¿Por qué no? Se lo tiene que contar. Si no, tú lo sabes, Amara, nunca nos creerían.

Y como Juanjo lloraba porque también quería ir, el padre, sonriendo tranquilamente, dijo:

—Y a este también me lo llevo, por cómplice.

En unos minutos llegaron a «La Atalaya», llamó a la puerta y Claudina, la primera en acudir, quedó sorprendida, pero luego reaccionó fríamente. Al poco tiempo llegó la otra hermana.

—¿Qué quiere?

—No quiero nada.

—Pues, entonces...

—Ya estoy en la calle, ni siquiera quiero entrar. Pero la niña les quiere decir algo.

—Todo lo que nos pueda contar lo sabemos.

—¿Que lo saben! ¡Ni yo mismo lo sabía. Anda, cuenta, Maribel...

—Cuando llegó mamá fuimos a buscar en su bolso caramelos; siempre nos trae cuando sale...

—Sigue, Maribel, no les tengas miedo. Estas mujeres rabian, pero no muerden.

—... y allí encontré el collar, y como Juanjo lo quería, yo lo tiré a una botella, y al romperla...

Juan sacó de su bolsillo el collar.

—¡El collar!

—El mismo.

Y entonces Juan lo tiró al suelo, contra ellas, a sus pies.



—Para ustedes, y a otra cosa. Uno, sin tanto blason, es mejor que muchas personas que en tanto se estiman.

Ellas le miraban fulminantes, pero él cogió de la mano a los chicos, los metió en el coche y lo embolsó a buena velocidad.

Al llegar al cruce de la carretera vió a Amara que le hacía señas. Apartó el coche y bajaron todos.

—¿Qué pasó?—preguntó Amara.

—Nada; se lo tiré a la cara. Eso fué todo.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿No me engañas?

—Los chicos te lo pueden contar.

Amara hizo un gesto como confiando en su palabra. Se quedó un poco atrás y los alcanzó cuando se sentaban a la orilla del mar. Amara observó que Juan sudaba. La última luz de la tarde brillaba en su frente.

—Papá, ¿quienes eran aquellas mujeres?—preguntó Maribel.

—Pues son... las que sueltan los demonios.

—¿Y por qué en vez de darles el collar no les pegaste?

Y Juan respondió, sintiéndose proyectado en su hija:

—No oigas, no oigas tú a esos demonios.

Cerró los ojos para besar a la niña. Juanjo, al ver que el padre besaba a su hermana, se acercó al grupo. Detrás, Amara sonreía con una sonrisa tan larga que parecía que iba a colgarse de la punta de una estrella, la primera que florecía en la noche.



MARTÍN ALMAGRO, SUCESOR DE OBERMAIER EN LA CATEDRA DE PREHISTORIA

LO QUE SE
SABE Y LO QUE
SE BUSCA A
TRAVÉS DE
SEISCIENTOS
MIL AÑOS DE
VIDA HUMANA

El origen del hombre
y los problemas de
tránsito del salvaje a
la civilización

LA Facultad de Filosofía y Letras de Madrid ha estrenado catedrático numerario por oposición en la materia prehistórica. Se trata del profesor Martín Almagro Basch, que ya era catedrático de la Universidad de Barcelona.

La formación científica del joven catedrático de Madrid comienza cuando, corriendo por los serratos aragoneses de Albarracín, de cuya tierra procede, ayudaba a su padre, naturalista y hombre de fino espíritu, a descubrir nuevas especies botánicas, mientras éste le hablaba de historias de carlistas, en cuyo ejército había servido de mozo con otros miembros de la extensa familia Almagro, asentada por las serranías ibéricas desde hace siglos.

El padre, como principal maestro, y el paisaje serrano influyen en la formación de este español original y seguro en sus ambiciones y caminos, que acabaría siendo el primer prehistoriador de España.

Martín Almagro, que iba para biólogo o para naturalista, pasó pronto a un colegio de escolapios de Albarracín, que vio crecer su aplicación, una aplicación consustancial con el medio en que vivía entre murallas, palacios ruinosos y un campo agreste y lleno de sugestión para su espíritu curioso.

Después del paisaje arisco de Albarracín, la claridad rotunda del Mediterráneo. Allí, en la Universidad de Valencia, cursa su primer año universitario.

—Mi primer maestro de Historia fué don José Deleito Piñuela; él influyó mucho en los fundamentos de mi formación científica.

Luego Martín Almagro pasó a Madrid hasta terminar la carrera y el doctorado de Letras y la licenciatura de Derecho. Esta se-

gunda carrera universitaria la hizo a petición de su madre, que deseaba tuviera una carrera útil, por si acaso...

1932 fué el año de su doctorado. Don Eduardo Ibarra, paisano suyo, dirige la tesis del nuevo doctor: «Las revueltas de las Comunidades de Teruel y Albarracín a lo largo del siglo XVI». Ha influido en el tema el recuerdo de la tierra, la invisible estancia de los tiempos infantiles. Pero ya entonces la prehistoria le abría su ancho campo, su enorme serie de años infoliados, y Martín Almagro estará dedicado a buscar, a encontrar, a desentrañar, las primeras etapas vividas por los hombres.

Fué al llegar a la Universidad de Madrid cuando Martín Almagro ha conocido a los grandes arqueólogos de España: a Gómez Moreno, a Ferrándiz, a Obermaier. Y Obermaier ya quiso distinguir al recién salido licenciado de la Facultad en 1932 nombrándole ayudante de la cátedra y becario del Seminario de Historia Primitiva del Hombre, fundado por aquel ilustre profesor. Entonces comienza la historia particular de un investigador que ya conocía la historia general de todos los siglos, pero que eligió para sus actividades un tiempo que tiene terminación y que casi no tiene principio.

BUSCADOR DE TUMBAS POR LA SERRANÍA

Aquel año de 1932 es el de sus primeras exploraciones de campo. Martín Almagro va a realizar la búsqueda, a través de todo el Pirineo aragonés, de dólmenes complementarios de aquellos que se conocían en el País Vasco y el Pirineo catalán.

—Yo los descubrí y publiqué a partir de 1933.

Al año siguiente el joven ayudante de Obermaier recorre otra vez el Pirineo aragonés. El andaba siempre solo, de sierra en sierra. Cuando era preciso y había lugar, usaba los coches de línea. Almagro llegó un día a Rodellar, en la provincia de Huesca, donde halló la Losa de la Mora. Un túmulo recubierto de tierra por varios lados y en el centro un dolmen cubierto con una enorme losa, que en el país consideran como una gran mesa en la que comieran gigantes extraordinarios. Era un dolmen de los que buscaba. Recluta tres obreros, que, curiosos, preguntan el porqué de aquel trabajo.

—Debajo de esas piedras hay muertos—dice el profesor a los obreros contratados.

Uno de los trabajadores, silenciosamente, al escuchar estas palabras baja al pueblo. Cuando termina la jornada y el director de las excavaciones regresa a su posada, hay en la plaza Mayor cierta animación extraña. Entre algunas gentes curiosas se veía, junto a la pareja de la Guardia Civil, el obrero que dejó el tajo.

«Un hombre que busca muertos por la sierra, solo, sin nadie más que le acompañe, no puede ser nada bueno», recuerda, riendo ahora el profesor. Afortunadamente, no pasó nada. La Guardia Civil le recibió muy cortés, y a los dos minutos estaba todo aclarado. Las investigaciones siguieron satisfactoriamente su curso.

Almagro siguió trabajando en investigaciones de campo, cimentando su vocación. En su tierra, en Andalucía, en los alrededores de Madrid, con H. Obermaier—a cuyas terrazas entonces y ahora piensa dedicar preferente atención—; o en el Norte, con Aranzadi y con el conde de la Vega de Sella, en todas partes labora

En la Losa de la Mora, cuando Martín Almagro exploraba las regiones pirenaicas en busca de monumentos funerarios



y rebusca el lejano pasado de la España vieja y perenne, incorporándose a la tarea de los más activos y esclarecidos investigadores de nuestra arqueología. En 1934 gana por oposición una plaza del Cuerpo de Arqueólogos y Bibliotecarios. De esos años de duro trabajo, no sólo en la biblioteca, sino en la exploración y excavación de los yacimientos arqueológicos más diversos, arranca su experiencia en trabajos de campo, que le hacen, sin duda, nuestro más experto y experimentado excavador. Cada campamento, cada estación, cada cueva tienen una faceta distinta, que es preciso tener en cuenta en cada exploración arqueológica. Por ello, ante todos los yacimientos son la inteligencia y la atención las cualidades comunes que serán siempre necesarias. La aplicación de esas cualidades de observación es diferente de un lugar a otro, de un paralelo geográfico a otro. La manera como aparece una terraza cuaternaria en el Sahara es muy distinta a la de otra en la Europa Central. No es igual excavar en el sureste de España, en niveles de polvo, sin humedad, que en la Riviera italiana o en las turberas bálticas.

ESTUDIANTE EN ALEMANIA Y AUSTRIA, PARA ACABAR EN SOLDADO

En 1936, Obermaier manda al extranjero a excavar y a estudiar a su ayudante. Viena y el profesor Menghin reciben, entusiasmados, al estudiante español. Luego pasó a Alemania. En 1936 es alumno de la Universidad de Marburgo de Lahn y, a la vez, da lecciones sobre prehistoria española.

Allí, Martín Almagro sabe que España está en guerra, que la buena España inició para siempre su liberación. Como falangista de primera línea y como oficial del ejército de combate, en la infantería, renunciando a servir en otros Cuerpos, Martín Almagro lucha en varios frentes de batalla, siendo citado elogiosamente repetidas veces su com-

portamiento militar. Pero junto a los tiros, bajo los cañonazos, entre el estallido de las bombas de mano, la idea que llena su vida estudiantil vive junto a él, aunque como soldado viva junto al fusil.

—Estábamos en las Navas del Marqués, en la provincia de Avila, junto al palacio de Pedro Dávila, marqués de las Navas, y allí hallé dos lápidas romanas y logré ponerlas a salvo en lugar seguro. Hoy están en el Museo Arqueológico de Barcelona, después de haberlas estudiado y publicado. Son dos piezas espléndidas.

El gesto rápido del nuevo cadetrático se ha detenido un momento. Aquella fué su única excavación arqueológica en la guerra.

CATALUÑA Y SU MUSEO ARQUEOLÓGICO. ETAPA DE PRUEBA

Al terminar la guerra, Martín Almagro—lejos de la compañía de Infantería que mandaba en el primer batallón del regimiento de Toledo—vuelve a la arqueología, como batallón de paz. Su destino en el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios le permite realizar una etapa destacada en su vida. Recibe la Dirección del Museo Arqueológico de Barcelona y la dirección de las excavaciones de Ampurias.

—El Museo estaba totalmente destruido. Las instalaciones habían desaparecido, los objetos estaban desperdigados por el extranjero; de las vitrinas, no quedaban ni la armadura. Gracias a un trabajo entusiasta y al esfuerzo de la Diputación Provincial de Barcelona y al de la Dirección General de Bellas Artes, pudimos en el otoño de 1939 volver a abrir algunas salas para la visita al público. Luego, la labor continuó siempre y representa una parte de la actividad de mi vida de trabajador permanente.

Bien conocida es su mucha y laudable obra en aquel destino. Ha laborado en Barcelona durante dieciséis años y deja allí



En una de las terrazas del Manzanares, de Madrid, Martín Almagro examina una pieza encontrada en las excavaciones

una institución llena de vida. Al pasar a Madrid, el Museo Arqueológico Provincial de Barcelona queda con la mejor biblioteca de España en materia prehistórica y arqueológica. Allí queda también instalado el departamento de Prehistoria del Instituto «Rodrigo Caro», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; y allí se encuentra ahora una escuela de investigación, definida en el estilo, que ha creado este hombre que fué su maestro.

—Me acordaré toda mi vida de mi experiencia en Barcelona, donde dejo al partir un grupo de prehistoriadores y arqueólogos jóvenes, que creo soy ya hoy parte muy importante del futuro de la arqueología española. Espero organizar en Madrid un equipo semejante al que allí dejé, que me ayude a cumplir la tarea que me espera. Mi aspiración es seguir, y si puedo mejorar, la labor de los que me precedieron en el desempeño de la cátedra.



Espadas y lanzas de la edad del bronce encontradas en las márgenes del río Sil, en León, son examinadas por el nuevo catedrático de la Universidad de Madrid



Martin Almagro con el famoso abate Brenil, especialista en arte rupestre, estudia uno de aquellos venerables monumentos

MADRID, PUNTO FINAL POR AHORA

Ahora ya, la cátedra de Madrid. Antes, también por oposición, la cátedra de Barcelona. Pero Madrid ha sido la meta. ¿Por qué?

—Quería volver a la cátedra donde comencé mi formación científica. Madrid es uno de los grandes centros internacionales en el mundo de la ciencia, y por ello me honra haberme incorporado a su Universidad. La tarea es tan sugestiva como llena de dificultades, pero mi único deseo radica en llevarla a buen fin, con dignidad, prestigio y delicadeza.

La conversación recae sobre el interés de España en el campo prehistórico, sobre la vitalidad de estos estudios y su futuro.

En los tiempos en que todos los hombres tienden a ser integrados en una sola gran colectividad, sugiere más comprender y aclarar problemas históricos de ti-

po internacional, como los del origen del hombre o el ascenso de la humanidad desde los estados primitivos a los de cultura superior, y tantos otros que se plantea la historia primitiva del hombre. Estas cuestiones preocupan más al hombre culto de nuestros días que no los simples problemas eruditos de la historia nacional, que ha pasado a ser una simple referencia de hechos locales, cuyo interés para nosotros es grande, pero cuyo ámbito es corto, en tanto que los problemas de la historia primitiva del hombre encuentran un campo de interés mucho más amplio. Hoy preocupan más las emigraciones de los bandos que la cuestión de si la Beltraneja fué o no hija de Enrique IV o las mujeres con que se casó Felipe II.

Una seguridad rápida, certera, dirigida, va inmersa en las palabras del catedrático. Sus ojos vivos, escrutadores, como abiertos a todas las civilizaciones, refuer-

zan sus palabras y parece como si con su destello quisiera describir toda una teoría científica, toda una teoría de la vocación. El hombre es solamente feliz cuando ha encontrado su camino. Martin Almagro lo halló hace casi treinta años, cuando era un niño, y da la sensación de un hombre feliz con su destino.

—¿Cuál es el tema más apasionante de la prehistoria?

—El tema principal de la prehistoria sigue siendo el del origen de la especie humana, problema que sugiere lo mismo al historiador—al fin y al cabo es el comienzo de su tarea—que al antropólogo o al teólogo, y que incluso está en la base misma de la apologetica.

—Y en el campo prehistórico, ¿interesa España?

—España tiene un gran interés dentro de dos problemas prehistóricos internacionales debido a su situación entre Europa y África. Los capítulos más importantes, en los que España juega un papel principal, son los que se refieren al origen del arte humano por la presencia de los bellos abrigos rupestres pintados del Levante y por las cuevas famosas del Norte, como la sin igual de Altamira. También el problema que trata del origen de las primeras colectividades urbanas de la Europa occidental nos atañe, pues se organizaron en el sudeste de España, y nuestras tierras fueron como trampolín para la colonización de todo el Occidente atlántico.

Viene así rodada la cuestión



En el Museo Arqueológico de Madrid el profesor Martin Almagro explica las características antropológicas de un esqueleto de hombre primitivo allí expuesto



El catedrático de Prehistoria de la Universidad de Madrid, Martín Almagro, analiza con el conservador del Museo de Murcia, señor Aragoneses, los famosos tos de Cortig en el Museo Arqueológico de Madrid

de si el hombre primitivo atravesó o no el estrecho de Gibraltar.

—Se ha hecho mucha propaganda periodística sobre esto. El interés científico del problema ha quedado reducido a las letras que se han comido los periódicos. Esta empresa deportiva encierra la relativa respuesta a la cuestión de la capacidad marinera de los antiguos pueblos prehistóricos. Por otra parte, no sabemos si el estrecho de Gibraltar ha podido tener pequeños islotes, hoy hundidos, que hayan permitido su cruce. Parece muy difícil que los hombres establecidos en las riberas del Estrecho no hayan tenido nunca la ambición de cruzarlo viendo tierras enfrente.

Nos habla luego el joven arqueólogo de sus trabajos más inmediatos. A sus muchos libros y monografías publicadas se irán añadiendo otras. Dedicará una especial atención al arte rupestre levantino. Ya para su estudio estuvo preparada una expedición, con León Frobenius, en el año 1936. Este gran etnólogo y prehistoriador, una de las figuras más importantes de la ciencia europea de su tiempo, había estado con el Negus de Abisinia durante sus investigaciones en Africa, y Halle Selasie concedió al sabio alemán, como premio, una cierta cantidad de dinero para que se hiciese un gran «corpus» del arte rupestre del Levante español. En 1936, Frobenius iba a emplear ese dinero en una expedición para copiar el arte rupestre levantino, que en parte organizó el ayudan-

te de Obermaier. La guerra de Etiopía, la Cruzada española, la guerra europea y la muerte de Frobenius rompieron la promesa y la esperanza.

—Pero la idea no se perdió. Yo, con la ayuda del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la estoy realizando, aunque muy lentamente.

Las cuevas pintadas de Cogul, de Alpera, de las sierras del Maestrazgo e Ibérica, la laguna de la Janda y de Sierra Morena, serán ahora definitivamente revisadas, estudiadas y catalogadas por Martín Almagro.

A lo largo de nuestra conversación ha surgido la cuestión de la seguridad en las fechas de los hallazgos prehistóricos. Almagro nos ha dicho que hay muchos y variados medios para dar fechas, unas veces seguras, otras aproximadas, a los restos del pasado sin historia escrita. En los últimos años, los estudios cronológicos se han afinado mucho gracias a los auxilios de otras ciencias. Los adelantos más sorprendentes proceden de la capacidad de poder pesar la descomposición radiactiva de los cuerpos orgánicos. Este elemento da la posibilidad de determinar la cantidad que queda en los restos del pasado de lo que llamamos carbono 14, y permite datar los objetos hasta una fecha de veinticinco mil años, más o menos. Estos estudios están todavía en período de experimentación en la Universidad de Harvard, bajo la dirección del profesor Levi y de una Comisión internacional. También han sido

de gran utilidad el análisis por el flúor. Así se logró probar la superchería de la mandíbula atribuida al hombre de Pildown.

Todos éstos y otros adelantos hacen de la prehistoria una ciencia llena de movimiento y de inquietud.

Cuando se descubre un dato, cuando se resuelve un problema, cuando se halla una solución a un tema, la luz lograda en un campo cualquiera irradia en todas direcciones, todo queda cada vez más esclarecido.

Hoy, según Almagro, podemos delimitar la actividad fabril del ser humano en quinientos o seiscientos mil años.

Ante el saber de este investigador simpático y vital, toda una verdadera sinfonía muda de milenios se extiende detrás de los seis mil años cortos de los que tenemos noticia escrita. La vida del hombre, pasado este pequeño haz de generaciones, se difumina hacia lo ignorado, como si se penetrase en un túnel gigantesco y difuso. Sólo los guías que lo conocen, los hombres que saben leer poco a poco ese pasado pueden, con recta razón y justicia, hablar de la perennidad del ser humano como de la perennidad de las épocas. Martín Almagro, catedrático de Prehistoria de la Universidad de Madrid, el hombre que ha sucedido a Obermaier, es uno de los pocos autorizados a intervenir en tan sugestivos temas.

José María DELEYTO

Pág. 49.—EL ESPAÑOL

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

DE LA ATLANTIDA A MAYERLING

Por Alain DECAUX

ALAIN DECAUX

DE
L'ATLANTIDE
A
MAYERLING

13
GRANDES ENIGMES
DE
L'HISTOIRE


Les Éditions de Lyon

EN unos ratos de ocio, el historiador francés Alain Decaux ha elaborado un libro para el gran público. Su tema no puede ser más sugestivo: el de los enigmas de la Historia. Mirando hacia el pasado, Decaux ha escogido trece casos en los que se polemiza sobre si ocurrieron de tal o cual manera y en los que hasta el fin de los tiempos habrá siempre gentes que mantengan criterios distintos, aunque en algunos de ellos la verdad histórica esté casi totalmente comprobada.

Decaux ha escogido trece temas, que van desde el platónico tema de la Atlantida hasta la tragedia, popularizada varias veces por el cinematógrafo, de Mayerling. Además de ellos estudia otros sugestivos, como el fin de Juana de Arco, la nacionalidad de Cristóbal Colón, el misterio de la Mascarada de Hierro, la longevidad del conde de Saint-Germain, el caso de Luis XVIII y la extraña muerte de Alejandro I de Rusia.

DECAUX (Alain).—De L'Atlantide a Mayerling. 13 grandes enigmas de l'Histoire (De la Atlantida a Mayerling. 13 grandes enigmas de la Historia). Les Éditions de Lyon, 1954.

EL MISTERIO DE LA ATLANTIDA

RARAMENTE el número de un periódico tuvo en su público un éxito tan grande como el que publicó el 20 de octubre de 1912 el *New York American*. En él se contenía un artículo titulado «Cómo he encontrado la Atlantida, fuente de toda civilización». El artículo estaba firmado por el doctor Paul Schliemann, y era esta firma la que le daba todo su valor. El citado personaje era nieto del ilustre arqueólogo alemán Enrique Schliemann, el «descubridor» de Troya.

Enrique Schliemann, por la sola fuerza de su razonamiento, había llegado a esta conclusión: «Troya, la ciudad legendaria de la Iliada, Troya ha existido y es aquí donde se encontraba.»

Esta afirmación levantó en el mundo científico una viva emoción. La mayoría de los arqueólogos tachó de fábula las declaraciones de Schliemann. Pero esto no le desanimó. Empezó excavaciones en el lugar de sus investigaciones y también de su intuición. Los hallazgos fueron concluyentes: se encontró las ruinas de la ciudad en donde la bella Elena había sido prisionera. La última guerra de Troya se terminaba con la victoria de Schliemann.

Veintidós años después de la muerte del gran Schliemann, su nieto parecía seguir sus huellas. ¿No se declaraba como descubridor de la Atlantida? El punto de partida de las investigaciones de Schliemann sobre la Atlantida había sido el descubrimiento en 1873, en las ruinas de Troya, de un tesoro fabuloso: el famoso tesoro de Priamo. En medio de los restos de oro, de bronce, plata y arcilla existía un vaso de bronce y varios

otros objetos, que llevaban todos ellos en caracteres fenicios esta inscripción: «Del rey Cronos de la Atlantida». ¡Descubrimiento capital si la autenticidad del vaso se demostraba! Hasta entonces no existía ninguna mención de la Atlantida antes de la época de que Platón había contado la historia. Este vaso, anterior en varios centenares de años al relato platónico, lo hacía real.

Ahora bien, en 1883 Enrique Schliemann descubría en las colecciones del Louvre objetos procedentes de Tihuanaku, en América Central. Presentaban la misma forma—exactamente—y estaban compuestos de la misma materia que los objetos pertenecientes al tesoro de Priamo.

Un examen químico de las dos series de vasos condujo a una certidumbre: estaban constituidos, tanto los de Troya como los de América Central, de la misma arcilla; una arcilla que no se encuentra ni en la antigua fenicia ni en la América Central. En cuanto a los objetos metálicos, el análisis estableció que el metal se componía de platino, aluminio y cobre, «aleación que no se ha encontrado en ninguna parte entre los vestigios antiguos del pasado y que tampoco es conocida actualmente».

Estos indicios reunidos llevaron a su colmo la curiosidad apasionada de Schliemann. Prosiguió sus investigaciones y descubrió sorprendentes analogías entre las civilizaciones egipcia y maya. Ni los mayas ni los egipcios se habían mostrado como grandes navegantes y nunca habían dispuesto de navíos que les permitiesen atravesar el Atlántico.

Schliemann formuló, finalmente, esta conclusión: «La única solución es que, de acuerdo con la leyenda, hubo en tiempos pasados un gran continente que establecía un lazo entre lo que hoy llamamos el nuevo y el antiguo mundo. Fue de esta Atlantida de donde partieron las colonias hacia Egipto y la América Central.»

Sobre estas bases, Paul Schliemann continuó sus investigaciones. Durante seis años recorrió Egipto, América Central y del Sur, los museos arqueológicos del mundo entero. Una suerte singular parecía acompañarle. Durante sus investigaciones, que según las indicaciones de su abuelo emprendió en Egipto, desenterró dos monedas de la misma apariencia y de la misma materia que de las de Troya. En África Occidental descubrió igualmente la cabeza de un niño del mismo metal siempre. Finalmente, trabajó sobre dos manuscritos. El primero, depositado en el Museo Británico, era de procedencia maya. Relataba una egarrosa catástrofe durante la cual un continente—el país de «Mu»—había sido absorbido ocho mil años antes de nuestra Era. El segundo manuscrito dormía en un templo de Lhassa, en el Tíbet. Pues no debe olvidarse que Paul Schliemann había llevado sus investigaciones hasta allí. En el citado manuscrito se leía que un país había sido destruido por el fuego, las llamas y las aguas. ¡Parecido turbador!, el gran sacerdote de este país se llamaba «Mu». El punto final de esta investigación fue el descubrimiento por Paul Schliemann, en San Petersburg, del hallazgo de un papiro egipcio de la época del faraón Sent, de la segunda dinastía (4.571 años antes de Cristo), donde se

describía una inscripción enviada por este faraón hacia el Occidente para encontrar las huellas del país de la Atlántida, de donde habían venido, tres mil trescientos cincuenta años antes, los predecesores de los egipcios. Al llegar a este punto, Schliemann creyó haber resuelto el enigma de la Atlántida.

Pero ni mucho menos. Schliemann no publicó nunca la obra que debía contener las pruebas de sus afirmaciones. Uno de sus colaboradores afirmó que jamás se había ocupado de una manera profunda de la cuestión. El *Informe Schliemann* acabó por no tener otro interés que el de resumir las hipótesis históricogeográficas que demasiado fácilmente se han formulado cuando la Atlántida estaba en discusión.

En el origen de todo está Platón. Fuera de Platón, no hay Atlántida. Todo lo que se sabe o se cree saber de la Atlántida reposa únicamente sobre los dos relatos del gran filósofo griego: el *Timeo* y el *Critias*. Todas las nociones relativas a la Atlántida descienden de estos escritos platónicos. En 1553, el español Gómara declaraba en su *Historia General de las Indias* que la Atlántida no era otra cosa que América. El sueco Olans Rudbez, profesor de la Universidad de Upsala, defendía apasionadamente otra hipótesis no menos desconcertante. Según él, la Atlántida debía situarse en la península escandinava. Ni Gómara ni Rudbez parecían tener en cuenta el hecho de que la Atlántida, según Platón, se había hundido bajo las olas, mientras que América y Escandinavia constituyen unas tierras perfectamente firmes.

El sueco Rudbez publicó hasta cuatro volúmenes para sostener su tesis, volúmenes que formaban solamente la introducción de una obra que debía de aparecer mucho más considerable. Desgraciadamente, el manuscrito desapareció en el incendio de Upsala en 1709 y el autor murió de pena poco después.

La geología, la física del globo y la biología se reúnen para hacer aceptable y aun probable la existencia física de la Atlántida. Una gran isla existió en medio del Océano, en la región en donde se encuentran hoy las Azores, y fue tragada por las aguas en una época reciente. ¿Será necesario, después de haber admitido la realidad de la Atlántida, aceptar también la existencia de los atlantes?

Es necesario, antes que todo, rechazar categóricamente los relatos fabulosos de Platón. Sus seres son legendarios tal como nos los pinta en el *Critias*. Pensemos en el grado de civilización de los hombres que podían vivir en la época considerada como la del desmoronamiento de la Atlántida, es decir, entre el 18.500 y el 6.500 antes de Jesucristo. Indiscutiblemente existían hombres. El de Neanderthal había desaparecido y el *Homo Sapiens* había hecho ya su aparición. Es evidente que los atlantes había que insertarlos en la época que vio aparecer en Europa y en África una raza nueva: la de Cro-Magnon. El origen de ésta permanece misterioso. Los prehistóricos se han visto forzados a reconocerle como originario de fuera de Europa. ¿Sería el atlante el hombre de Cro-Magnon?

Dejemos por un momento correr la imaginación. Imaginemos que una ola gigantesca avanza sobre tierras a las que emerge, que desaparecen mon-

tañas, valles y bosques, y también las grutas en las que viven los atlantes vestidos con pieles de bestias.

¿FUE CAMBIADO EN LA CUNA LUIS FELIPE?

El 16 de abril de 1773, en el palacio del Pretorio de la pequeña ciudad italiana de Modigliana, nació, de padres muy humildes una niña que fue llamada María Stella Petronilla. Bautizada al día siguiente y declarada hija de Lorenzo Chiappini, alguacil público, es decir, carcelero de la prisión, aquella niña debería dar mucho que hablar en el mundo.

María Stella fue una niña encantadora. Era tan hermosa que sus padres, cuando tuvo siete años la consagraron al teatro. Se le hizo estudiar baile, canto y comedia. Algunos años más tarde debutaba en la escena. Pronto iba a conocer un triunfo, pero no en el dominio artístico. Un viejo lord inglés se fijó en ella, se enamoró y la solicitó en matrimonio.

Se llamaba lord Newborough; tenía «los dientes raros y negruzcos» y un aliento fétido, según lo afirma la propia María Stella. Sin embargo, Chiappini no vaciló en dar a su hija. «Dar» no es exactamente la palabra que aquí conviene, ya que en el contrato firmado el carcelero se reservaba una suma de 15.000 francos, una renta mensual de 30 ducados y la propiedad de una soberbia casa de Fiesole.

El matrimonio tuvo lugar y María Stella fue llevada a Inglaterra, donde dió a su marido dos hijos. Poco después el viejo lord, ya muy anciano y fatigado, murió. Tres años más tarde su viuda, ya muy rica, se casó con un gentilhomme ruso, el barón Sternberg. Podría haber continuado sus días tranquilamente si no hubiese en 1820 muerto su padre en Italia. Algunos días después de los funerales, María Stella recibía por correo la siguiente carta:

«Milady:

«He llegado al término de mis días sin haber revelado a nadie un secreto que os afecta directamente a vos y a mí. Este secreto es el siguiente:

«El día en que usted nació, de una persona que no puedo nombrar y que ha pasado ya a la otra vida, me nació a mí también un muchacho. Fui requerido a realizar un cambio, y, teniendo en cuenta la fortuna que entonces poseía, consentí a proposiciones reiteradas y ventajosas. Fue entonces cuando os adopté como a mi hija, de la misma manera que mi hijo fue adoptado por la otra parte.»

En la carta, tras de pedir perdón se afirmaba que no llegaría a manos de María Stella hasta después de la muerte de Chiappini. Ya puede concebirse la sorpresa y el estupor de María Stella. ¡Así, pues, era la hija de un noble personaje o quizá de un príncipe!

María Stella no tuvo valor de permanecer inactiva. Algunos recuerdos le vinieron a la mente y también algunas alusiones de lord Newborough. También recordó el interés que le distinguía la castellana de Modigliana, la condesa Camilla Borghi. Precisamente dos antiguas sirvientas de la condesa, las hermanas Blandini, vivían todavía en Faenza. ¿Por qué no hacerlas hablar? Quizá ellas conocían la verdad.

Las dos viejas sirvientas acogieron con los brazos abiertos a María Stella. Se acordaban muy



Ya todo ha pasado... con

CALMANTE VITAMINADO

LA TABLETA QUE DA BIENESTAR
Y TONIFICA LOS NERVIOS

C.S. 12898

Paq. 51.- EL ESPAÑOL

bien de la primavera de 1773 y de los acontecimientos extraordinarios que entonces se habían desarrollado. La condesa Camila le dijeron, así como el conde y su hijo, tenían la costumbre de pasar una parte del año en el castillo de Modigliana.

El señor extranjero se mostraba extraordinariamente familiar con las personas de la más baja condición, y sobre todo con el carcelero Chiappini, que vivía en la prisión, colindante con el palacio. Por un azar, las dos esposas iban a ser madres casi al mismo tiempo.

«Sin embargo, el conde experimentaba grandes inquietudes: su mujer no le había dado aún ningún hijo varón y temía enormemente no tenerlo ya. Este temor le dió un pensamiento a la vez bárbaro y saludable. Primero empezó a insinuarlo y después acabó por decirse claramente a nuestro conserje, según el cual en el caso de que tuviese una hija la cambiaría por un muchacho, si éste nacía en el matrimonio Chiappini. Chiappini no vaciló ni un instante. Nosotras lo sabemos—continuaron las hermanas Biandini—porque lo hemos oído con nuestros propios oídos. Nos es igualmente conocido que la condesa dió al mundo una muchacha y la otra mujer un muchacho. A pesar del silencio que se prometió hubo indiscreciones, y el rumor público acusó muy pronto a los autores del abominable tráfico. El conde Luis, temiendo la indignación general, se marchó a esconderse al convento de San Bernardo.»

María Stella no vaciló y partió para Francia. En Champagne no encontró, desgraciadamente, ninguna huella de los condes de Joinville. Se dirigió a París bastante decepcionada y publicó determinados anuncios en los periódicos. Esta publicación le valió la visita del abate de Saint-Phar. ¿Se esperaba esta visita? ¿O la visita del eclesiástico fué, por el contrario, una verdadera sorpresa?

¿Cómo obtener otros detalles? Se dirigió al Palais Royal, en donde pidió visitar la galería de retratos. Grande fué su sorpresa cuando creyó observar una semejanza extraordinaria de algunos cuadros con ella, incluso con sus hijos. Su estupor aumentó cuando uno de sus hijos, Eduardo, exclamó delante de un cuadro:

—¡Oh, mamá, cómo esta figura se asemeja al viejo Chiappini y a su hijo!

Aquel retrato era el de Luis Felipe.

Desde entonces todas las investigaciones de María Stella iban a dirigirse en el sentido de lo que ella llama en sus Memorias una luminosa indicación.

Los habitantes de Rávena vieron instalarse en su ciudad, a mediados de 1823, a una mujer de cincuenta años que parecía haber emprendido febrilmente importantes asuntos. Esta mujer era María Stella. Persuadida de que era la hija del duque de Orleans y que Luis Felipe la había sustituido, se dedicó a reunir pruebas jurídicas, que debería utilizar en un proceso. ¡Y lo más extraordinario es que lo logró!

El proceso de rectificación del estado civil, que estuvo a punto de cambiar el orden de sucesión al trono de Francia, es uno de los más extraños de la Historia. Durante meses, María Stella buscó testimonios. Hizo intervenir no solamente a representantes de la familia Chiappini, sino también al conde Carlos Biandini, que había sido durante algún tiempo el administrador de los bienes del conde y de la condesa de Joinville. Una multitud de testigos parecía confirmar la realidad de la sustitución. Ellos eran: Juan María Valla, el barbero José Querzani, José Tendini, Lodovichetti, hombre de ley; Domingo del Valle, secretario del Ayuntamiento; el caballero don Gaspar Perelli, canónigo de Rávena; Marcos Maresta, jefe de los guardias sedentarios de las Aduanas, y el joven conde Nicolás Borghi Biancoli.

Ante tal abundancia de testimonios se inició la rectificación del estado civil. Como María Stella se limitaba a pedir esta rectificación de su partida de nacimiento, pertenecía a la autoridad eclesiástica decidir.

El 29 de mayo el Tribunal declaraba que se corregía el acta de nacimiento de María Stella y se designaba a los condes de Joinville como prentos padres de María Stella.

Sin embargo, María Stella no logró conseguir su otro objetivo. Y aunque empleó todas sus fuerzas, son muchos los historiadores que posteriormente han probado perentoriamente la imposibilidad de una estancia en Italia de la duquesa de Chartres en la época considerada. Se puede ase-

gurar que la duquesa se encontraba el 11 de abril asistiendo a la ceremonia del Jueves Santo en Versalles y que también estuvo presente el 23 de abril en el matrimoniomorganático del duque de Orleans con Mme. de Montesson. Aun calculando de la manera más optimista, se necesitaría más de una semana para dirigirse de París a Modigliana.

Sin embargo, sería injusto hacer de María Stella una aventurera. Su error fué el de dejarse ofuscar por la condición de que descendía de los príncipes de Orleans. Esta idea la apartó de las investigaciones lógicas y fructuosas que le habrían llevado a descubrir a su verdadero padre.

Fué en Francia donde María Stella terminó sus días. La Revolución de 1830, que puso en el trono a su enemigo Luis Felipe, provocó en ella una violenta emoción. Sin embargo se vino a habitar a París y tenía las paredes de su casa llenas con los retratos, grabados, miniaturas y caricaturas que representaban a todos los miembros de la familia de Orleans. Escribía todos los días mensajes incoherentes en donde la injuria a Luis Felipe se mezclaba con la grosería. Murió el 28 de diciembre de 1843. Antes de entregar su alma, a pesar de su extrema debilidad, quiso leer el discurso que el Rey acababa de pronunciar con motivo de la apertura de las Cámaras, murmurando en un respiro:

—Pasadme el periódico, que lea el discurso de ese bandido.

EL SECRETO DE MAYERLING

El miércoles 30 de enero de 1839 un hombre que parecía encontrarse en un violento estado de agitación se presentaba en la entrada monumental de la Hofburg de Viena. El oficial de guardia reconocía a un familiar de Palacio, el conde Hoyos, y le dejó pasar.

El conde penetró en el enorme edificio y atravesó los corredores. Hacía frío y estaba oscuro. A cada paso recibía sobre sus hombros una corriente de aire frío. El palacio imperial de Viena era el más incómodo de Europa. El conde no se detiene en nada y marcha a grandes pasos. Penetra en donde se encuentra habitualmente el gran chambelán del archiduque Rodolfo, el conde de Bombelles, y el de la Emperatriz, el barón Nopsa, y con brevedad dice ante éstos y algunos más reunidos:

—El archiduque Rodolfo ha muerto.

Los dignatarios se reúnen para comunicar la noticia al Emperador. El barón Nopsa sugiere informar primero a la Emperatriz, y se presta a emprender esta penosa tarea. La Emperatriz permanece impasible. Sólo sus manos se crispan sobre los brazos de su sillón. Repentinamente, una ola de lágrimas le inunda el rostro y solloza.

Luego le toca el turno al emperador, y es la propia Emperatriz quien anuncia la muerte de Rodolfo a Francisco José. El Emperador le mira atontado. Su mostacho tiembla. Su cabeza se queda firme. No parece oír nada ni comprender nada. Al fin, murmura con voz ronca:

—Pero ¿qué dice la Emperatriz? No la comprendo. ¿Qué dice?

El silencio sólo le responde. Entonces se desploma. Su cabeza cae entre sus manos y sus hombros se levantan, cyndosele pronunciar:

—¿Por qué me has hecho esto, Rodolfo?

Los hechos concretos que rodearon inicialmente el drama de Mayerling, y sobre los que no hay discusión, según la versión «oficial», fueron los siguientes:

En medio de la noche, el criado Loschek se despertó sobresaltado por un violento disparo que parecía provenir de la habitación del archiduque. Precipitándose, golpeó la puerta. No hubo respuesta. Trató de entrar, pero el cerrojo estaba echado. De un empujón hundió la ligera puerta y se encontró con una ligera visión de pesadilla al distinguir a Rodolfo tendido en el lecho, desangrándose por el vientre. La cama estaba impregnada de sangre y los propios muros manchados. En un rincón de la habitación, con el rostro convulso, Mary Vetsera yacía estrangulada. Caído en tierra había un fusil y una navaja. Se podía reconstruir el drama. Mary, sin armas, se había apoderado de la navaja y mutilado a su amante durante el sueño. Al despertarse en medio de este horror, Rodolfo tuvo la fuerza de desasirse de Mary y estrangularla. Después cogió el fusil y se tiró un tiro en la boca.

Sin embargo, esta versión y otras semejantes están muy lejos de la verdad. Mayerling ha te-



PROFIDEN
CREMA DENTAL CIENTIFICA
CREMA DENTAL

El dentífrico de
fórmula odontológica
que ha ganado
la confianza del público

C.S. 14.271

LABORATORIOS PROFIDEN, S. A. • INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS • MADRID

siempre el aspecto de un falso enigma. Faltos de rumores, algunas veces interesados, han rodeado la realidad, muy simple, con un velo, que se ha ido espesando con los años.

El doble suicidio no ofrece ninguna duda. Los gustos mórbidos de Rodolfo, el atractivo, que varias veces mostró por el suicidio, y por el suicidio de dos principalmente; la carta de Mary a su madre, que prueba un proyecto madurado varios días antes; el cuerpo de la muchacha cubierto de flores por el amante que la mató antes de hacerse justicia, constituyen una serie de hechos que no permiten ninguna de las tesis novelescas extendidas por el público. La propia Emperatriz Eugenia confirmó el suicidio en sus apasionadas conversaciones con el diplomático francés Paleólogo. Según la Emperatriz, le dijo que Rodolfo al encontrarse con su amante en Mayerling y comunicarle el compromiso de honor que acababa de hacer con su padre, bajo la amenaza de ser desheredado, Mary le respondió friamente:

—También yo tengo que comunicarte algo. Me encuentro encinta.

Entonces tomaron la decisión de morir juntos, eventualidad de la que habían hablado frecuentemente sin repugnancia. En el paroxismo de su exaltación, Rodolfo cogió su revólver y mató a Mary de una bala en la sien. Después la colocó en su lecho y adornó con rosas la habitación. El archiduque cubrió también a la muerta con flores. Después escribió una larga carta, que comenzaba así:

«Madre mía, no tengo el derecho de vivir: he matado.» Fué por esta carta por lo que el Emperador y la Emperatriz pudieron conocer las peripecias del drama.

Rodolfo no se mató de una bala en la boca hasta las seis de la mañana; hasta después de que Loschek, de acuerdo con lo convenido, vino a llamarle a la puerta.

El segundo testimonio importante que se posee, más reciente aún, es el del barón Chlumecky; en él se confirma también el doble suicidio, de acuerdo con el relato que le hizo el doctor Widerhofer, médico del Emperador, que acudió al lugar del suceso.

«La impresión que hizo el relato de la verdadera

causa de la muerte sobre el Emperador fué espantosa—escribe el consejero secreto de Francisco José—. Se sintió aplastado y fuera de sí. Una emoción indescriptible se apoderó de él. No podía contenerse. ¡Suicidio! ¡Su hijo! ¡Un desesperado!

»—Daría dos provincias del Imperio si pudiese hacer desaparecer el suicidio—decía.»

Francisco José, después de los primeros instantes, en que pareció plegarse bajo el peso de un dolor sin límites, pareció recuperarse. A toda costa, como católico convencido, quiso evitar que el suicidio fuese anunciado al público. Se adoptó una versión muy inverosímil: la de la embolia. El resultado fué que toda Austria epilogó sobre las causas de lo que se llamaba altivamente un falseamiento de los hechos. ¿Qué se quería esconder en este cuento absurdo? El Emperador tuvo que resignarse a hacer públicas las conclusiones de los expertos médicos: «Está fuera de duda que el príncipe heredero se mató él mismo de una bala en la cabeza y que la muerte fué inmediata. Los desórdenes comprobados en las circunvalaciones del cerebro son síntomas que indican claramente un espíritu anormal y que permiten suponer que el suicidio sobrevino en un acceso de locura.»

Acceso de locura. Francisco José tuvo que resignarse a esta explicación humillante. No se pudo esconder a Isabel la explicación médica del suicidio de su hijo, y ella gritó, sollozando:

—¡Soy yo quien ha hecho correr en las venas de mi hijo la sangre de los Wittelsbach! ¡Soy yo la verdadera culpable de su muerte!

¿Y Mary? Su cuerpo fué transportado, desnudo y ensangrentado, en la tarde del 30 de enero a una mesa de madera blanca de una habitación destartalada. Se cerró cuidadosamente la puerta y se esperaron las órdenes del Emperador, Francisco José, que, sintiendo el paroxismo del dolor, aceptó que se hiciera público el suicidio del príncipe heredero, se negó a ir más lejos. Reconocer la presencia de Mary al lado del archiduque era reconocer que le había acompañado en la muerte y esto agravar el suicidio con dos crímenes: un adulterio y un asesinato. Con toda su voluntad, con toda su fuerza, el anciano dolorido exigió que se hiciera desaparecer el cuerpo de la muchacha y que no se hablase más de ella. Y fué obedecido.

TRAJES *para* CABALLERO

LINEA 1955

Las mejores calidades, los tejidos de más alta novedad, unidos a una confección esmeradísima.



EN FRANELA:

695 y 850 ptas.

CHEVIOTS:

875 y 1.150 »

ESTAMBRE:

895 y 1.150 »

Siempre en los últimos colores y dibujos.

PLANTA TERCERA

ENVIOS A PROVINCIAS

El Corte Inglés

DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO

MADRID, GRAN CIUDAD

**Cuatro mil nuevas
calles para dos mi-
llones de habitantes**

**A FABRICA POR HORA
Y A CINE POR SEMANA**

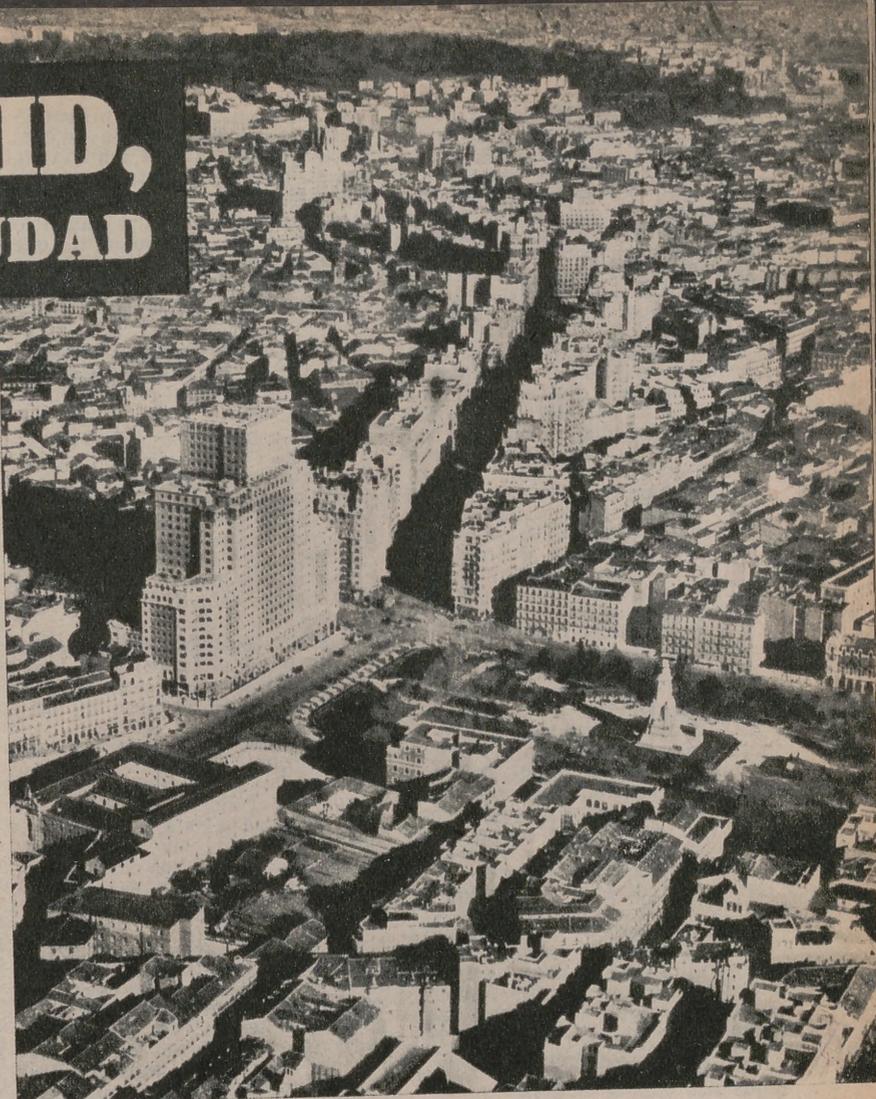
**Ocho grandes poblados
junto a la capital**

MADRID cambia y nace cada día. He aquí una afirmación rotunda y precisa. Esta nuestra ciudad en la que vivimos, esta nuestra ciudad que nosotros mismos vamos construyendo cada hora, se nos presenta en 1955 si no como una obra acabada y perfecta, porque nada es nunca perfecto ni acabado, si como una magnífica realidad, mitad gloria, mitad perfume, mitad fábrica, mitad edificio.

De censo a censo —1940 a 1950—, Madrid ha crecido casi un millón de habitantes. Un millón de hombres y de mujeres nuevos que han nacido o que han llegado, y que han tomado esa estupenda carta de naturaleza que se llama vecindad y residencia.

Y junto a esta comunidad recién integrada, junto a este millón de hombres nuevos —de hombres, de mujeres y de niños— que se ha afinado en hermandad y armonía al lado de los que ya existían de antaño, ha surgido, en cooperación hermosa, una nueva y luminosa ciudad, un nuevo y luminoso Madrid, orgullo y prestigio de una nación. Madrid, capital y ciudad moderna: dos conjunciones perfectas conseguidas merced a la voluntad, al trabajo y al esfuerzo de todos —de absolutamente todos los individuos madrileños, de los individuos que viven en Madrid—, que han hecho posible, con su labrar diario, el alza de estas calles, de estas construcciones, de este optimismo con base segura irradiado por los cuatro puntos cardinales de la capital de España.

Esta es la gran verdad madrileña. Frente a los que se quejan de una imperfección, de un tropiezo, de un contratiempo, está la auténtica realidad de un Madrid transformado, que es nuestro, que está aquí junto a nosotros, para nuestro disfrute y nuestro recreo. Madrid 1955 es una preciosa ciudad. Cualquiera puede decirlo honradamente, sin falsía. Y, casi mejor que nosotros, que lo vemos todos los días, esos



hombres que de dentro y de fuera de España llegan a esta también su capital. Hay, pues, unanimidad y acierto en el criterio y en el comentario.

He aquí la legitimidad de una estupenda victoria.

SEIS GRANDES AUTO- PISTAS CON FLORES JUNTO AL ASFALTO

A Madrid se llega y se entra por todas partes. Las seis grandes rutas que atraviesan España se transforman hoy, al tomar contacto con la urbe madrileña, por milagro de una estética ideal, en bellas y grandiosas autopistas que penetran en el corazón de la ciudad hasta enlazar con las avenidas largas e interminables de la capital.

Cuatro autopistas señalan hoy en Madrid los cuatro puntos cardinales. Las dos carreteras que desde Francia llegan hasta Madrid se agigantan y cambian de nombre: la avenida del Generalísimo y la avenida de América. Autopistas espaciosas, que ven desfilar constantemente, día y noche, esa caravana interminable de los más modernos autocares o del coche último modelo, que desde todos los puntos de Europa vienen por Irún o por Hendaya hasta Madrid.

Valencia ha visto también modificada su ruta hacia Madrid. El cambio ha sido para bien. Una carretera amplia que se desvía antes de llegar a Vallecas, para hacer como una entrada triunfal por el moderno paseo de Ma-

ría Cristina. El puente de Praga, recién construido, es uno de los puntos más estratégicos que rodean a Madrid. La carretera de Portugal, por este puente, entra en la capital con veñido de fiesta. Durante la noche, el puente y su anterior camino se iluminan. Sus lucecitas amarillas se pierden entre un sinfín de focos móviles que corren en todas direcciones.

La Ciudad Universitaria es la primera avanzada de Madrid que recibe en diversas ramificaciones a la carretera de La Coruña. Andalucía entrará en Madrid por el nuevo puente de la Princesa.

Extremadura dará vista al edificio España, contemplando antes la canalización del Manzanares y los verdes espacios al frente, de los casi colgantes jardines en la orilla del río, y después de dejar a la izquierda el gran bosque de la Casa de Campo, con la permanente instalación de una Feria de Agricultores y Ganaderos.

Entrando por tierra, Madrid recibe dignamente a sus viajeros. Seis grandes autopistas sirven de camino grande. Entrando por el aire, el aeropuerto de Barajas, que ha triplicado sus pistas de aterrizaje y de despegue, y que ha, casi diez veces, centuplicado los viajeros que van y vienen de todas y a todas las partes de la tierra, muestra la estilización de su porte.

Quizá el mejor resumen para todo esto es el de un viejo matrimonio hindú que llegó, estuvo en Madrid durante un mes y que al marcharse por el mismo aeropuerto de la llegada dijeron por todo comentario:

—En vez de ir a casa parece que nos vamos de casa.

CUATRO MIL NUEVAS CALLES PARA LA CIUDAD

En Madrid es fácil echarse no-



Autopista de acceso de La Coruña a través de la Ciudad Universitaria

via. Influyen dos cosas principalmente. Porque la tercera, que es la de que el visitante sea soltero, esa la hemos descontado por establecida.

Primera cosa, primer factor o primer motivo: la mujer. Lo que es justo y debe resaltarse es lo reconocido por el presidente de la Asociación de Modistas de Inglaterra.

—Madrid es la capital de Europa donde la mujer viste con más gusto, con más elegancia y con más lujo.

Si el soltero —español o extranjero— recién llegado a la ciudad se pasea en un día cualquiera de la semana por la Gran Vía, podrá comprobar el aserto. La Gran Vía madrileña es, desde las siete de la tarde hasta las nueve de la noche, el mejor y más lucido centro de paseo femenino.

Y si en domingo llega, la calle de Serrano y el paseo de la Castellana, de diez de la mañana a dos de la tarde, tomarán la primacía.

Madrid en primavera es un gran jardín. Los centenares de rosales plantados en el paseo del Prado, los tulipanes abiertos en la Puerta de Alcalá, los magnolios en flor, las clavellinas de la plaza de Colón, o los magníficos macizos del Retiro o del parque del Oeste, purifican y perfuman el ambiente.

En dieciséis años Madrid ha aumentado enormemente el número de sus calles. El Ayuntamiento de Madrid tenía a su cargo 1.600 calles en 1939. Hoy cuenta, como resultado de las anexiones de los vecinos pueblos a la capital, con más de seis mil.

Seis mil calles, limpias, decentes, inundadas de jardines, de mujeres jóvenes y bonitas, de hombres alegres y optimistas, es un magnífico resultado que puede con orgullo presentarse. La calle de Madrid ha cambiado tanto que si el abuelo resucitara creería que se había equivocado de ciudad.

En estas condiciones, como no podía menos de suceder, y a pesar de la falta de pisos —pretexto que por otra parte ponen con «excesiva» frecuencia ciertos recalitrantes y sempiternos ncivos—, han aumentado los matrimonios. Y como resultado, los chicos pequeños.

Todos juntos —familias, calles, flores y jardines— hacen de Madrid una ciudad exacta. El segundo factor para el matrimonio era, éste: el de las calles. Hay seis mil calles de Madrid, todas distintas, algunas clásicas, algunas modernas, para poder pasear cogidos del brazo sin repetir ninguna.

BARRIOS PARA MATRIMONIOS JOVENES

La técnica moderna de la construcción en la vivienda, como es lógico, ha prendido y se ha desarrollado con rapidez y exactitud en los grandes núcleos construidos en Madrid.

Los altos rascacielos —ahí están el de la Avenida de América y los gemelos del comienzo de las Ventas, mirando a la plaza de toros— estilizan su línea junto a los grandes bloques que forman barrios enteros en los que ha desaparecido por completo el antiguo patio de vecindad.

El barrio de la Concepción, la colonia del Pilar, los grupos levantados por algunas otras empresas particulares, presentan la moderna edificación de bloques aislados en medio de un ambiente de parque que ha reducido en lo posible la red del tráfico rodado. Estos grandes barrios, que generalmente suelen estar habitados por matrimonios jóvenes y casi específicamente por matrimonios recién casados, ven llenar sus espacios interiores de niños y niñas, que crecen, en número y en edad, como una lógica consecuencia de la ley de vida de sus mayores.

Madrid, de esta forma, ha corregido su clásico tipo antiguo de edificación —últimos del XIX y principios del XX— enquistado en el casco central de la ciudad con estas edificaciones surgidas en las afueras como una conquista fructífera del terreno.

El nuevo millón de habitantes —un poco apretados, porque la batalla última no está ganada todavía— va encontrando su acomodo por las nuevas barriadas.

Los ocho poblados satélites que se están alzando junto a Madrid, capaces cada uno para albergar cien mil habitantes, llevan, en su total unidad, la marca de la nueva técnica moderna de la construcción. No solamente en altura —el edificio España es el más alto de Europa—, sino en estética, comodidad, racionalidad y gusto, la edificación moderna de Madrid tiene registrado también el triunfo de un esfuerzo conjuntamente conseguido. Arquitectos, constructores, aparejadores, maestros de obras y albañiles son los que legítimamente pueden decir con orgullo:

—La fisonomía nueva de Madrid es obra mía.

Y habrán dicho una gran verdad segura.

A FABRICA POR DIA Y A CINE POR SEMANA

Madrid también se está haciendo, a su modo, una ciudad industrial. El progreso diario de la capital de España hay que referirlo necesariamente al campo de la industria y de la producción. Industrias nuevas de las más variadas fabricaciones, de la gama más distinta, se extienden a lo ancho de un mismo barrio o a lo largo de las calles madrileñas.

Muchas de estas industrias de nueva creación se han instalado en edificios recientes, con todas las exigencias de la técnica moderna. En un solo año han surgido en Madrid varios centenares de inmuebles industriales. Su lista sería interminable. La mayoría de ellos se asientan en el cinturón inmediato a la capital, como la moderna fábrica de barnices, lacas y resinas de la Compañía Peninsular, instalada a unos once kilómetros de Madrid por la carretera de Andalucía. En Getafe se inaugura una nueva fábrica de maquinaria agrícola. Cinco plantas tiene el edificio de la Sociedad Española de Penicilina, que comprende la fábrica y el laboratorio, en la calle de Méndez Alvaro.

Legazpi es una de las zonas más industriales de Madrid. En ella no hace mucho que se ampliaron los edificios destinados a Manufacturas Metálicas. Frente al puente de Toledo, con fachadas a los paseos de Yererías y

las acacias, se alza la reciente fábrica de Coca-Cola. Madrid da para todo. El ritmo de su avance convierte a la ciudad en uno de los numerosos centros de la industria española, dando a la capital la alegría sana de un trabajo y una labor constante y eficaz.

Hotel Fénix, Castellana Hilton y el Plaza son nombres de tres hoteles, de primera categoría, inaugurados en Madrid en 1953. A éstos, y en el mismo año, habría que añadir los nombres de otros como Savoy, Menfis, Emperatriz, Príncipe Pío y otros, que suman a la calidad inmejorable de su cocina o de su servicio la suntuosidad de sus edificios, que dan al ambiente la elegancia de una estética perfecta dentro de los cánones del más exigente urbanismo.

Doce cinematógrafos, construidos en los quince últimos meses, hacen casi el promedio de once cines en un año. Madrid es, desde luego, y reconocido por cualquier viajero que haya salido fuera de nuestras fronteras, la ciudad de Europa que mejores locales de proyección cinematográfica posee. Ni en París, ni en Londres, ni en Berlín, ni en Roma, existe una agrupación de cinematógrafos tan importante, tan suntuosa y tan magnífica como los Avenida, Capitol, Palacio de la Música, Palacio de la Prensa, Rialto, Coliséum, etc., de la madrileña Gran Vía. Y no digamos en los barrios. El cine Universal o el cine Peñalver son, por ejemplo, sin discusión alguna, mucho mejores locales que los cines de estreno más rigurosos de cualquier capital europea. De esta suerte, Madrid industrial y trabajadora tiene para su entretenimiento lo mejor de Europa. Desde impresionantes estadios de fútbol hasta inmejorables cines de barriada. He aquí un terreno que no admite comparación alguna.

OCHO GRANDES POBLADOS JUNTO A LA CAPITAL

Madrid, porque crece, no cabe en Madrid. Los núcleos satélites se sitúan apoyándose en la avenida que, como la prolongación de la Ciudad Lineal, rodea el casco principal, buscando los emplazamientos más sugestivos y soleados en la nerviosa topografía madrileña. Ocho pueblos satélites se comienzan a construir en el cinturón de Madrid, con una capacidad de unos trescientos veinte mil habitantes. La capital tiende sus tentáculos a los alrededores, Peñagrande, Maroñas, Canillas, San Blas, Vicálvaro, Palomeras, Villaverde y Carabanchel, nombres viejos y nuevos son poblados que cerrarán este cinturón abierto de las cercanías de Madrid. Madrid se descongestiona, se divide, creando pueblos y ciudades con vida propia. Si hoy están a escasos kilómetros los nuevos núcleos, mañana, tal vez, las capitales o los pueblos cercanos se verán desbordados por la fuerza de la vida industrial y trabajadora de la población madrileña. Guacañara, Alcalá de Henares o Villalba serán los que, en el futuro, podrán llamarse con propio derecho barrios populares de la capital de España.

Hace tres años se encomenda-



Acceso del aeropuerto de Barajas y calle de María de Molina

ba al Patrimonio Forestal del Estado la repoblación forestal de la Casa de Campo de Madrid. La Casa de Campo quedaba declarada monte público. Hoy eminentes botánicos se afanan en cubrir un ambicioso programa que hará en breve de la Casa de Campo el primer jardín botánico del mundo, el parque zoológico y el parque más grande de España. A la entrada de este parque se construye un foso en el que, bajo una plantación de madroños, vivirán los osos, componiendo, en estampa viva, el escudo de la Villa.

En esta expansión, la Casa de Campo quedará como el segundo gran pulmón verde de Madrid. Porque el Retiro, por lo menos en la tradición, es el primero.

Dos maneras, pues, de que la ciudad se descongestione. Estirándose y respirando. Al fin y al cabo, es una manera de hacer gimnasia.

DE NOCHE, QUE ES DE DÍA

Y para terminar, la noche. La noche madrileña tiene dos sentidos, dos direcciones. Una, la de sus habitantes; otra la de sus iluminaciones.

Las costumbres nocturnas de Madrid han variado. Pocos son los tra-nochadores. El trabajo, en la generalidad de la población, comienza bien temprano. Sólo hay un día, en la semana, como más señalado para ir a pasear por la noche, cuando el tiempo es bueno, después de salir del cine: el sábado. No obstante, cuando el verano llega, los noc-

turnos del sábado también disminuyen: al día siguiente, domingo, espera la excursión o la salida al campo. Madrid se acuesta antes y se levanta antes también: este es un buen signo positivo.

Exactamente de seis meses a esta parte Madrid ha estrenado más puntos de luz, más nuevos puntos de luz, que en ninguna otra época de su historia. Los modernos tubos fluorescentes, iluminando desde lo alto, han convertido a la noche de Madrid en una imagen casi perfecta del día correspondiente. Los antiguos faroles de los barrios bajos, de Lavapiés, de la calle de la Pass, de Embajadores, se han visto entronizados con tubos luminosos. La blanca luz de las iluminaciones novísimas da un maravilloso aspecto a los viejos rincones cargados de historia y a las nuevas esquinas henchidas de porvenir.

Madrid, de día y de noche, se ha pulido. Se ha convertido en una auténtica obra de arte. Cada calle, cada plazuela, cada barrio levantado, en la noche o en el día, puede figurar con justo mérito en el mejor escenario de una película en technicolor. Pero mejor que en una película, en la vida misma. Madrid, de verdad, auténticamente de verdad, ha sido transformado por dos millones de voluntades en una obra de arte. Abiertas están sus calles para la contemplación precisa.

Ernesto SALCEDO

En la Conferencia de Teherán



DOCUMENTOS SECRETOS DE CINCO CONFERENCIAS

QUEBEC

CASABLANCA

EL CAIRO

TEHERAN

POTSDAM

EN el prólogo que el departamento de Estado de los Estados Unidos puso al frente de la publicación oficial («Official Records») de los documentos secretos sobre la Conferencia de Yalta, se decía que era costumbre vieja del Gobierno americano divulgar, tras un plazo prudencial de tiempo, un informe documental completo sobre la diplomacia del país. Más adelante, en el citado prólogo, se anuncia la publicación, en un próximo futuro, de varios volúmenes sobre las Conferencias de Potsdam, El Cairo, Teherán y Quebec.

Una parte importante—sin duda la más importante—de los documentos existentes sobre las citadas Conferencias la tiene el lector ante sus ojos. Se trata, por supuesto, de papeles redactados, a veces de puño y letra, por los protagonistas, grandes y pequeños, de esta diplomacia secreta de tiempo de guerra... y de posguerra. Todos ellos «estaban allí», en una palabra.

Naturalmente, la recopilación de todos estos papeles exigirá varios gruesos volúmenes. Nosotros hemos de limitarnos a hacer un extracto de ellos; pero hemos procurado no pasar por alto ninguna cuestión verdaderamente esencial.

Las fuentes útiles para elaborar este «dossier» son sustancialmente las mismas que han permitido componer el volumen de la Conferencia de Yalta: papeles personales del Presidente Roosevelt existentes en el departamento de Estado o en su biblioteca de Hyde Park; papeles personales de Harry Hopkins, que fué la eminencia gris de Roosevelt durante la guerra; diarios y notas de varias de las personalidades que acompañaron al difunto Presidente a varias conferencias internacionales; minutas existentes en varios departamentos de Washington y Londres; oficinas de la Embajada soviética en la capital federal americana; otras notas que aparecen sin membrete, en medio de informes y memorándums, etc., y, finalmente, varias fuentes ya públicas, contenidas en libros y declaraciones, utilizadas igualmente para redactar la documentación de Yalta.

La clasificación de todos estos papeles es la usual: «Top Secret», «secreto», «confidencial» y «restringido» (o sea: Alto secreto, secreto, confidencial y restringido).

Parte de los documentos que llevan la mención «Top Secret», escrita con lápiz azul, no se dará a conocer al público por ahora.

Por razones de espacio tenemos que prescindir de la gran cantidad de documentos preparatorios de las citadas conferencias internacionales de interés periodístico, pero no diplomático. Dedicamos atención preferente a estos últimos.

CONFERENCIA DE QUEBEC

(Verano de 1943.)

1. Documento hallado entre los papeles de Harry Hopkins, consejero privado del Presidente Roosevelt. No se cita la fuente, pero se dice que responde al extracto de un memorándum procedente de «a high-level army estimate of the strategic situation» (cálculo de la situación estratégica hecho por altas esferas del Ejército).

«La posición posbélica de Rusia en Europa será predominante. Con Alemania aplastada no hay potencia en Europa que pueda oponerse a sus tremendas fuerzas militares. Es verdad que Inglaterra se está creando una posición en el Mediterráneo frente a Rusia que podrá utilizar para equilibrar el poder en Europa. No obstante, tampoco podrá oponerse en ésta a Rusia, a menos que sea apoyada de otra manera.

Las conclusiones (a deducir) son evidentes. Dado que Rusia es el factor decisivo en la guerra, debe prestársele todo apoyo y hacerse toda clase de esfuerzos para conseguir su amistad. De igual manera, dado que dominará en Europa al ser derrotado el Eje, es todavía más esencial fomentar y mantener las más amistosas relaciones con Rusia.

Finalmente, el factor más importante que tienen que considerar los Estados Unidos, en relación con Rusia, es la prosecución de la guerra en el Pacífico. Con Rusia como aliada contra el Japón, la guerra puede ser termi-



En la Conferencia de Quebec

nada en menos tiempo y con menos coste en vidas y recursos que si ocurriese lo contrario. Si la guerra en el Pacífico tuviese que llevarse adelante con una actitud inamistosa o negativa por parte de Rusia, las dificultades aumentarían incommensurablemente y las operaciones podrían abortar.»

(Nota puesta al pie de este documento por Robert E. Sherwood, biógrafo de Harry Hopkins, y redactada por el capitán W. D. Puleston retirado, autor de un libro titulado «Bundes of World War II» («Errores de la segunda guerra mundial»): «Este documento fué de gran importancia, porque conformó la política que indujo a los delegados americanos a adoptar decisiones en Teherán y Yalta.

El general Marshall estaba presente en esta conferencia, en la que fué considerado como futuro comandante de la Overlord (desembarco en Normandía). Tenía relaciones íntimas con Harry Hopkins; debió de leer el documento, y si éste no representaba el punto de vista del departamento de Guerra, debió desaprobarlo. Seguramente no dijo nada, porque más tarde Stettinius corroboró la aserción de Sherwood, en el sentido de que el documento establecido la política que guió a los representantes americanos en Teherán y Yalta.»

SOBRE ALEMANIA

2. Nota de Henry Morgenthau, secretario del Tesoro de los Estados Unidos, redactada para el Presidente Roosevelt con vistas a la reunión que éste y Churchill habían de celebrar al día siguiente: «Debemos exponer claramente, una vez más, nuestros puntos de vista sobre el trato que ha de dispensarse a Alemania una vez terminada la guerra. Conviene que precisemos lo que ha de hacerse con la gran industria alemana. Nosotros estimamos que una reducción de esa industria a un 10 por 100 de su nivel de 1930 permitirá al pueblo alemán subsistir y al mismo tiempo impedir que vuelva a significar un peligro militar en el futuro.

Conviene atraerse a Mr. Churchill a este plan, una copia del cual ha sido enviada a Harriman, en Moscú. De lo contrario, va a ser muy difícil llegar a un acuerdo con los rusos sobre las reparaciones de guerra cuando se plantee el caso.»

CONFERENCIA DE CASABLANCA

3. Top Secret. — Extracto de una carta dirigida el 23 de septiembre al general Eisenhower. Hay un membrete que dice: «Casa Blanca, Washington: Está en estudio la idea de que los jefes norteamericanos de Estado Mayor se reúnan con sus colegas británicos en Africa del Norte. El momento de la reunión se decidirá en un próximo futuro y depende de la situación española y tunecina. Se hará el viaje por el aire. Se desea que la reunión se celebre en tierra. ¿Existen facilidades para celebrar esa conferencia en Fedalla u otro lugar apartado de Marruecos?»

4. Nota de los papeles de Harry Hopkins: 11 enero 1943.

«Esta mañana, aun oscurecido, el Presidente fué llevado al avión, que despegó del puerto macho antes de que el sol saliera. Muy poca gente sabía que el Presidente estaba camino de Africa... Roosevelt se comportaba como un mozalbeté de dieciséis años, ya que aquél era el primer viaje aéreo que hacía desde que llegara a la Presidencia.»

DESCONFIANZA

6. Extracto de una conversación entre Roosevelt y su hijo Elliot el mismo día de la llegada de aquél a Casablanca:

«Tengo la sospecha de que nuestro amigo De Gaulle—dijo Roosevelt—no ha venido todavía a Africa, porque nuestro amigo Winston no ha decidido aún pedirle que viniera... De Gaulle está tratando de formar para Francia un Gobierno de un solo hombre. No me es posible imaginar a un hombre de quien más pueda desconfiar. Todo ese su movimiento francés libre está atestado de espías policíacos, tiene agentes que espían incluso a sus propios partidarios. Para él la libertad de palabra es tanto como libertad para no dejarse criticar. Y si así es, ¿por qué se ha de confiar por completo de las fuerzas que apoyan a De Gaulle?»

IMPERIALISMO

7. «Tengo que decirle a Churchill lo que he descubierto hoy en su Gambia británica. Esta mañana, a eso de las ocho y media, pasamos en automóvil por Bathurst, camino del aeródromo. Los indígenas estaban justamente empezando el trabajo, vestidos de harapos, con aspecto sombrío. Nos dijeron que hacía el mediodía parecían más dichosos, una vez que el sol hubiese eliminado el rocío y el frío. Me dijeron que el salario que para aquellos infelices regía era el de 1.9; un chelín con nueve peniques. ¡Menos de 50 centavos! Aparte les dan un tazón de arroz... Suciedad, enfermedades; un índice de enfermedades muy alto. Lo pregunté. El término medio de la duración de la vida no podías imaginarte cuál es: veintiséis años. Esa gente recibe peor trato que sus animales. ¡Su ganado vive más que ellos!»

DE GAULLE, ENCANONADO

8. Notas de Harry Hopkins sobre la primera entrevista entre De Gaulle y Roosevelt:

«El general llegó muy frío y austero, en compañía de su ayudante, y por primera vez se entrevistó con el Presidente Roosevelt.

En el curso de la conferencia observé que todo el personal del Servicio Secreto se hallaba escondido tras los cortinajes, en la galería que dominaba la sala, y en todas las puertas que conducían al cuarto. Incluso vi relucir una pistola ametralladora en las manos de uno de aquellos individuos. Salí de la sala de la conferencia dispuesto a hablar con la gente del Servicio Secreto y saber qué pasaba, y descubrí que estaban todos armados hasta los dientes. El grupo tenía no menos de una docena de metralletas. Pregunté qué sucedía, y me contestaron que no querían correr el peligro de



En la Conferencia de Casablanca

que le ocurriera algo al Presidente... El pobre general De Gaulle, probablemente sin saber palabra de ello, estuvo constatemente encañonado durante toda su conversación con el Presidente.»

ENTREVISTA

10. Despacho enviado por Roosevelt a Cordell Hull: «El general Giraud llega aquí mañana. El señor Churchill y yo hemos convenido que el general De Gaulle venga el lunes. Estoy seguro de que los ingleses acabarán dejándose persuadir por nuestro punto de vista. Juzgo que habrá que meter un hombre civil en el mecanismo administrativo. Al parecer, Giraud carece de capacidad administrativa, y los oficiales del Ejército francés, por otra parte, no reconocen la autoridad de De Gaulle.»

ALMUERZO CON EL SULTÁN DE MARRUECOS

11. Nota escrita a mano por Churchill, dirigida a Roosevelt: «Comida (¡sin vino ay!) en la Casa Blanca, con el Sultán. Después de comer, esfuerzos para responderse de los efectos de dicha comida abstemia.»

12. Relato sobre esta famosa comida con el Sultán de Marruecos. Aluden a ella varias notas redactadas por personas que asistieron a ella:

«Aquella noche no hubo "cocktails" antes de la cena, ni vino durante ella, ni ningún plato de cerdo. Llegó el Sultán con su joven hijo, el príncipe heredero, con su gran visir y su jefe de Protocolo, todos ellos vestidos espléndidamente con túnicas y chilabas de brillante seda blanca, y portadores de regalos: dos brazuletes de oro y una alta diadema para la señora Roosevelt.»

«La cena dió comienzo con el Sultán a la derecha de Roosevelt

Churchill a su izquierda. El Sultán manifestó su gran deseo de obtener la mayor ayuda posible en proporcionar a su país niveles sanitarios y educativos modernos. Roosevelt le manifestó que para conseguirlo, el Sultán no debería permitir que las Empresas extranjeras obtuviesen concesiones que esquilmasen los recursos del país.»

«Churchill, en seguida, intento desviar el curso de la conversación. El Sultán volviendo a tomar el hilo de lo dicho, hizo la pregunta de que podría implicar el consejo de Roosevelt, en cuanto concernía al Gobierno francés del porvenir. Roosevelt, jugando con el tenedor, dijo, animadamente, que la situación de la posguerra y la de anteguerra se diferenciarían notablemente, sin duda, sobre todo, en cuanto se refiriese a la cuestión colonial.»

Tocó Churchill, y meció de nuevo baza, derivando la conversación por otros cauces.

Pero el Sultán con exquisita cortesía, preguntó qué quería decir Roosevelt con aquello de que se diferenciarían notablemente. El Presidente, dejando caer una observación acerca de las antiguas relaciones entre financieros ingleses y franceses, entendidos para la perpetuación de sus empresas con el propósito de extraer las riquezas de las colonias, sacó a colación el tema de la posibilidad de existencia de yacimientos petrolíferos en el Marruecos francés...

Churchill se movía inquieto en su silla... Fué una cena muy agradable, de la que todos los comensales, salvo uno, Churchill, quedaron sumamente complacidos. Al levantarse de la mesa, el Sultán dijo a Roosevelt que en cuanto terminase la guerra se dirigiría a los Estados Unidos pidiéndoles ayuda para el desenvolvimiento de su tierra. Su rostro brilló al decir:

—Un nuevo porvenir para mi patria.»

CHURCHILL SE ABURRE

13. Otro testimonio de la cena del Sultán escribió en su diario: «El Sultán se presentó a las ocho menos veinte. Expresó el deseo de hablar a solas con el Presidente, antes de que Churchill llegara a las ocho. En la comida me senté junto al general Nogués, el gobernador, que es el pájaro al que De Gaulle desea ver arrojado de aquí. Ha sido residente-gobernador durante muchos años, y es evidente que el cargo le gusta. Yo no confiaría en él ni lo más mínimo. Me pareció que se siente bastante desasosegado, pensando que podemos echarle a la calle de un momento a otro. Churchill estuvo hosco durante la comida, dando señales de verdadero tedio.»

RENDICION INCONDICIONAL DE ALEMANIA

15. Nota aclaratoria de Churchill a la frase «rendición incondicional» empleada por el Presidente Roosevelt durante la conferencia de Prensa:

«Yo oí las palabras "rendición incondicional", por primera vez, en labios del Presidente, en la conferencia. Yo, por mi parte, no hubiese usado aquellas palabras,

pero inmediatamente me puse al lado de ellas cuando el Presidente las proclamó. Es falso sugerir que aquello prolongó la guerra. Las negociaciones con Hitler eran imposibles.»

Aclaración de Roosevelt a la misma frase:

«Habíamos tenido muchas dificultades en la tarea de llegar a poner de acuerdo a Giraud y De Gaulle, y de repente llegó la conferencia de Prensa, y ni Winston ni yo tuvimos tiempo para prepararnos. Entró en mi mente la idea de lo que había sido llamado la "rendición incondicional" propuesta por el buen Grant, y antes de que supiese lo que me había, ya había pronunciado aquellas palabras.»

CONFERENCIA DE EL CAIRO

17. Informe del generalísimo Chan Kai Chek sobre la situación en China, presentado al Presidente Roosevelt durante la Conferencia de El Cairo (extracto):

«Los comunistas chinos no están realizando el menor esfuerzo en la lucha contra las tropas japonesas.»

Deseamos obtener el apoyo total de los Estados Unidos para impedir que los ingleses, una vez terminada la guerra, pretendan recuperar su situación en Cantón, Hong-Kong y Shanghai.

A cambio de este apoyo, el Gobierno chino se compromete a ampliar su base, llamando a colaborar a los comunistas, siempre y cuando los Estados Unidos le garantizasen que Rusia se comprometiese en firme a respetar la frontera de Manchuria.»

PROMESA A CHAN KAI CHEK

18. Nota sobre una conversación mantenida por Roosevelt sobre este mismo tema y recogida por su hijo Elliot:

«Me ha causado una gratísima impresión el saber que el generalísimo accede a invitar a los comunistas a que formen parte del Gobierno antes de las elecciones. Actualmente, por lo que a él respecta, la única prueba sería de nuestra buena fe que espera es que, una vez el Japón esté de rodillas, le aseguremos que no entrarán barcos de guerra ingleses en puertos chinos. Solamente barcos norteamericanos. Y le he hecho mi promesa formal de que así sucederá... La política norteamericana después de la guerra debe seguir la trayectoria de llegar a conseguir que los ingleses, los franceses y los holandeses se den cuenta de que la forma con que hemos procedido nosotros en las Filipinas es la única con que ellos deben regir sus colonias.»

DECLARACION SOBRE CHINA

19. Minuta incluida en el «dossier» preparatorio de la próxima Conferencia de Teherán:

«En la Conferencia de El Cairo, el Presidente de los Estados Unidos y el jefe del Gobierno de Su Majestad británica, acordaron anunciar públicamente que, una vez derrotado el Japón, Manchuria, Formosa y la isla de los Pescadores volverán a China, y que

Corea recuperará su libertad.»

Hay una nota que dice: «Una copia de esta declaración debe ser transmitida a Stalin, juntamente con los otros documentos que se lleva Harriman a Moscú.»

CONFERENCIA DE TEHERAN

20.—Extracto de una conversación que duró cuarenta y cinco minutos, entre Stalin y Roosevelt, poco antes de iniciarse la Conferencia de Teherán. Este extracto figura en los papeles de Charles Bohlen (actual embajador de los Estados Unidos en Moscú):

«STALIN.—A mi juicio, el viejo Pétain representa mejor el sentimiento actual del pueblo francés que el propio De Gaulle. La clase dirigente francesa está totalmente corrompida. Francia no se ha batido; no ha hecho nada por resistir a los alemanes, y en consecuencia, no creo que esa nación tenga derecho alguno a exigir la menor compensación territorial una vez que termine la guerra.»

Quiero sentar claramente que Polonia debe ampliar sus fronteras hasta el Oder, a costa de Alemania.»

ALEMANIA

21. Memorándum que contiene las opiniones de Stalin respecto al trato que debe de recibir Alemania. Este memorándum figura en los archivos del departamento de Estado de los Estados Unidos:

«Respecto a Alemania, el mariscal Stalin parecía considerar inadecuadas todas las medidas propuestas por el Presidente y el señor Churchill para la fiscalización y subyugación de Alemania. En varias ocasiones trató de inducir al Presidente y al primer ministro a que fuesen más adelante en la expresión de sus miras respecto a la inflexibilidad de las medidas que debían aplicarse a Alemania. No parecía tener fe alguna en la posibilidad de que Alemania se reformase, y habló con acritud de la actitud de los trabajadores alemanes durante la guerra contra la Unión Soviética. Y como prueba de la fundamental sumisión de los alemanes a la legalidad, citó cierta ocasión de 1907, en la que hallándose él en Leipzig 200 obreros alemanes dejaron de asistir a una importante reunión de masas porque en el arden de la estación no encontraron funcionario alguno que les piese los billetes, sin cuya formalidad no se creyeron autorizados a salir de la estación. Stalin parece pensar que esa mentalidad disciplinaria y de obediencia es inmodificable.»

LA PIEL DE ZAPA

22. Declaración de Stalin recordada por Charles Bohlen:

«Puesto que Inglaterra se ha batido valerosamente en esta guerra no pudo discutir su derecho —pese a la Carta del Atlántico— a pretender ciertas expansiones territoriales, particularmente en la zona próxima a Gibraltar, que

en la actualidad es propiedad de la España de Franco.»

BRINDIS DE STALIN

23. Relato que hace Elliot Roosevelt de una cena celebrada en Teherán, y en el curso de la cual Stalin hizo un brindis, que después había de repetirse en la Conferencia de Yalta:

«Hacia el final de la cena púsose en pie el tío José para proponer su enésimo brindis, acerca del tema de los criminales nazis de guerra. No puedo recordar exactamente sus palabras, pero creo que fue algo como:

—Propongo un saludo a la justicia más expedita posible para todos los criminales nazis de Alemania... justicia ante un pelotón de fusilamiento. Bebo por nuestra unidad en despacharlos tan pronto como los capturemos a todos, y que pueda ser, por lo menos, a 50.000 de ellos.»

Con la prontitud de un relámpago, Churchill se puso en pie. Tenía el rostro y el cuello rojos. Y exclamó:

—Esa actitud es contraria al sentido británico de la justicia. El pueblo inglés no tolerará nunca semejante asesinato en masa. Aprovecho esta oportunidad para decir que me siento grandemente partidario de que a nadie, nazi o no nazi, se le juzgue sumariamente, delante del pelotón de fusilamiento, sin un proceso legal, aunque los hechos conocidos resulten una prueba evidente en su contra!

Yo observaba a Stalin, que parecía divertirse enormemente, si bien permanecía con rostro serio; sólo le brillaron los ojos cuando escuchó el reto del primer ministro, y fué azuzándole con nuevas punzadas a sus argumentos, al parecer, indiferente del todo al hecho de que Churchill estuviese francamente enojado. Se volvió por último a mi padre, para preguntarle su opinión. Y mi padre, que había estado ocultando una sonrisa, sintió que la atmósfera empezaba a cargarse demasiado de animosidad, y creyó que lo mejor sería decir algo ingenioso. De modo que, dijo:

—Como de costumbre, parece ser que mi función consiste en mediar en esta disputa. Está claro que debe haber alguna especie de transacción entre vuestra posición, señor Stalin, y la de mi buen amigo el primer ministro. Acaso sea bueno decir que, en vez de ejecutar sumariamente a 50.000 criminales de guerra, deberíamos fijar un número menor. ¿No podríamos decir 49.500?

Tanto los norteamericanos como los rusos, soltaron la carcajada. Los británicos, tomando ejemplo de la furia creciente del primer ministro, permanecieron sentados con las caras estiradas. Stalin, que dominaba la situación, prosiguió con la cifra propuesta por mi padre, y preguntó alrededor de la mesa si se aceptaba la nueva cifra. Los británicos se mostraron cautelosos y dijeron que la cuestión requería un detenido estudio.»

CONFERENCIA DE POTSDAM

(Comenzó el 17 de julio de 1945)

24. Papeles de Cordell Hull.
«En el momento de salir para

la Conferencia de Potsdam el secretario de Estado, Byrnes (julio de 1945), telefoneó a mi casa para leerme un extracto de una declaración que, según dijo, le había dado el Presidente Truman. Esta declaración, que iba a hacerse en la Conferencia de Potsdam por los Estados Unidos, Inglaterra y Rusia, decía que la institución imperial japonesa sería conservada, si el Japón hacía la paz. Byrnes me pidió mi opinión. Dijo que altos jefes de los departamentos de Estado Ejército y Marina, la habían aprobado.

Contesté diciendo que dentro de unos minutos se marchaba y que no tenía tiempo para escribirle algo a este respecto, pero que la declaración me parecía como un apaciguamiento del Japón.»

25. Cable de Cordell Hull a Byrnes (16 de julio), a través del subsecretario Grew: «Declaración sobre el Emperador del Japón debe ser retirada. Esperemos a que Rusia entre en guerra con el Japón.»

26. Telegrama de Byrnes a Cordell Hull: «Babelsber, Berlín». «Siguiendo sus sugerencias, aplazamos declaración.»

27. Papeles de Byrnes, secretario de Estado:

PRIMER ENCUENTRO

«Stalin, impresionó favorablemente a Truman, como en Yalta me había impresionado a mí. Al hablar de nuestra visita a Berlín, pregunté al generalísimo (Stalin) cómo juzgaba que había muerto Hitler. Con gran sorpresa mía contestó que no le creía muerto, sino refugiado en España o en la Argentina. Diez días más tarde, quise averiguar si había cambiado de criterio y repuso que no.»

BOTIN DE GUERRA

28. «El primer día de la Conferencia, Stalin planteó la cuestión de los mandatos territoriales, diciendo que a la Unión Soviética «le agradaría recibir algún territorio de los Estados vencidos». Sus delegados presentaron, pues, la solicitud de que se concediese a Rusia la administración de una

colonia italiana. La Carta del Atlántico, era letra muerta. Para Stalin, obtener un mandato, equivalía a «recibir un territorio».

Churchill acogió con desagrado el intento de discutir tal asunto. El Presidente, señaló que aquello correspondía a la Conferencia de la Paz, y a las Naciones Unidas, pero que podía discutirse sin trabas. Entonce, Churchill, habló con vehemencia:

«Inglaterra — dijo — no espera de esta guerra ninguna ganancia. Hemos sufrido pérdidas terribles. Es verdad que no tantas, en vidas humanas, como nuestros aliados soviéticos, pero hemos salido de la guerra enormemente cargados de deudas. No tenemos posibilidad alguna de recuperar la paridad naval con los Estados Unidos. Durante la guerra sólo hemos construido un acorazado y hemos perdido diez o doce. Pero a pesar de nuestros grandes quebrantos, no presentamos reclamaciones territoriales. Ni Koenigsberg, ni los Estados Bálticos, ni nada. Por lo tanto, afrontamos la cuestión de las colonias, con entera rectitud. Tenemos, claro es, grandes intereses en el Mediterráneo y cualquier variación considerable en el actual estado de cosas, necesitará largas y minuciosas reflexiones.»

Después, preguntó a Stalin qué deseaba la Unión Soviética.

«Deseamos saber si esta reunión va a decidir si Italia debe perder sus colonias—respondió Stalin—. En tal caso podemos decidir a qué Estados va a concedérseles la administración.»

«No se me había ocurrido la posibilidad de que la Unión Soviética desease una vasta extensión de la costa africana—dijo Churchill—. Si es así, ello habrá de estudiarse en relación con muchos otros problemas.»

BEVIN, SE INDIGNA

29. «A poco de llegar Attlee y Bevin (Churchill había sido derrotado en las elecciones, mientras se celebraba la Conferencia de Potsdam), visitaron a Truman y los cuatro discutimos las tareas de la Conferencia. El Presidente mencionó la petición rusa de la Prusia oriental e indicó en un



Churchill y Roosevelt departen amigablemente en Quebec

mapa los cambios que habían de producirse en las fronteras alemanas, polacas y rusas. Bevin, inmediatamente, se manifestó contrario a tales modificaciones.»

PRUSIA ORIENTAL

30. Papeles existentes en los archivos del Foreign Office («Protocol of the proceedings of the Berlin Conference, 2n august 1945»):

«El mariscal Stalin propuso que mientras no se adoptase una resolución final sobre cuestiones territoriales en el tratado de paz, la sección de la frontera occidental de la Unión Soviética adyacente al mar Báltico debiera pasar desde un punto de la costa Este de la bahía de Danzig al norte de Braunsberg-Goldap, hasta el punto de unión de las fronteras de Lituania, la República de Polonia y Prusia oriental.»

«La Conferencia acordó esto en principio, y el Presidente Truman y el primer ministro Aitlee declararon que en la próxima Conferencia de la Paz apoyarían la transferencia de la ciudad de Königsberg y su área adyacente a la Unión Soviética.»

PROMESAS DE STALIN

31. Nota en el diario personal del Presidente Truman.

«Potsdam, 19 de julio de 1945: Stalin ha llegado con un día de retraso. Circulaba el rumor de que no se encontraba en forma... Hemos tenido una de las entrevistas más agradables. Stalin, me ha afirmado que Rusia tenía la intención de cumplir los compromisos de Yalta y de entrar en guerra con el Japón en agosto.»

INCUMPLIMIENTO

32. Nota de Byrnes:

«Se trató de otra de las propuestas de Truman... La puesta en vigencia de la Declaración sobre la Europa liberada... Nuestro documento decía sencillamente que las obligaciones contraídas en Yalta no se habían cumplido.»

HECHO CONSUMADO

33. En Potsdam, nos hallábamos ante un hecho consumado por lo que se refería a la frontera polacoalemana. Antes de Yalta, las tres potencias habían convenido en dividir a Alemania en cuatro zonas de ocupación, y en la sección VI de los Protocolos de Yalta se declaró concretamente que la delimitación definitiva de los confines occidentales de Polonia se reservaría para la Conferencia de la Paz. El protocolo no dejaba lugar a equívocos; pero antes de salir de los Estados Unidos supimos que, sin consultarnos y sin consultar a Inglaterra, los soviets habían traspasado a Polonia el gobierno de los territorios de allende el Neisse.

Churchill y Truman pidieron explicaciones de un acto unilateral que, en la práctica, creaba una nueva zona. Los soviets, adujeron que los alemanes habían huído ante los Ejércitos rusos y que, siendo necesario gobernar lo ocupado, se había permitido a Polonia que se encargase de su administración... Stalin, agregó que el Ejército rojo necesitaba asegurarse sus comunicaciones.»

34. Documento existente en los archivos del Foreign Office («Proceedings of the Berlin Conference»):

AL ESTE DEL ODER

«En la Conferencia de Potsdam entre los Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética, en agosto de 1945, después de haber sido derrotada Alemania, la decisión de Yalta de que la delimitación final de la frontera occidental de Polonia debía esperar a la Conferencia de la Paz, fué reafirmada. Pero el comunicado añadía que «los tres jefes de Gobierno están de acuerdo en que mientras no se llegue a una determinación final (sobre la frontera occidental de Polonia), los antiguos territorios alemanes... situados al este del río Oder deben quedar bajo administración del Estado polaco y, por lo tanto, no deben ser considerados como parte de la zona soviética de ocupación en Alemania.»

OBJETOS DE TOCADOR, «ROTIN DE GUERRA»

35. Papeles de Byrnes. Nota sobre las reparaciones alemanas.

«Nuestro deseo de tratar las reparaciones como parte de un general planteamiento económico chocó con la dura realidad. Creíamos que los Ejércitos ocupantes no retirarían de Alemania nada—fuera del botín de guerra—sin estricta anotación de su importe, el cual serviría de abono parcial de las reparaciones que más tarde se acordasen. Pero ya antes de Potsdam tuvimos informes de que los rusos se llevaban de Alemania cosas que no podían considerarse botín de guerra. Eran tales algunos de esos informes, que nos resistíamos a creerlos. No obstante, nuestras dudas se disiparon al llegar a Alemania, donde además de oír relatos de testigos de vista hallamos nosotros mismos pruebas corroborantes.»

«Clayton y Pauley estuvieron en un punto próximo a las líneas de demarcación de las zonas americana y rusa, donde se les dijo que los rusos antes de establecer los confines, se habían llevado la maquinaria de una fábrica comprendida en nuestra zona. Las máquinas habían sido conducidas doscientos pasos detrás de la línea, y estaban en pleno campo. Los mismos Clayton y Pauley comprobaron que casi todo el material de la Compañía Internacional de Telégrafos y Teléfonos de Berlín había sido arrebatado. Visitaron fábricas de hielo, de seda artificial e instrumentos ópticos, y descubrieron iguales circunstancias.»

Pauley discutió largamente con Maisky, quien reconoció que una potencia ocupante carecía del derecho a llevarse nada sin conocimiento de las otras, salvo en caso de efectos clasificables como botín de guerra. Maisky comenzó a definir como botín de guerra los muebles, efectos de cuartos de baño, carbón, objetos de plata y otros objetos no militares. Fué imposible entenderse con él.»

UN RIO DE TRENES

36. Nota adicional existente en los papeles de la Comisión de

Reparaciones, archivada en el departamento de Estado:

«Sólo en el mes de febrero pasaron por las estaciones de Francfort del Oder y de Custrin, con destino a la U. R. S. S.: 153 trenes con 6.971 vagones de equipo industrial, 25 trenes con 466 vagones de azúcar, 21 trenes de locomotoras con 161 locomotoras, 17 trenes con 688 vagones de traviesas, 13 trenes con 207 vagones, 11 trenes con 344 vagones de harina, nueve trenes con 488 vagones de cereales, ocho trenes con 363 vagones de patata, cinco trenes con 149 vagones de raíles, cinco trenes con 124 vagones de planchas de blindaje, cuatro trenes con 177 vagones de automóviles, etc.»

37. APÉNDICES.

CARTA A ZABROUSKY

Publicamos a continuación tres apéndices (extractados) de gran importancia para la comprensión de algunos de los asuntos tratados en las conferencias internacionales a que se refiere esta colección de documentos. Uno fué escrito por Roosevelt, otro por Churchill y, finalmente, el tercero, por Forrestal, que fué secretario de Marina de los Estados Unidos.

Apéndice 1.

Carta de Roosevelt a su amigo Zabrowsky.

«Casa Blanca, Washington, 20 de febrero de 1943: ... «Así el continente americano quedará fuera de toda influencia soviética y bajo la exclusiva de los Estados Unidos, como hemos prometido a nuestros países continentales. En Europa, Francia volverá a girar en la órbita inglesa—si bien con amplia determinación y con derecho a la mencionada Secretaría en el Tetracado—, y bajo la protección de Inglaterra también se desarrollarían hacia una civilización moderna definitiva que las sacaría de su colapso histórico. Portugal, España, Italia y Grecia; aparte concederse a la U. R. S. S. la salida al Mediterráneo, cederíamos respecto a sus derechos en Finlandia y en el Báltico en general y exigiríamos a Polonia una sensata actitud de comprensión y arreglo, quedando amplio campo de expansión, además, a Stalin en los inconscientes pequeños países del Este europeo, habida, empero, cuenta de los derechos de la fidelidad yugoslava, aparte de la recuperación total de los territorios que temporalmente le han sido arrebatados a la Gran Rusia.»

Apéndice 2.

CARTA DE FORRESTAL

Carta del secretario de Marina (fallecido), Forrestal, a un amigo. Lleva fecha de septiembre de 1944. Dice así:

«... Si cualquier americano sugiere que obremos de acuerdo con nuestros intereses, es fácil que le llamen fascista o imperialista, mientras que si el tío José (Stalin) sugiere que necesita las provincias bálticas, la mitad de Polonia, toda Besarabia y acceso al Mediterráneo, todo el mundo está de acuerdo en Washington en que (Stalin) es cortés, franco, bienintencionado y en general un encantador compañero con el

que es muy fácil tratar porque es explícito en lo que desea.»
Apéndice 3.

TRIUNFO Y TRAGEDIA
Capítulo XV de las Memorias de Churchill («Triunfo y tragedia», 1):

«Aterrizamos en Moscú el 9 de octubre, por la tarde, y fuimos recibidos calurosamente y con gran ceremonial por Molotov y gran número de altas personalidades rusas. Esta vez se nos alojó en el mismo Moscú, con toda clase de comodidades. A mí se me asignó una casa pequeña perfectamente acondicionada y a Anthony (Eden) otra contigua a la mía. Con gusto cenamos solos y disfrutamos de un descanso.

Aquella misma noche, a las diez, celebramos nuestra primera reunión importante en el Kremlin, a la que únicamente asistimos Stalin, Molotov, Eden y yo, actuando como intérpretes el comandante Birse y Pavlov. Se acordó invitar inmediatamente a Moscú al primer ministro polaco, al ministro de Asuntos Exteriores, señor Romer, y al señor Grabski, académico de cabello gris y avanzada edad, y hombre de mucha valía y de un gran encanto personal. Por lo tanto, telegrafíe a Mikolajczy que les esperáramos a él y a sus amigos para celebrar unas conversaciones con el Gobierno soviético y con nosotros, así como con el Comité Polaco de Lublín...

El momento era oportuno para hablar de negocios, por lo que dije: «Arreglemos los asuntos de los Balcanes. Los Ejércitos de ustedes se hallan en Rumania y Bulgaria. Nosotros tenemos allí intereses, misiones y representantes. No calgamos en el juego de los despropósitos y no nos perdamos en detalles. En lo que a Gran Bretaña y Rusia se refiere, ¿qué les parece si ustedes tuvieran el noventa por ciento de predominio en Rumania, nosotros el noventa por ciento de predominio en Grecia y cada uno de nosotros el cincuenta por ciento en Yugoslavia? Mientras los intérpretes traducían estas palabras, escribí en media hoja de papel:

RUMANIA

	%
Rusia	90
Los demás	10

GRECIA

	%
Gran Bretaña	90
(De acuerdo con los Estados Unidos)	
Rusia	10
Yugoslavia	50-50
Hungría	50-50

BULGARIA

	%
Rusia	75
Los demás	25

Pasé el papel a Stalin, que entretanto había oído la traducción de mis palabras, y se hizo una breve pausa. Después Stalin cogió un lápiz azul, trazó un gran signo de aprobación sobre las cifras y volvió a pasarnos el papel. Todo había quedado en menos tiempo del necesario para contarlo.»

Por el gasto diario de un periódico podrá Ud. tener esta OBRA

37 Ptas. MENSUALES



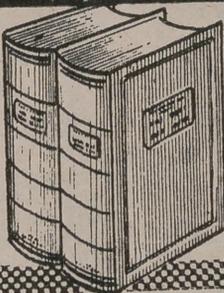
DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ILUSTRADO

3.750 páginas. - 6.500.000 palabras. - 175.000 artículos. - 9.180 ilustraciones. - Apéndice con la lista de verbos españoles y modelos de conjugación

Una verdadera ENCICLOPEDIA que, sin sobrepasar los límites convenientes a un formato ideal para cómodo manejo, ENCIERRA UN GRAN CAUDAL DE CONOCIMIENTOS

GRANDES DICCIONARIOS AMADOR

(15,5 X 22 cms.) LOS MAS EXTENSOS Y MODERNOS



INGLES - ESPAÑOL
ESPAÑOL - INGLES
FRANCES-ESPAÑOL
ESPAÑOL-FRANCES

120.000 artículos cada uno, millares de modismos, provincialismos, americanismos y voces técnicas modernas, etc.

150 ptos. cada uno. - Por suscripción: 175 ptas. en 8 mensualidades

DICCIONARIO GRAMATICAL

2.000 temas gramaticales en 1.500 voces. Estudio completo de la lengua española. Cada elemento gramatical tiene su artículo correspondiente debidamente alfabetizado, en el que se estudian todas las reglas que le conciernen

175 ptas. - Por suscripción: 200 ptas. en 8 mensualidades



Sírvase remitirme GRATIS folleto y detalles para la compra de

Don

- DICC. ENCICLOPÉDICO ILUSTRADO.
- DICCIONARIOS AMADOR.

EDITORIAL AMALTEA, S. A.

Concesionaria venta a plazos de Editorial R. Sopena
Provenza, 95. - BARCELONA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

DOCUMENTOS SECRETOS DE CINCO CONFERENCIAS

QUEBEC

CASABLANCA

EL CAIRO

TEHERAN

POTSDAM



Roosevelt escucha una misteriosa indicación de su hijo durante la Conferencia de Casablanca. La revelación de los documentos secretos de las conferencias internacionales entre los jefes aliados tiene un indudable interés histórico.



La mesa redonda de la Conferencia de Potsdam, que tuvo lugar en julio de 1945.